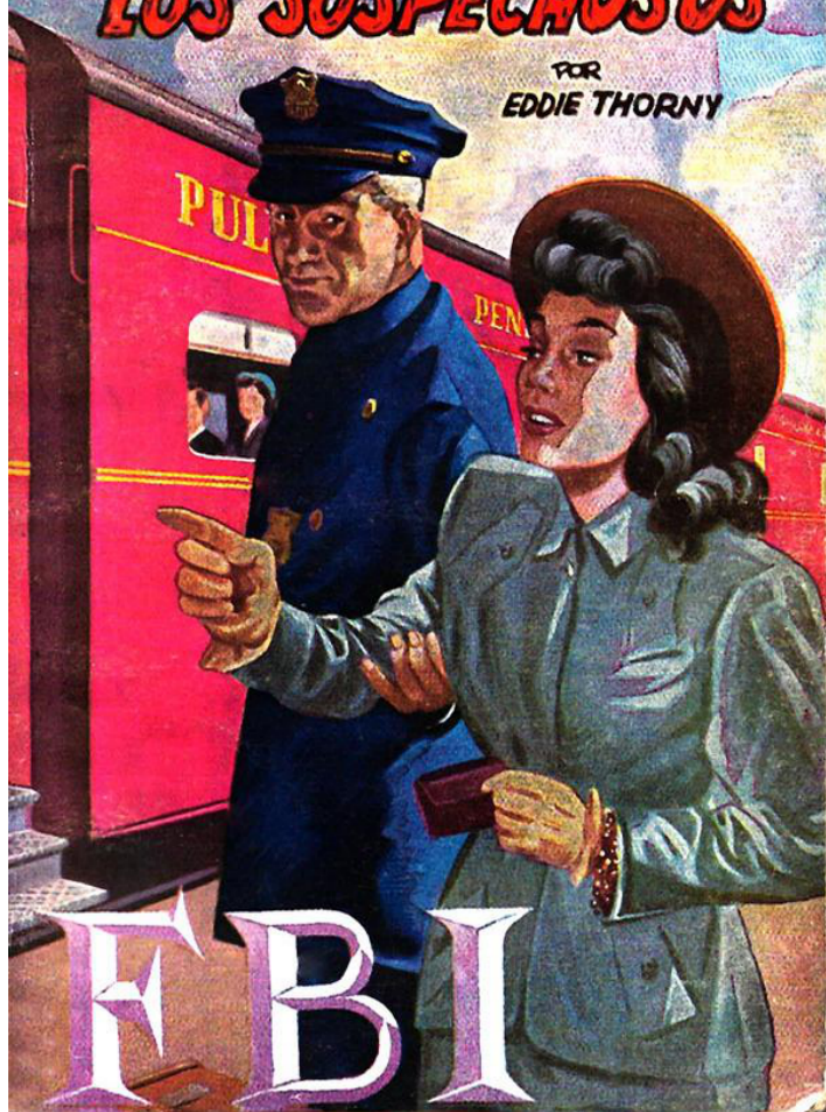


LOS SOSPECHOSOS

POR
EDDIE THORNY



EDDIE THORNY

LOS SOSPECHOSOS



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1954
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El Cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
13. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente núm. 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).

205. Gran Hotel (38).
 206. La coartada falló (28).
 207. Lydia (3).
 208. El peso de la Ley (30).
 209. La única oportunidad (28).
 210. Aquelarre (4).
 211. La muerte ronda (33).
 212. Error fatal (39).
 213. Hacia el abismo (7).
 214. Ojos delatores (37).
 215. Reportero de sucesos (4).
 216. ¡Fugitivo! (40).
 217. Rehabilitación (33).
 218. El extraño agente (5).
 219. No escaparás de mí (8).
 220. La garra enguantada (4).
 221. Sombras en rojo (37).
 222. Aprendiz de policía (30).
 223. Torrente de pasiones (5).
 224. Lazos rotos (33).
 225. Muerte en la carretera (4).
 226. Sangre de periodista (23).
 227. Hielo caliente (27).
 228. Dos vidas (3).
 229. Cara es la victoria (30).
 230. Uno contra todos (28).
 231. Servicio inacabado (21).
 232. Oscura traición (41).
 233. ¡Ato! (4).
 234. Sólo existe un dilema (9).
 235. Legión extranjera (39).
 236. Sindicato criminal (40).
 237. Requiem por Larry (4).
 238. El triunfo del bien (42).
 239. Entre la espada y la pared (28).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|--------------------|---------------------|
| (1) Al Manz. | (17) Alu Cortroa. | (32) Joe Greig. |
| (2) Fred Baxter. | (18) Jack Grey. | (33) Bill O'Crelgh. |
| (3) Frank McFair. | (19) Edgar Ford. | (34) Don Lassister |
| (4) Eddie Thorny. | (20) Andre O'Sun. | (35) John Est. |
| (5) O. C. Tavin. | (21) Fel Marly. | (36) Edward Good- |
| (6) Alar Benet. | (22) Dana Yonell. | man. |
| (7) A. G. Murphy. | (23) Al Gallard. | (37) Angelo de Tar- |
| (8) Lewis Haroc. | (24) Chester King. | turis. |
| (9) J. L. Martin. | (25) Josep Tell. | (38) Gary Belsan. |
| (10) Jack Brooklyn. | (26) Med Ryman. | (39) Paul Coster. |
| (11) Thomas Settee. | (27) Lou Dark. | (40) Herman Tel- |
| (12) John Nebat. | (28) Jan Hutton. | igon. |
| (13) Thomas Wan- | (29) Richard Jack- | (41) Anthony Cunil- |
| ton. | son. | ler. |
| (14) F. N. Graw. | (30) Jim Murray. | (42) Anthony Ben |
| (15) Robert Deaf. | (31) Sand Burl. | son. |
| (16) Alan Carson. | | |

I

«¡YO NO FUI!»



E pie en el pasillo, con las manos a la espalda y un gesto de honda preocupación en el semblante, Bernard Taves contemplaba el rápido desfilarse de los verdes campos de Maryland. Hacía una hora de su partida de Washington, y dentro de dos estaría en Filadelfia. Atrás dejaba largos meses de angustias, de sufrimientos, de intensa tortura entre las espesas nieblas que invadían su cerebro. Delante tenía... ¿Que tendría delante? No lo sabía; no se atrevía siquiera a suponerlo. Podía ser la felicidad soñada, la reanudación de los días pletóricos de esperanzas, interrumpidos bruscamente con la orden de partir hacia Corea; pero podía ser, también, una tragedia más espantosa

que la vida en las lejanas tierras exóticas y en los años enteros de penoso deambular por hospitales, quirófanos y manicomios.

—Está usted curado, definitivamente curado —le había dicho aquella misma mañana el doctor Lakeham, acompañándole hasta la puerta del John Reed Hospital y dándole una amistosa palmada en la espalda—. Sin embargo... —hizo una pausa significativa. Luego, viendo la mirada ansiedad y el gesto de zozobra de Taves, continuó —: Debe rehuir las emociones violentas. Un choque psíquico demasiado fuerte, puede hacerle recaer. Le conviene una vida tranquila, sosegada, plácida, mejor en el campo que en cualquier gran ciudad. Y, sobre todo, nada de disgustos, de preocupaciones, de peleas familiares. Está todavía débil, y podría perder todo lo que ha ganado en estos meses, acaso para no volver a recuperarlo jamás.

Era una amenaza; una terrible amenaza pendiente sobre su cabeza como nueva espada de Damocles. Doblemente peligrosa cuando al final de su viaje le esperaba Lilia; o no le esperaba, que aún sería peor. En uno u otro caso, tendría que verla, hablar con ella; discutir el pasado inmediato, el presente y el futuro de ambos. ¿Llegarían a un acuerdo? Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero no confiaba demasiado en alcanzarlo.

Hubo una época en que no creyó posible que se produjese nunca el menor desacuerdo entre ellos. Fué, naturalmente, en los días de su fugaz noviazgo, de su boda precipitada, de su corta luna de miel. Recién concluidas sus prácticas, con el título de teniente de Aviación en el bolsillo, disfrutando de un breve permiso, Bernard sentía verdaderas ansias de divertirse, de gozar plenamente la vida, aspirando a grandes sorbos todo el placer de la existencia. Un día, casualmente, encontró a Lilia; una semana después estaban casados; un mes más tarde partía con su escuadrilla para Corea.

No era mucho lo que sabía de Lilia cuando se casó con ella; no sabía mucho más cuando la dio un abrazo de despedida en el aeropuerto. Pero lo que sabía resultaba más que suficiente; o al menos así lo pensó entonces y durante algún tiempo después. La chica —veinte años, trigueña, esbelta, de piernas largas y curvas suaves, con ojos grandes, azules, de sereno mirar; boca pequeña, de labios gordezuelos, y una cara de óvalo perfecto— representaba su ideal de belleza femenina. El suyo y el de muchos más, como

revelaba la admiración masculina que levantaba a su paso y las miradas de envidia que le dirigían las otras mujeres.

Además de bonita, Liliah era alegre, graciosa, divertida, inteligente incluso. Bailaba bien, bebía sin marearse, sabía dar y recibid bromas y resultaba la compañera soñada para un hombre como Bernard, con veintidós años acabados de cumplir, unos centenares de dólares en la cartera y toda la vida por delante. Compaginaban en todo: inclinaciones, gustos e ideas. Les agradaban los mismos sitios, idénticos platos e iguales normas de conducta.

—Lo que importa es reír hoy —decía, con frecuencia, la muchacha—. El mañana no importa, mientras no se convierta en hoy. Y cuando se convierta, que nos coja riendo...

Fueron unas semanas de alegre plenitud, de goce ininterrumpido, que constituían la etapa más feliz que Taves pudo imaginarse nunca. Ahora, cuando las recordaba al cabo de los cuatro años, se le antojaba un sueño embellecido por la distancia. Pero un día fueron realidad venturosa; una realidad que Bernard daría con gusto la mitad de los años que le quedasen de vida por poder resucitar.

Cuando el traslado a Oregón, primero; al Japón, después, y a Corea, por último, puso fin repentino al idilio, estaba locamente enamorado de su mujer, y tenía el pleno convencimiento de que ella le pagaba en la misma moneda. Ambos se querían, se entendían y complementaban, y podían ser, eran en cuanto estaban juntos, los seres más dichosos de la creación. Frente a esta certidumbre, todo lo que ignoraba de Liliah —su pasado, su verdadero carácter, sus amigos antes de conocerle, sus concretas aspiraciones— carecía de importancia. Lo que sabía era lo fundamental; lo que desconocía, totalmente secundario.

En aquella época, Liliah trabajaba como maniquí en una casa de modas de Arch Street; antes había sido peluquera y manicura; antes aún —pese a su extremada juventud—, aspirante a «estrella» de la danza y la canción. Como maniquí cobraba un sueldo decente, y tenía la inmensa ventaja de adquirir a precio de coste vestidos y abrigos totalmente inasequibles a chicas que ganaban el doble que ella en oficinas o fábricas. Vivía en Chesnut Hill, un arrabal al norte de Filadelfia, en un pisito compartido por otras tres amigas.

Bernard conservaba un recuerdo agradable de aquel pisito.

Liliah le llevó varias veces en los días que precedieron a su boda; en él pasaron después las dos semanas que siguieron a su excursión nupcial a Niágara Falls; y en él se sintió plenamente feliz, y de allí partió la mañana en que una orden repentina y urgente, le obligó a incorporarse a su nuevo punto de destino. Todo en aquel rincón resultaba encantador; incluso las muchachas que lo compartían con Liliah, buenas chicas, que se alegraban de la suerte de su compañera y de la dicha que embriagaba a los recién casados.

Pero ahora no iría al pisito de Chesnut Hill en busca de Liliah, porque no habría de encontrarla allí. Hacía tiempo, mucho tiempo, que su mujer había cambiado de residencia; como había cambiado de trabajo, de ideas, de inclinaciones y temperamento. A través de sus cartas —numerosas al principio de la separación, más espaciadas luego, rarísimas por último—. Taves había asistido, confuso y desconcertado, a una evolución completa de la mujer con la que llegó a creerse plenamente identificado.

En pocos años, Liliah pasó del fuego al hielo; de un cariño apasionado que se expresaba con acalorada vehemencia, a una frialdad absoluta, que en ocasiones derivaba hacia el menosprecio, el sarcasmo y la burla. Sus claras y concretas explicaciones respecto al trabajo y medios de vida, fueron haciéndose confusas y evasivas a medida que transcurrían los meses, hasta que acabó suprimiéndolas por completo. De tarde en tarde, una breve misiva le daba cuenta de haber cambiado de residencia, pero sin aludir siquiera a los motivos del cambio, y olvidando alguna que otra vez de darle sus nuevas señas.

Cuando, después de pasar largo tiempo en los hospitales de Fusan y Tokio, Bernard fué trasladado a Washington para ser objeto de una última y definitiva operación, logró verla no sin tener que pedírselo con reiterada insistencia. Acaso fué el mayor error de su vida. Distaba mucho de hallarse en situación normal. Su cabeza no regía bien; sus nervios estaban tensos en vísperas de pasar al quirófano para ser objeto de una intervención, arriesgada y difícil; se exaltaba con facilidad, y padecía una susceptibilidad que le hacía ver ofensas imperdonables en los menores gestos. La entrevista acabó en verdadero desastre.

Liliah se presentó ante él más bonita que nunca, vestida con un lujo detonante, luciendo joyas valiosas y dando claras muestras de

absoluta despreocupación respecto a la suerte de su marido. Bernard se sintió acometido por unos celos furiosos, preguntando en tono destemplado por la vida que hacía y el origen del dinero preciso para comprar las alhajas y el abrigo de pieles. Lillah respondió, encogiéndose de hombros, que hacía lo que le parecía más oportuno, y que no estaba dispuesta a seguir ligada a un hombre que posiblemente habría de pasarse en cualquier manicomio el resto de sus días. La disputa fué creciendo en acritud y violencia, hasta que Taves se derrumbó, víctima de un peligroso ataque, que retrasó tres semanas la proyectada operación, y le sumió en tan profunda postración, que jamás logró recuperarse por completo.

Ahora, al pensar con serenidad en aquel incidente, admitía que pudo caberle buena parte de culpa. Estaba descentrado, desequilibrado mejor, con una terrible confusión mental, que le hacía tomar por realidades sus fantasías y le imbuía las más disparatadas ideas. Sufría entonces penosas alucinaciones, y su memoria ofrecía altibajos desconcertantes; tan pronto creía recordar con absoluta nitidez lo sucedido siete u ocho años antes, como olvidaba lo ocurrido la víspera. A veces, no sabía dónde se encontraba ni lograba decir el nombre; de la persona que le hablaba; ni siquiera el suyo propio. En tales condiciones, con frecuentes accesos de cólera, durante los cuales acudían a sus labios los más duros epítetos, nada tenía de extraño que hubiese ofendido gravemente a Lillah, y que justamente dolorida, sin darse cuenta de su estado, la mujer replicase airada, provocando una escena tan vergonzosa como lamentable.

«Ahora que estoy curado, haré lo posible porque me perdone. Pero...».

Aquel pero constituía el semillero de sus dudas, la causa de su amargura y desconcierto. Quizá estuviera equivocado, porque año y medio de no razonar con normalidad y cordura, de sentir espantosos vacíos en el cerebro, le hacía desconfiar de sus propios argumentos; sin embargo, le parecía recordar que ya antes de ser derribado y herido, de empezar su largo calvario a través de hospitales y manicomios, había muchas cosas inexplicables en la conducta de Lillah; puntos oscuros, que despertaban en su pecho las más dolorosas sospechas y le sumieron en un estado lindante con la

desesperación.

«En definitiva, ella tuvo la culpa de la catástrofe».

A su memoria acudían con perfecta claridad las palabras del comandante instructor cuando se entrenaba en la difícil y arriesgada tarea de manejar un caza de propulsión. Para poderlo tripular con acierto, para sacar del aparato el máximo rendimiento y oponerse con éxito a cualquier enemigo que tripulase un avión parecido, era menester que el piloto fuese como una pieza más en la complicada maquinaria. Había de tener vista de lince, nervios de acero, voluntad puesta por entero al servicio de su labor y pensamiento libre de toda inquietud y preocupación. A quinientas millas por hora, la menor distracción significaba la muerte; el hombre debía ser un cerebro en constante vigilancia y unos músculos que ejecutasen en una milésima de segundo los mandatos de la cabeza.

«Todo depende de la rapidez de reflejos. Quien no sea capaz de reaccionar con la velocidad de la luz, no sirve para piloto de caza. El que tenga la más mínima preocupación, debe quedar en tierra. ¡Reflejos y no complejos! Un sola complejo lleva directo al desastre».

Durante los primeros meses de lucha en Corea, todo marchó perfectamente. Las cartas de Lillah eran inyecciones de vida y optimismo. Bernard comía bien, dormía a pierna suelta, se divertía en sus horas de descanso, al elevarse en los aires ninguna inquietud angustiaba su mente y sólo pensaba en regresar victorioso, luego de abatir algún avión enemigo. Tuvo suerte, y aparte de realizar diversos ametrallamientos de vehículos y concentraciones chinas, derribó un bombardero pesado y dos

«Mig-15».

—¡Brindemos por los triunfos de Bernard Taves! —Propuso alegremente Jess Ramsby, un capitán de veintitrés años, jefe de la escuadrilla de que formaba parte, al regresar de uno de sus vuelos más afortunados—. ¡Brindemos por este magnífico ejemplar de la Humanidad futura! ¡Por el hombre perfectamente acondicionado!

—¿Acondicionado para qué?

—Para la tarea que desempeñas, naturalmente —respondió Ramsby—. Manejar un «Sabre-87» no está al alcance de una persona vulgar, sino de quien reúne condiciones especiales. Todos

nosotros hemos sido cuidadosamente seleccionados, sometiéndonos luego a un duro trabajo de deshumanización, a fin de acoplarnos al aparato que habíamos de tripular. Pero sólo Taves parece haber sido fabricado a la medida de su avión.

—Dirás mejor que el aparato fué fabricado a la mía —rectificó rápido Bernard.

—Quiero decir lo que digo —insistió Jess—. Hace más de un siglo que el hombre y la máquina sostienen una lucha a muerte. Durante muchos años, las gentes creyeron que la victoria se inclinaría de su lado y acabarían por humanizar las máquinas. Por desgracia —o por suerte, que eso nadie lo sabe aún—, ha sucedido todo lo contrario.

—¿Triunfaron las máquinas? —preguntó Sam Lewis, otro de los pilotos, con una sonrisa de burla en el semblante.

—Exactamente. Vencido en toda la línea, el hombre ha tenido que dejar de luchar. Ya no trata de humanizar la mecánica: humildemente se designa a mecanizarse él. Y nosotros constituíamos la mejor prueba. Los aviones que manejamos no están a nuestro servicio; no se construyeron con arreglo a nuestra capacidad de resistencia, sino independiente de ella; su endiablada velocidad es suficiente para destrozar el organismo de cualquier persona de más de treinta años; pueden alcanzar una altura donde nuestros pulmones se asfixian, faltos de oxígeno; pocos corazones resisten indemnes los cambios repentinos de presión, las arrancadas bruscas a cientos de millas por hora, los ascensos y descensos en plena velocidad.

—Pero nosotros los resistimos —afirmó, riéndose, Sam Lewis.

—Porque se nos ha entrenado, preparado, acondicionado para resistirlos, aunque sólo sea por un breve espacio de tiempo. Y ahí tienes lo que antes afirmaba: los aparatos no se construyen a nuestra medida, sino nosotros a la suya.

—¡Tonterías! —Gruñó Taves, disgustado, sin saber exactamente por qué—. Los aviones se fabrican; los hombres, no.

—Dirías mejor que no se fabrican todavía —contestó Jess—. Pero ¿cómo negar que puedan fabricarse mañana? Si conocieses las teorías de Huxley, basándose en los últimos avances de la Biología, comprenderías...

—¡Me tienen totalmente sin cuidado! —le interrumpió Bernard,

despectivo—. Ni entiendo una sola palabra de Biología ni he oído nombrar a ese Huxley. Prefiero beber un rato que oír sus teorías.

—¡Déjale que hable! —saltó Sam Lewis—. A Jess, cuando bebe, se le ocurren cosas estupendas. ¿Qué teorías tiene ese tipo?

Ramsby habló por espacio de una hora larga, aunque ni Sam ni Bernard llegaron a entender todo lo que decía. Al parecer, en una fantasía futurista de Huxley, los hombres eran producidos en serie, en número y de acuerdo con las necesidades de la colectividad. Cada uno nacía con los músculos, los nervios o la inteligencia que había de necesitar en las funciones a que fatal y necesariamente estaba destinado por anticipado; a cada uno se le proporcionaba un cerebro con ideas fijas que le hacía estar contento con su suerte, impidiéndole rebelarse o desear siquiera compartir los beneficios de las clases superiores.

—¡Estupideces! —Se encogió de hombros, despectivo, Bernard—. Nada de eso es posible, para bien de la Humanidad.

—¡Ojalá no lo sea! —concedió de buen gusto Jess—. No sería agradable un mundo formado por hombres sin conciencia, voluntad ni razón, moviéndose y actuando como «robots». Pero...

—¿Qué?

—La especialización llevada a su grado extremo es un comienzo de esa terrible pesadilla. A ti, a mí, a todos nosotros nos ha convertido en esclavos de las máquinas que tripulamos. Para ello han procurado acondicionarnos convenientemente. No debemos pensar, sentir, opinar nada; sólo se nos exige acción. Importa poco que cerebralmente seamos genios o cretinos: lo único que interesa es la rapidez con que accionemos una palanca o pulsemos un botón. Si tardamos una centésima más de lo necesario...

—Se te adelanta al «commie» del «Mig» y cierras por defunción, ¿no? —sonrió Sam, apurando el vaso de «whisky» que tenía en la mano.

—Exacto. Pero ¿qué es el «commie» norte coreano, chino o ruso, que maneja el «Mig»? Otro autómatas como nosotros; acaso más «robot» todavía, porque se le ha sometido a pruebas mucho más duras para aniquilar su voluntad individual y transformarle en una pieza del avión que tripula. En cualquier caso, para él y para nosotros, la exigencia es la misma: precisión cronométrica en la acción, rapidez de reflejos que permitan actuar a nuestros músculos

anticipándose a los mandatos del cerebro, renuncia a todo pensamiento y a toda preocupación que pueda ser una dilación o una rémora.

—«¡Reflejos y no complejos!» —exclamó Sam, medio borracho ya, entre grandes carcajadas, repitiendo la frase favorita del instructor de los aviadores de aparatos de reacción.

—¡Perfecto! —aprobó, sonriente, Jess—. Por eso quería levantar mi copa en honor de Taves. Es el piloto de caza ideal. Le acondicionaron maravillosamente, y es todo reflejos. ¡No hay cuidado que pueda sentir el menor complejo que debilite su admirable acoplamiento con la máquina que sirve!

Pero el tono de las cartas de Liliah comenzó a variar. Se hizo más áspero y desabrido a medida que las misivas venían más espaciadas. Bernard pidió explicaciones, y no las obtuvo. Su carácter cambió en el espacio de pocos meses. Pensaba a todas horas en su mujer, vivía inquieto, desasosegado, asaltado por los más negros pensamientos. Si antes dormía apenas reclinaba su cabeza sobre la almohada, ahora se levantaba sin haber logrado conciliar el sueño.

—¡Cuidado, Taves! —le advirtió Jess—. Tu acondicionamiento no es tan perfecto como suponíamos. ¡Elimina tus complejos antes de que un maldito chino te elimine a ti!

Y fue esto último lo que sucedió una mañana radiante de primavera. Volaban sobre el frente, donde se libraba una áspera pelea, con la misión concreta de ametrallar a las divisiones amarillas que se lanzaban en masa al asalto de las posiciones americanas. Bernard estaba en las peores condiciones imaginables. Una carta de Liliah recibida la tarde anterior le trataba con dureza inusitada, presagiando una ruptura inmediata y definitiva. No durmió en toda la noche, y ahora los párpados le pesaban como losa de plomo, sus movimientos eran lentos y de su cerebro no se apartaba la imagen de la mujer amada, a la que estaba a punto de perder para siempre.

De entre las nubes surgieron repentinamente varios aparatos de caza enemigos. Taves se lanzó contra el que tenía más cerca. Pero cuando le tuvo a tiro se retrasó una décima de segundo; su adversario se le adelantó. Bernard sintió en las piernas el mordisco doloroso del plomo; luego advirtió, con la muerte en el alma, que su

aparato dejaba una estela de humo negro y espeso, que caía verticalmente que no respondía a los mandos.

No le quedaba más que una cosa que hacer, y la hizo. Abrió la caperuza del aparato y se lanzó al espacio, tirando de la anilla de su paracaídas. Un instante después estaba suspendido en el aire, a dos mil pies de altura, contemplando cómo el avión se estrellaba contra la falda de una colina con una estremecedora explosión. Al ruido de aquella explosión no tardaron en suceder otras. Abajo se peleaba con encarnizamiento. Desde la carlinga del «Sabré», el combate parecía una película muda; ahora percibía con claridad su terrible estrépito.

Bajó durante minutos interminables, sintiendo que sus fuerzas se debilitaban por momentos y que cada vez era mayor la mancha roja de sus pantalones, sin saber exactamente si caería en terreno amigo o enemigo. Suspiró aliviado cuando una racha de viento le impulsó hacia las líneas americanas, hallándose a cien pies de altura. Pero a los pocos segundos, una ráfaga de ametralladora desgarró su paracaídas y descendió con acelerada velocidad, hasta chocar violentamente contra unas rocas y perder el conocimiento.

Lo recobró a medias varias semanas después en un hospital de Seúl. Estaba grave, muy grave, con escasas probabilidades de salvar la vida. Aparte de los balazos sufridos en el avión, se había fracturado el occipital y tronchado el brazo izquierdo al estrellarse contra el suelo. Pero la lesión del brazo carecía de importancia; las heridas de las piernas curarían con relativa facilidad; ni siquiera ponía en peligro su existencia el hecho de llegar medio desangrado al primer puesto de socorro. Si sólo hubiera sido esto, habría quedado bien en poco tiempo. Pero la cabeza, la cabeza...

Su cerebro resultó seriamente afectado. Alguna esquirla del hueso fracturado debía destrozar varias células nerviosas. Tuvo que ser sometido a una operación delicada en Fusan; luego, a otra más arriesgada aún, en Tokio. Tras de ambas tuvo un período de franca mejoría, en que pudo considerarse a salvo; en los dos casos, sin embargo, la recaída fue rápida y desoladora. Los médicos movían dubitativos la cabeza, luego de reconocerle. Temían su muerte a corto plazo o que, en el mejor de los casos, perdiera definitivamente la razón.

Varios meses se debatió angustiado al borde mismo de la locura,

con horas interminables de no poder siquiera servirse de los sentidos. Ni un solo segundo dejaba de pensar en Lillah, cuyo recuerdo le obsesionaba. Fueron pocas, muy pocas las noticias que recibió de ella en todo aquel tiempo. En un principio, parecía conmovida por la desgracia de su marido y se expresaba en términos de dolorida conmiseración; luego, sus cartas —las que llegaron a sus manos, porque posiblemente las más desagradables fueron interceptadas en el camino por quienes velaban por su salud— se hicieron otra vez agrias y desabridas, hablando constantemente de su derecho a ser libre y vivir sin la carga insoportable de un loco o un inválido.

Por fortuna, en el John Keed Hospital todo fué bien, excepto la escena desagradable de la visita de Lillah. Pasados sus efectos, realizada con pleno éxito una nueva intervención quirúrgica, se recuperó con relativa rapidez. Recobró las fuerzas físicas y su cerebro empezó a funcionar con normalidad. Atrás quedaban ya los dolorosos espectros de un pasado estremecedor. Ni moriría pronto, ni le amenazaban la ceguera y la locura, como llegaron todos a temer. Volvía a ser un hombre sano y fuerte, en plena juventud aún. Sólo existía un riesgo: que cualquier disputa violenta, un golpe en la cabeza, algún grave disgusto volviese a hundirle en el infierno que dejaba a su espalda.

«Y ese disgusto, esa contrariedad que me sumiría en la desesperación precursora de la locura, si no en la locura misma, podría dármelo Lillah».

Pero no lo creía. Deseoso de convencerse a sí mismo buscaba y encontraba argumentos que disiparan sus temores. Era lógica en cierto modo la actitud de su mujer, indignada contra un marido del que se había separado al terminar la breve luna de miel y que llevaba años enteros lejos de su lado; explicables sus ansias de vivir y divertirse, cuando se encontraba joven y bonita y la sangre cantaba en sus venas un himno triunfal; comprensible que no quisiera resignarse a la idea de sacrificar el resto de su existencia al cuidado de un hombre inútil, para quien habría de ser un piadoso lazareto.

«Sin embargo, cambiará por completo al verme curado. Cuando le diga que vuelvo a su lado para no separarme más, que los días inolvidables del pasado resucitarán, transformados en años de

intensa felicidad, olvidaremos todo lo que nos separa, para ser de nuevo intensamente dichosos».

Cruzaban los arrabales de Filadelfia con rumbo a la estación central. Saliendo de su abstracción, Bernard abandonó el pasillo y pasó a los lavabos, para peinarse. Quería producir la mejor impresión posible en Liliah, que le estaría esperando. Quedó satisfecho al mirarse al espejo. Estaba un poco pálido y delgado, con los ojos ligeramente hundidos. Pero era la única huella visible de los sufrimientos pasados y no tardaría en desaparecer también. Una semana al lado de su esposa sería más que suficiente para recobrar su aspecto de los tiempos felices.

Recogió su maletín cuando el tren penetraba en la amplia estación de Broad Street. Al detenerse el convoy estaba en la plataforma del vagón, mirando ansiosamente en todas las direcciones, tratando de descubrir entre la multitud que llenaba el andén la figura inconfundible de Liliah. No verla en el primer instante constituyó una pequeña decepción, aumentada al ir de un lado para otro sin conseguir hallarla.

—No habrá podido venir —dijo, tratando de animarse—. ¡Seguro que me espera en su casa!

La había teleografiado la tarde anterior, diciéndole la hora exacta de su llegada y comunicándole, junto a la noticia de su total curación, la inextinguible intensidad de su cariño. Acaso fuera mejor que no hubiese ido a la estación. Su primer encuentro luego de lo pasado tenía que resultar emocionante para ambos. Mejor la intimidad de un apartamento que dar rienda suelta a sus sentimientos en presencia de centenares de personas curiosas, indiferentes o burlonas.

—Lléveme al mil trescientos cuarenta y siete de Brow Street. Es al otro lado del río, cerca de su cruce con Lancaster Avenue.

Mientras el taxi avanzaba a lo largo de Market Street, cruzaba el Schuylkill River y subía por Lancaster Avenue, Bernard se esforzaba por dominar sus nervios. No era empresa fácil, Ansiaba y temía a un tiempo enfrentarse con Liliah. Cuanto más se acercaba el momento, mayores eran sus dudas y vacilaciones. De aquella entrevista, del recibimiento que le hiciera, dependía su vida entera. Inevitablemente, el corazón aceleraba sus latidos y le temblaban las manos.

—Llegamos, teniente. Ahí tiene el mil trescientos cuarenta y siete.

Como un somnábulo pagó el taxi y cruzó la acera. Un instante miró al número: era el de las señas de Liliah. Aunque sabía de sobra la planta y el apartamento en que vivía, preguntó a la portera. Tras medirle de pies a cabeza con una mirada de curiosidad, la mujer respondió:

—Tercer apartamento de la segunda planta.

—¿Estará en el piso?

—Creo que sí. Yo, por lo menos, no la he visto salir.

Desdeñó el ascensor, subiendo por la escalera. En el descansillo de la primera planta se detuvo unos minutos, tratando de serenarse. Ascendió luego con lentitud los peldaños que conducían al piso superior. Cuando llegó a él se desorientó un poco hasta que dio con la puerta marcada con el número tres.

Tocó ligeramente el timbre, y esperó, sintiendo que la emoción se le anudaba a la garganta. Pasaron dos minutos y nadie respondió a su llamada. Volvió a tocar, ahora con mayor fuerza. Aguardó unos segundos, que se le antojaron siglos, y como no obtuviera contestación, insistió en la llamada. Pera aliviar la terrible inquietud que le asaltaba, se dijo que Liliah estaría en la cocina quizá, acaso en el cuarto de baño, y no podía salir a abrir.

Nervioso, dio unos paseos arriba y abajo del estrecho pasillo, dando tiempo a que si Liliah estaba bañándose pudiera salir a abrirle. Cuando juzgó que había pasado tiempo sobrado, tornó a llamar por cuarta vez. Oyó con claridad los timbrazos en el interior del apartamento, pero ningún otro ruido. Tocó casualmente la puerta y advirtió, sorprendido, que estaba abierta.

Tras un instante de vacilación y luego de comprobar una vez más el número del apartamento, entró. Al transponer el umbral se encontró en un salón de estar amueblado con lujo y buen gusto. Del techo pendía una magnífica araña; sus pies se hundían en una alfombra de seis dedos de espesor; a la derecha, junto a un pequeño bar, un buen tresillo de cuero. Con un esfuerzo levantó la voz, llamando.

—¡Liliah! ¡Liliah!

Sólo el silencio respondió a sus voces. Dudó unos momentos sin saber qué hacer ni qué pensar. Su mujer debía estar en el piso; era

lógico que esperase su llegada, y según la portera no había salido. ¿Por qué no le contestaba, entonces? ¿Quería gastarle una broma de dudoso gusto en aquellas circunstancias, o se trataría de algo peor? Rechazó con un movimiento brusco de cabeza la idea de una desgracia; también la posibilidad de que no se encontrase en la casa. De haber ido a la estación, la hubiese visto.

«Y en cualquier caso, no habría dejado la puerta abierta...».

Agitado por una terrible ansiedad, se lanzó a recorrer el pisito. Temó al azar la puerta de la izquierda y penetró en la alcoba. Los muebles eran espléndidos, pero la cama estaba hecha y no había nadie. Pensó en ir a la cocina y al cuarto de baño, pero no llegó a hacerlo.

Volvió al cuarto de estar y se metió por una puerta frente por frente a la de salida del piso. Daba a un comedor, soberbiamente amueblado también. Adosadas a las paredes pudo ver unas vitrinas; el centro de la habitación lo ocupaba una gran mesa de nogal; al fondo había una chimenea de mármol. Y junto a la chimenea...

—¡Liliah! —gritó, asaltado por un doloroso presentimiento.

Acababa de descubrir unos pies femeninos sobresaliendo por uno de los lados de la mesa. Fue hacia allá precipitadamente. Tendida sobre la alfombra yacía una mujer, medio envuelta en una bata de seda, con las manos crispadas, los ojos muy abiertos y una terrible brecha en la cabeza. La sangre que le manchaba la cara y el gesto de sufrimiento que alteraba sus facciones no fueron obstáculo para que Bernard la reconociese en el acto, sin sombra alguna de duda o vacilación.

—¡Liliah! —gimió desolado—. ¡Mi pobre Liliah!

Se arrodilló a su lado y la levantó la cabeza, para estrecharla contra su pecho antes de comprender nada de lo que sucedía. De repente se dio cuenta de que estaba muerta y que la sangre le manchaba las manos. Durante dos o tres minutos, su cerebro se negó a admitir la terrible verdad.

Más de una vez, en sus horas de profundo desequilibrio, se vio acometido por trágicas pesadillas. El cuadro que ahora contemplaba tenía que ser, era forzosamente, producto exclusivo de su perturbación mental. Cinco minutos antes se creía totalmente curado; se engañaba. Estaba loco, totalmente loco, y la muerte de Liliah no pasaba de ser una manifestación de su locura.

Mirando angustiado en torno suyo, sus ojos tropezaron con un candelabro de bronce tirado sobre la alfombra. Era la pareja de otro que seguía sobre la repisa de la chimenea. Maquinalmente, sintiendo que una niebla espesa invadía su mente, soltó el cadáver de Liliah y cogió el candelabro para colocarlo en su sitio.

La pesada peana mostraba unas manchas negruzcas. Las miró detenidamente, como si quisiera descubrir su significación. De pronto se hizo luz plena en su cerebro. Con la rapidez del relámpago comprendió la espantosa verdad: Liliah había sido asesinada y en las manos tenía el instrumento material del crimen.

Sintió que todo le daba vueltas, que le temblaban las piernas, y se agarró a la chimenea para no caer. Miró instintivamente a su mujer. Con los ojos vidriados por la muerte, Liliah parecía contemplarle con fijeza. Tuvo incluso la extraña impresión de que se movían sus labios, lanzando contra él la más terrible de las acusaciones. Le acometió un terror pánico, un deseo frenético de huir, de escapar a la mirada de aquellos ojos. Enloquecido, gritó:

—¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido...!

El grito se convirtió pronto en un alarido infrahumano. Sin saber lo que hacía salió del piso chillando, bajó de cuatro, en cuatro los escalones y se lanzó a la calle, ante la mirada sorprendida y alarmada de la portera, que le vio correr por Brown Street abajo sin acabar de comprender lo que podía ocurrirle...

II

MAS IMPORTANTE QUE UN CRIMEN



ILBERT Adkins, inspector jefe de la Brigada de Homicidios, contempló con gesto receloso a la portera. No era, naturalmente, que sospechara de ella, pero tenía por costumbre tratar con dureza a los testigos cuando estaba investigando un crimen, convencido de que el santo temor que su actitud les inspiraba contribuía a desatarles la lengua, y no quería hacer una excepción con aquella mujer de edad incierta y aire insignificante.

—De modo —dijo, parándose ante ella, con el sombrero

encasquetado y las manos en los bolsillos, mientras interrumpía un instante la laboriosa trituración de una pastilla de chicle— que oyó un alarido y cuando se asomó vio al tipo bajar a saltos la escalera y cruzar el portal a todo correr, ¿no es así?

—Exactamente, señor. Se lo he dicho varias veces y...

—No importa que lo repita una más —le interrumpió, brusco, Gilbert—. ¿Por qué sospechó que pudiera tratarse de un crimen?

Con palabra torpe, la mujer dio la explicación pedida. No le pareció normal ni el grito ni el aspecto del individuo de uniforme que huía enloquecido sin hacer caso de sus llamadas. Subió entonces a la segunda planta, vio abierto el apartamento número tres, entró y creyó desmayarse al descubrir el cadáver ensangrentado de la pobre muchacha.

—Llamé por teléfono, ustedes vinieron y...

—No me cliente el resto, porque me lo sé de memoria. Pero si supuso que el tipo que huía acababa de cometer un crimen, ¿por qué no le detuvo?

—¿Yo? —inquirió con cara de susto la portera—; pero si el muchacho ese está loco y yo,...

Se interrumpió sin concluir la frase, viendo salir por la puerta del comedor a un hombre calvo, con gafas, de gesto cansado y aire malhumorado. Le había visto entrar cinco minutos antes y sabía que se trataba del forense.

—¿Terminó «doc»? —preguntó Adkins, despreocupándose momentáneamente de la portera.

—Completamente. Por mí pueden llevársela cuando quieran.

—En cuanto los chicos terminen de sacar «fotos» y buscar huellas. ¿A qué hora murió?

—Se lo diré cuando haga la autopsia, Gilbert —respondió el forense, encogiéndose de hombros—. Me imagino que entre una y dos de la tarde.

—Fué con el candelabro, ¿no? —insistió el inspector.

—Eso es usted y no yo quien tiene que decirlo —gruñó el forense, dirigiéndose a la salida—. En cualquier caso la golpearon con un objeto duro y pesado, hundiéndola la bóveda craneana, La muerte debió ser instantánea. ¿Tiene bastante o necesita que siga hablándole hasta mañana por la noche?

—No, «doc»; por ahora hay más que suficiente. Pero —añadió—

querría cuanto antes su dictamen.

—Lo tendrá esta misma tarde, si me llevan a tiempo el fiambre. ¡Y ahora, adiós! Tengo mucho que hacer y...

Se marchó mascullando algo ininteligible. Indudablemente le había molestado ir hasta allá, interrumpiendo la placidez de su siesta. Pero también a Adkins le molestaba y tenía que aguantarse. Descargó su mal humor con la portera, que era la víctima que tenía más a mano.

—¿De dónde ha sacado que el teniente ese era el marido de la chica?

—De que lo sé —replicó en tono de suficiencia la mujer—. Aunque ella no se lo decía a nadie, me enteré de que estaba casada. Incluso vi cierta vez un retrato suyo. Por eso cuando me preguntó esta tarde si *miss* Lillah había salido le reconocí en el acto y me dije...

—No me importa lo que se dijese —chilló, irritado, Adkins—. ¿Por qué cree que está majareta?

—Si usted le hubiese visto no me lo preguntaría. Cuando escapó iba desencajado, con los ojos saliéndosele de la cara, diciendo cosas que no logré entender y llorando como un chiquillo. Le aseguro que su aspecto...

—Y aparte de su aspecto, ¿sabía que no estuviese bien?

—¡Seguro! *Miss* Lillah recibía muchas cartas suyas; venían siempre de algún hospital.

—¿De cuál concretamente?

—Últimamente del John Reed, de Washington. En el telegrama que la mandó ayer...

—Y que usted leyó, ¿verdad? —saltó Adkins, en tono acusador.

Confusa y asustada, la portera lo admitió. Lillah había salido cuando llegó el telegrama. Lo abrió por si se trataba de algo urgente y tenía que buscarla, no porque ella tuviese la mala costumbre de enterarse de lo que no la importaba. Cualquiera de los vecinos podría atestiguar que...

—¿Qué decía el despacho? —Volvió a cortarla en seco Adkins.

—Que llegaría hoy a Filadelfia; que los médicos le habían dado el alta, que ya no estaba loco y que seguía queriéndola.

—¡Queriéndola, y la liquida! —exclamó el inspector—. ¡Valiente manera de demostrar el cariño! A menos —agregó, asaltado por una

idea repentina— que tuviese razón porque ella...

Se quedó mirando con aire inquisitivo a la portera. Dudó un instante, como si no encontrase palabras exactas que tradujesen su pensamiento, y al cabo preguntó:

—¿Hacía vida de persona decente, o era una vulgar...?

La mujer simuló no entender el significado de la pregunta. Afirmó que Lillah no había dado nunca el menor escándalo; que pagaba puntualmente el alquiler del apartamento y jamás tuvo que ver con la Policía.

—A nadie que la conociera podía ocurrírsele pensar que se quedara con nada que no le perteneciera.

—No la he preguntado eso, y usted lo sabe —se indignó el inspector—. Pero si no me entendió se lo diré con mayor claridad aún. ¿Guardaba a su esposo ausente el debido respeto o le gustaba divertirse por ahí, pasando las noches fuera de casa y permitiendo que le acompañasen algunos amigos?

Despacio, como quien mide sus palabras para o excederse en lo más mínimo, contestó la portera. No le agradaba meterse en vidas ajenas ni investigar la intimidad de nadie. A ella le pagaban por limpiar el portal y la escalera y por servir a los inquilinos, no por espiarlos. Sin embargo...

—¿Qué? —la apremió Adkins, cansado de sus vueltas y rodeos.

—Tenía muchas y buenas amistades. Personas serias y respetables —añadió—, no vaya a creerse otra cosa. Algunos venían a buscarla en soberbios coches; con otros pasaba las vacaciones o los fines de semana.

—Pero todos eran hombres, ¿no? —saltó el inspector—. ¡Y déjese de embrollos y medias tintas! Esa señora no trabajaba, ¿verdad? Entonces, ¿de qué vivía?

—Supongo que del sueldo de su marido. Ya sabe usted que cuando un militar lucha en el frente, su mujer...

—Recibe lo suficiente para no morir de hambre —respondió Adkins, que, como excombatiente de la segunda guerra mundial, sabía perfectamente a qué atenerse—; pero no para comprarse abrigos de dos mil dólares y joyas tres o cuatro veces más caras. ¿De dónde sacaba el dinero?

La portera murmuró unas confusas explicaciones. Se la veía interesada en defender el buen nombre de la víctima. Sin embargo,

estrechada a preguntas, acorralada por la lógica áspera y cruda del inspector, tuvo que decir lo suficiente para que Adkins comprendiera que sus primeras sospechas estaban sobradamente fundadas. La vida de Lillah no había sido ningún prodigio de moralidad. Mientras el marido se jugaba la vida en Corea o sufría en los hospitales, la mujer se divertía por todo lo alto, frecuentando los clubs nocturnos, luciendo los más lujosos atavíos y derrochando a manos llenas cantidades cien veces superiores al sueldo íntegro de su esposo.

—Está bien —despidió Gilbert a la portera cuando hubo dicho lo que le interesaba—. Vuelva a su portería: cuando la necesitemos ya la llamaré.

Se fué la mujer, y el inspector penetró en el comedor. Los fotógrafos y los expertos en huellas habían concluido ya su misión. Sólo Pete Shaley, agente de Policía y el mejor de sus auxiliares, seguía husmeando por todas partes.

—¿Te falta mucho, Pete? —preguntó Adkins, que tenía prisa por irse.

—Nada —respondió el agente—. Hemos visto ya cuanto teníamos que ver aquí, y el resultado es...

—Que la mató el marido —se adelantó, con aire cansado, el inspector—. De eso no cabe la menor duda. Nadie tiene derecho a disponer de la vida ajena —añadió—, pero este caso tiene cierta explicación, no sólo porque su mujer no era lo que debía, sino porque está loco.

—Sí —dijo, pensativo, Shaley cuando, en compañía de su jefe salió a la calle, dejando al cuidado de otros agentes la vigilancia del piso y el traslado del cadáver—; parece la obra de un loco. Si ese Taves tiene perturbadas sus facultades mentales...

—¡Vaya si las tiene! ¡Como que lleva dos años de manicomio en manicomio! Esta mañana le dejaron salir de uno y supongo que no tardarán en volverle a encerrar en otro. Pero —añadió, mirando lijo a Pete— ¿por qué dices que parece obra de un loco?

—Porque todo indica que cometió el Crimen obedeciendo a un impulso tan repentino como inesperado. Golpeó a la mujer cuando menos podía esperarlo, con lo primero que encontró mano; el candelabro. Y luego, porque no creo que fuese antes, anduvo revolviendo en cajones y armarios sin llevarse nada.

En el concienzudo registro efectuado, Pete no sólo había encontrado gran cantidad de joyas, algunas de precio elevado, sino un millar de dólares en billetes de cincuenta. Pero —y resultaba lo más significativo si los celos eran móvil único del crimen— también cierto número de cartas amorosas. Parecía lógico que un hombre enloquecido por los celos las hubiese destruido; sin embargo, el criminal las había visto y no se tomó siquiera la molestia de sacarlas de los sobres.

—De cualquier forma —añadió—, me las llevo por si tenemos que buscar a los firmantes. Alguno podría explicarnos de dónde procedía el dinero de la víctima.

—Lo sabemos sin necesidad de preguntárselo a nadie. Quizá esos caballeros mereciesen un buen escarmiento. Pero no hay duda respecto al culpable y no vamos a complicarnos la vida estúpidamente.

Pete Shaley asintió con un gruñido. Comprendía y compartía el estado de ánimo de su jefe. La busca y captura de un atracador que se llevó tres mil dólares de un surtidor de gasolina, matando de paso a uno de los empleados, les había tenido aperreados durante una semana entera. Las dos últimas noches se las pasaron en claro. Y ahora, cuando creían poder tumbarse a descansar tranquilamente sin preocupación alguna, surgía aquel crimen.

—Por fortuna, ese desgraciado Taves no será tan difícil de atrapar cómo el maldito Carmady.

No lo fue, en efecto. Apenas llegados a la Brigada supieron que en una clínica de la calle Treinta y Cuatro estaba siendo asistido un individuo, con uniforme de teniente de aviación, en cuyas manos se advertían manchas de sangre y que daba claras muestras de enajenación mental. Padecía, al parecer, un fuerte ataque nervioso.

—¡Ahí tenemos a nuestro hombre! —exclamó, satisfecho, Adkins.

Pero el asunto no quedó resuelto con la rapidez que tanto el inspector como Shaley deseaban. Aunque se dieron buena prisa en acudir a la clínica y quedó claro que el teniente no era otro que Bernard Taves, las cosas se complicaron para que ninguno de los dos pudiera marchar a disfrutar de un bien merecido descanso.

Tropezaron en primer término con el inconveniente de que los médicos, para calmar la terrible excitación que padecía el enfermo,

tuvieron que ponerle algunas inyecciones que le sumieron en un sueño profundo del que tardó largo rato en despertar, con gran indignación de Adkins. Vino luego la resistencia de los doctores que le asistían a autorizar su traslado a la Jefatura de Policía antes de que estuviera totalmente repuesto.

—Lo que este hombre necesita es un hospital o un manicomio. Podrá ser un criminal como afirma, inspector; pero no se halla en condiciones de responder a sus preguntas, ni menos aún de hacerse responsable de sus actos.

Eran las seis de la tarde cuando, saltando por encima de todas las prohibiciones médicas, Adkins y Shaley llegaron con su detenido a la Brigada de Homicidios y comenzaron el interrogatorio. Para entonces ya creían tener todas las pruebas necesarias en su poder y no ofrecía duda la culpabilidad del teniente. Entre otras de menor importancia, las huellas claras de Taves en el candelabro que sirvió para cometer el crimen.

—Sólo nos falta su confesión, amigo —advirtió Adkins al comenzar—. No pierda el tiempo negando ni nos lo haga perder a nosotros, Cuanto antes admita que liquidó a su mujer, mejor para todos.

No esperaba que el teniente se encerrase en una negativa, y le sorprendió sobre manera que no reconociese de plano y desde el primer instante su culpa. La terquedad de Bernard sosteniendo que cuando entró en el piso Lillah estaba muerta, le sacó de quicio.

—¿Es idiota o supone que lo somos nosotros? —vociferó, alterado—. ¿Por qué se empeña en negar la evidencia? ¿No se da cuenta de que las pruebas en contra suya son abrumadoras?

—Lo son, en efecto —reconoció, dolorido, Bernard—, pero yo no la maté.

Taves ofrecía el más lamentable de los aspectos. Estaba roto, hundido, destrozado moral y materialmente; le temblaba la barbilla, agitada por repetidas convulsiones nerviosas; tenía un brillo de locura en las pupilas, el semblante desencajado, una lividez cerúlea y un terrible desasosiego que le impedía permanecer inmóvil. Su voz se rompía a veces en profundos sollozos que estremecían su cuerpo; otras parecía presa de una desesperación sin límites y se retorció las manos, se cubría con ellas el rostro o se mesaba los cabellos.

—Debíamos dejarle —dijo Shaley, impresionado por su aspecto—. No sacaremos nada en limpio porque está rematadamente loco.

—No me fío de la locura de ningún criminal —gruñó, receloso, Adkins, a quien desconcertaba la lógica con que en determinados momentos contestaba el teniente a sus preguntas—. Y menos de la de éste.

Quería terminar de una vez el asunto; irse a dormir con la seguridad de que nadie le despertaría para pedirle aclaraciones de ningún género. Cuando entregase el atestado al D. A. —y sería aquella misma tarde— debía quedar todo resuelto definitivamente.

—¡Pero si ya lo está! —insistió Shaley, sin demasiadas esperanzas de convencer a su jefe.

—Aún estará mejor si a todas las pruebas añadimos la confesión del culpable. ¡Y la añadiremos! Es posible que nos haga perder una hora, pero terminará por confesar.

No necesitó una hora, sino tres. Taves se obstinaba en proclamar su inocencia. Con un terrible esfuerzo procuraba poner orden en la terrible confusión mental que le dominaba, y reconstruía todos sus pasos y movimientos desde que salió del John Reed Hospital de Washington hasta que se encontró con el cadáver de su mujer. Dijo todo lo que sabía; lo repitió veinte veces distintas, poniendo en sus palabras un acento desesperado de sinceridad; pero Adkins no le creyó ninguna. Llegaba a admitir que sufriese una amnesia que no le permitiera recordar cómo mató a Liliah, sin embargo...

—Lo evidente es que la mató. Las pruebas son definitivas, y nada de lo que dice las hace vacilar siquiera. ¡Confiese de una vez, Taves!

Era una lucha desigual que sólo podía tener un vencedor. Bernard se defendió como pudo. Seguro de su inocencia al principio; dudoso luego ante las acusaciones de Adkins, respaldadas por pruebas irrefutables; angustiosamente convencido de su culpabilidad al final.

—¡Es horrible! —clamó, vencido ya, con una tormenta agitando su vacilante razón—. Si es cierto que la he matado cuando estaba seguro de lo contrario; si fui capaz de asesinarla y olvidarlo por completo al minuto siguiente...

—¿Qué? —le animó a continuar el inspector.

—¡Estoy loco! Definitiva, incurablemente loco...

—¡Allá los médicos y usted! —respondió, encogiéndose de hombros Adkins y poniéndole una vez más a la firma la declaración admitiendo el crimen—. A mí me basta saber lo que hizo; lo demás me tiene sin cuidado. ¡Firme de una vez!

Deshecho, con lágrimas en las mejillas y un intenso temblor agitándole de pies a cabeza, Bernard puso su firma. Daba pena verle; no tenía parecido ninguno con el teniente que descendió del tren en Broad Street Station poco después del mediodía. En diez horas había envejecido veinte años.

—¡Loco! —repetía con depresión creciente—. ¡A pesar de todo, loco!

—¡Ojalá lo esté, Taves! —dijo Adkins, mientras recogía la declaración y hacía señas a Shaley para que se llevase al detenido a uno de los calabozos—. Será lo mejor para usted.

—¿Lo mejor para mí? —inquirió, estupefacto, Bernard, levantando la cabeza para mirar al inspector.

—¡Seguro! Si no lo estuviera no habría quien le librase de ir a la silla eléctrica. ¿Le parece poco?

Habían dado las diez cuando Shaley vino a reunirse con su jefe en el despacho de éste y ambos se dispusieron a abandonar la Jefatura. Un ordenanza abrió la puerta en el momento en que se disponían a franquearla.

—Hay una chica que pregunta por usted, inspector —dijo—. Afirma que se trata de un asunto grave y urgente. Lleva una hora esperando y no quiere marcharse sin verle.

Tras desahogar su mal humor con unas cuantas imprecaciones, Adkins se resignó a hablar con la muchacha. Pero no allí, en la cómoda tranquilidad de su despacho, sino en el vestíbulo de entrada a las dependencias de la Brigada. De pie, con el sombrero puesto y en un sitio por donde constantemente estaba pasando gente, esperaba que la joven se diese cuenta de lo intempestivo de su visita y pudiera librarse de ella en dos o tres minutos como máximo.

—Es aquélla, inspector.

Adkins miró a la chica que le señalaba el ordenanza. Era de mediana estatura, más bien menuda, morena de cutis, con ojos grandes y oscuros, nariz ligeramente respingona, pómulos salientes, boca pequeña de labios carnosos y un pelo negro algunos de cuyos

rizos se le arremolinaban sobre la espaciosa frente. Vestía un traje sastre de buen corte, que hacía resaltar la esbeltez de su figura. Podría tener entre veintidós y veinticinco años, y juzgando por su aspecto debía ser mecanógrafa o empleada. Estaba de pie, acaso porque su nerviosismo le impedía permanecer sentada, y su gesto revelaba inquietud y angustia.

—Soy el inspector Adkins, señorita. Perdone que no pueda atenderla como fuera mi deseo, pero tengo mucha prisa. Si no es algo de verdadera urgencia...

—Lo es, míster Adkins —respondió, nerviosa, la joven—. Se trata del asesinato de Leilah Taves.

—¿De veras? —inquirió, impaciente y burlón, el inspector—. Y ¿qué tiene que decirme que le corre tanta prisa?

—¡Nada de lo que cuentan los periódicos es cierto! —afirmó, resuelta, la muchacha, señalando con un gesto el montón de diarios vespertinos que había estado leyendo y que aparecían ahora sobre uno de los bancos—. ¡Bernard es inocente!

—Siento no compartir su parecer —repuso Adkins, dando un paso hacia la salida—. Por desgracia, las pruebas y la propia confesión del teniente Taves no dejan lugar a ninguna duda.

—¡Le juro que es inocente! —exclamó, angustiada, la joven—. Por encima de todas las pruebas habidas y por haber, Bernard no mató a su esposa.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió, malhumorado, Adkins, temiendo habérselas con una visionaria fantástica—. ¿Estaba en el lugar del crimen? ¿Vio al asesino en el momento de agredir a su víctima?

—No; pero tengo el convencimiento pleno de lo que digo.

—Lamento que su convencimiento, sin pruebas que lo confirmen, no nos sirva de nada. ¿O tiene acaso esas pruebas?

—No tengo pruebas de ninguna clase —admitió, desolada, la joven—. Pero Bernard no es un criminal. Le conocí hace años; vivía en el mismo piso que Lilia en Chesnut Hill cuando se casó con él, y no he visto un hombre más simpático ni más enamorado de su mujer. Entonces...

—Deje en paz el pasado, señorita —la interrumpió, áspero, Adkins—. No me interesa lo que ocurrió hace años, sino lo que pasó esta misma tarde. Y eso...

—¡No creo una sola palabra de lo que dicen los periódicos!

—En ocasiones me pasa a mí lo mismo; en ésta, sin embargo, no cuentan más que la verdad. Aunque habrá de dispensarme si no me entretengo en discutir con usted la probidad informativa de los grandes diarios. Tengo prisa y...

—¡Concédame cinco minutos, inspector! —suplicó la joven—. Merece la pena, porque es algo de carácter sensacional.

—¿Qué hace que no empieza? —Gruñó Adkins, deseoso de terminar cuanto antes y más convencido a cada segundo de que aquella chica no tenía nada de interés que decirle—. ¿Qué sabe del crimen?

Un poco azorada, la muchacha habló. Reconocía que no había visto a Bernard desde que salió para Corea, poco después de su boda, y que a Lillah la veía pocas veces. Pero una de ellas había sido en fecha muy reciente: tres días antes. La invitó a merendar y charlaron.

—Estaba preocupada, asustada, mejor. Tenía mucho miedo...

—¿A que viniera su marido y le pidiera estrechas cuentas de sus andanzas?

—No. A que la matase alguien; alguien que no era Bernard, naturalmente.

—¿Quién, entonces?

Las explicaciones de la joven fueron un tanto confusas; al parecer, tampoco habían sido claras y explícitas las manifestaciones de Lillah la tarde que merendaron juntas. Estaba un poco bebida indudablemente, pero ni siquiera el alcohol ingerido bastaba a justificar sus cambios bruscos de humor, el recelo con que miraba de cuando en cuando en torno suyo, los estremecimientos nerviosos que la sacudían ni el que comenzase a hablar de una cosa, cambiando de tema antes de llegar al final...

—Mientras, por su rostro se extendía una palidez cadavérica.

—¡Basta de tonterías! —saltó en el límite de su paciencia Adkins—. Si sabe quién mató a Lillah, suponiendo que no fuese su marido, cosa de que estoy seguro, dígalos; si no, cierre la boca y no me haga perder más tiempo.

Apresuradamente, la joven dijo lo que sabía. Al inspector se le antojó una historia fantástica sin pies ni cabeza. La chica hablaba de un pretendido secreto de que Lillah estaba enterada; de una

especie de chantaje que explicaría sus alhajas y sus abrigo de piel en forma distinta a como Adkins suponía; de una amenaza velada del expoliado, que podría muy bien ser autor el crimen. Por desgracia, la muchacha ignoraba su nombre, y tampoco tenía la menor prueba material que apoyase lo que decía.

—¿Y para eso me ha hecho perder diez minutos? —preguntó, airado, el inspector—. ¡Déjeme en paz de una vez e invente otra historia mejor si quiere favorecer a su amigo Taves!

Se marchó, seguido de Shaley, sin hacer el menor caso de las súplicas de la muchacha, a la que parecía haber sumido en un profundo estupor la violenta reacción de Adkins. En el coche ya, Pete comentó, hablando con su jefe:

—¡Qué pena que no podamos hacerla el menor caso! Lo que ha contado es una tontería del tamaño del City Hall, pero la chica es preciosa.

—Sí —asintió el inspector, sin demasiado entusiasmo—; no está del todo mal...

—¿Que no está mal? —exclamó, asombrado, Shaley—. ¡Y es todo lo que se te ocurre! ¡Pero si tiene la misma cara que Claudette Colbert con veinte años menos!...

—Quizá —replicó Adkins—. Pero bonita o fea, tendría que ser un perfecto idiota para creer una sola palabra de su historia.

—En eso te sobra razón, Gilbert —coincidió Pete—. Aun sin la seguridad plena de que fué Taves quien liquidó a su mujer, sólo el que no tenga dos dedos de sentido común, dará el menor crédito a sus fantasías.

Pero hubo aquella misma noche quien escuchó parte de ellas con gran interés y hubiese querido oír las por completo. Y en contra de lo que pudieran pensar Adkins y Shaley, ni tenía nada de imbécil ni le faltaba sentido común. Las personas que le conocían a fondo opinaban, por el contrario, que le sobraba inteligencia. Y que bajo la tosca apariencia, el traje un poco descuidado y el rostro inexpresivo de Clyde Thorne, jefe de la División de Filadelfia del F. B. I.,

se ocultaba uno de los más valiosos elementos de toda la Policía Federal americana.

Cuando sonó el teléfono de su despacho, Thorne se hallaba hondamente preocupado. Un incidente, que a primera vista carecía

de toda importancia, había movilizadado hacía horas a todos los agentes a sus órdenes, surcando su frente con profundas arrugas de inquietud y desasosiego. Todo se reducía a que un profesor de la Pennsylvania University, salido de su laboratorio a las cuatro de la tarde, no había llegado a su domicilio, como tenía por costumbre invariable desde varios años atrás, a las cuatro y media. No apareció a las cinco, ni a las ocho, ni a las diez. Dado que conducía personalmente el coche y que la distancia a recorrer era muy corta, resultaba lógica y explicable la alarma de su mujer.

El hecho podía tener varias fáciles explicaciones: que el profesor se hubiese entretenido charlando con algún amigo; que hubiera caído en la tentación de echar una cana al aire, pese a sus años y a su formalidad; y, más sencillo aún, que sufriera cualquier accidente de los que se producían a diario por centenares en las calles de Filadelfia. Que el profesor tuviera contados amigos a los que nunca se le ocurría visitar; que fuese la moralidad hecha persona, rigurosamente abstemio y enemigo implacable de juergas, diversiones y excesos de todas clases, y que extremase la prudencia cuando manejaba el volante del coche no pasando jamás más de treinta millas, no excluía en redondo ninguna de aquellas posibilidades. Ocurre a veces que los hombres más sesudos pierden la cabeza ante un bello palmito de mujer y que los conductores más expertos sufren una avería que les lleva a chocar con otro vehículo o a estrellarse contra cualquier árbol.

—¡Quiera Dios que sea algo de eso! —exclamó Thorne cuando a las siete de la tarde la esposa del profesor le comunicó, francamente asustada, su sorprendente retraso.

Que un profesor cualquiera tardase tres horas o tres días en volver a su casa no era asunto cuya aclaración incumbiese al

F. B. I.,

y mucho menos sumiera en profunda inquietud a uno de los más claros cerebros de la Policía Federal. Pero Raymond Hambleton, galardonado con el Premio Nobel dos años antes por sus investigaciones bacteriológicas, no era un profesor cualquiera ni los antecedentes aconsejaban la menor negligencia. Hacía tiempo que Hambleton trabajaba en algo que podía ser considerado de trascendental importancia para la seguridad nacional, y esto bastaba para hacerle objeto de atención especial por parte de las

autoridades. Sin olvidar, naturalmente, la misteriosa desaparición de Dashiell Lybeck, acaecida veinte meses atrás.

Dashiell Lybeck, checo de origen, llegado a Norteamérica en 1940 huyendo de las persecuciones nazis, era un sabio al que la Biología moderna debía algunos de sus avances. Amigo y admirador de Hambleton, cuya superioridad admitía, trabajó a su lado como el más eficaz de sus ayudantes y colaboradores por espacio de varios años, no faltando maliciosos que insinuaran que tenía mayores méritos que su jefe, y que si el Premio Nobel no le fue otorgado se debía exclusivamente a que Hambleton había nacido en la nación más poderosa de la Tierra, mientras su ayudante vio la luz primera en un país pequeño sojuzgado por Rusia ahora, igual que antes lo estuvo por Alemania.

La desaparición de Lybeck se produjo a los pocos días de saberse que Hambleton había realizado un sensacional descubrimiento que revestía capital importancia con respecto a una posible guerra bacteriológica. La Policía trabajó activamente durante largas semanas tratando de dar con el sabio desaparecido, pero no consiguió nada. Al biólogo checo parecía habersele tragado la tierra. Su rastro se perdía una tarde al salir de los laboratorios con rumbo a su domicilio y jamás volvió a saberse una sola palabra de él. Circularon, como era natural, los más contradictorios rumores, y las hipótesis más absurdas. La menos disparatada de todas era que Lybeck, huido de su país ante la amenaza germana, simpatizaba con las ideas ahora triunfantes en Praga y había marchado allí, espontánea y subrepticamente para poner su inteligencia y sus conocimientos al servicio del nuevo régimen.

Había excesivas coincidencias entre aquella desaparición y el sospechoso retraso de Hambleton para que Thorne no se sintiera alarmado desde el primer instante. Su inquietud subió de punto cuando transcurrieran cuatro horas y dieran las once de la noche sin que el profesor hubiera sido encontrado vivo o muerto. Para entonces ya se tenía la plena seguridad de no haberse producido el menor accidente en el recorrido que normalmente seguía para ir a su casa, de que no se hallaba en el domicilio de ninguno de sus amigos o conocidos y de que tampoco había ingresado en ninguna clínica.

—Quieren hablar con usted, Thorne —dijo Humphrey Garret,

entregándole el teléfono—. La mujer que llama parece muy asustada y dice que es un caso de urgencia y gravedad excepcionales.

Asió el teléfono con la remota esperanza de que pudiera tratarse de algo relacionado con el profesor Hambleton. Estuvo a punto de soltarlo malhumorado y colérico cuando la chica que llamaba aludió al asesinato de Lilliah Taves. Había leído muy por encima las informaciones del suceso en los periódicos de la tarde y no creía que el caso —una mujer de equívoca conducta muerta por su marido en un acceso de locura y celos— tuviese nada que ver con el Federal Bureau of Investigation. Y menos en aquellos momentos, en que tenían que preocuparse de un asunto mil veces más grave y trascendente.

—Diríjase a la Brigada de Homicidios o al District Attorney —la indicó—, si cree saber algo de interés acerca de ese crimen.

—Intenté hacerlo, y el inspector Adkins me despidió con cajas destempladas sin prestarme la menor atención —repuso la muchacha.

—Y se le ha ocurrido molestarnos a nosotros, ¿no? —inquirió, con ligera irritación, Thorne—. ¿Ignora acaso que la Policía Federal no tiene la menor intervención en el esclarecimiento de un crimen vulgar?

—¡Pero si no se trata de un crimen vulgar! —protestó la joven—. El culpable no es el marido, como Adkins se empeña en pensar, sino un individuo por cuya detención el

F. B. I.

daría unos cuantos millones.

—Siento desilusionarla al afirmar que no disponemos de millones que podamos repartir a voleo; pero ¿querría decirme quién le imbuyó idea tan extraordinaria de la valía del supuesto asesino?

—¡Lilliah Taves, naturalmente!

—¿Después de muerta? —insinuó Thorne, con abierta ironía, seguro de habérselas con una perturbada.

—No; tres días antes. Afirmó que sabía algo que podía costarle la vida; pero también podía hacerla rica; algo que el

F. B. I.

daría mucho dinero por averiguar.

—¿No le dijo el qué? —empezó a interesarse el jefe federal.

—Concretamente, no. Tan sólo que dentro de poco podría ocurrirle a alguien lo que a un tal... Espere que recuerde el nombre. Es un poco raro y me cuesta trabajo. ¡Ah, ya lo tengo! Sí; lo mismo que a un tal Lubitch.

—¿Lubitch? —preguntó Thorne, asaltado por una repentina sospecha—. ¿Está segura, completamente segura, que le dijo Lubitch? ¿No sería Lybeck?

—Sí; es probable que me dijese Lybeck —admitió Ja muchacha, sin concederle demasiada importancia—. Parece que Lillah había estado sacando bastante dinero a una persona con la amenaza de divulgar algún escándalo de ese Lubitch o Lybeck. Afirmó que era un juego peligroso y que estaba preocupada; que sabía que a otro le ocurriría algo por el estilo pronto y pediría mucho por cerrar la boca. Si se lo daban, bien; si no...

—¿Qué haría?

—Acudir al

F. B. I.

Estaba segura de que se lo pagarían espléndidamente.

—¿Se lo dijo así ella?

—Sí. Y todavía añadió más: «¡Claro que si los otros no me asesinan antes!», fueron sus palabras textuales.

—¿Y usted cree que la han asesinado?

—No hay duda posible luego de ver su «foto» en los periódicos con la cabeza destrozada. ¡Pero no fué Bernard —añadió apresurada—, sino los otros! No la quise creer cuando me lo dijo; ahora...

Thorne la escuchaba con creciente interés. Aquella chica, que ni siquiera le había dado su nombre, parecía tener por una serie de extrañas coincidencias una pista —¡la primera que encontraban!— de la desaparición de Lybeck, y tal vez de la de Hambleton. Tomó una rápida decisión.

—¡Venga a verme inmediatamente!

—No puedo —respondió la muchacha—. No me atrevo.

—¡«Okay»! Dígame dónde está e iremos a recogerla.

—Tampoco —negó la joven—. Estoy mortalmente asustada y no me queda más remedio que huir muy lejos, sin que nadie sepa dónde voy.

—¿Por qué?

—No quiero que me ocurra lo que a Lillah. Cuando salí de

hablar con el inspector Adkins, dos tipos comenzaron a seguirme. Creo que quieren matarme para que no diga una palabra. Conseguí darles esquinazo, pero acaso estén oyendo lo que hablamos. Si fuese a verle, si le dijera siquiera dónde estoy, podrían adelantarse y matarme.

—¡Nada tiene que temer, señorita! Nosotros nos preocuparemos de protegerla, y nadie podrá causarla el menor mal. Diga desde dónde llama y estaremos ahí antes de cinco minutos. Necesito hablarla y...

—No puedo decirle más de lo que le he dicho, señor —respondió la chica, cuya voz reflejaba todo el nerviosismo que la dominaba—. Tenga la seguridad de que Bernard es inocente; de que a Lillah la mataron los otros... Yo tengo que escapar antes de que sea tarde. ¡Adiós!

Cortó bruscamente, sin que Thorne pudiese argüir algo más para convencerla. Clyde pegó un puñetazo, disgustado, sobre la mesa; pero no perdió el tiempo en vanas lamentaciones. Necesitaba encontrar a aquella chica —porque debía tratarse de una muchacha joven a juzgar por la voz—, interrogarla con detenimiento, hacerla decir cuánto sabía, y puso manos a la obra inmediatamente.

Localizar el lugar de la llamada le costó pocos minutos. Había sido efectuada desde un punto relativamente cercano: el vestíbulo de un cinematógrafo de la calle Diecinueve. Corrió allá en compañía de Garret, pero sufrieron una decepción al llegar. La chica había desaparecido y nadie parecía haber reparado en ella. Fué inútil que interrogasen a los porteros y a las taquilleras. Era un cine de sesión continua, en el que constantemente estaba entrando y saliendo gente; en el vestíbulo había siempre quince o veinte personas como mínimo mirando las carteleras.

—No podemos fijarnos en todos los que utilizan el teléfono.

Tampoco aquí perdió Thorne el tiempo en inútiles lamentaciones. Entró a su vez en la cabina telefónica y llamó a la Brigada de Homicidios, preguntando por el inspector Adkins, luego de darse a conocer.

—Se largó hace una hora —le respondieron—. Seguro que le encontrará en su casa, si le interesa verle. Pero no sé cómo le recibirá. Llevaba tres noches sin dormir, estaba muerto de sueño, y se van a despertarle apenas se haya metido en la cama...

Adkins vivía en Franford Avenue, en el barrio de Georgetown, dos millas largas al Norte del punto en que se encontraban. Pese la distancia, a la hora intempestiva y a la seguridad de que el recibimiento no tendría nada de cordial, Thorne se dirigió allá en unión de Garret, sacando a su coche la máxima velocidad a través de las calles semi desiertas.

Tuvieron que llamar seis o siete veces en la puerta del piso antes de que les respondiera nadie. Al final oyeron pasos que se aproximaban y gruñidos y maldiciones que indicaban con claridad el estado de ánimo del dueño del apartamento, arrancado violentamente del mejor de sus sueños.

—¡Ah, es usted, Thorne! —dijo al verle; luego, malhumorado, protestó—: ¿No ha podido dejar para mañana su visita? ¿O cree que los demás no tenemos derecho a descansar un rato?

—Se trata de algo urgente, Adkins. Y haría bien en dejarnos pasar. No me parece muy correcto que hablemos en la puerta.

—Entre de una vez y hable —replicó el inspector, apartándose un paco para permitirlos entrar, cerrando la puerta a su espalda, pero sin invitarles a sentarse—. Procure terminar pronto, porque tengo sueño —añadió, destemplado—. ¿Qué tripa se le ha roto?

—Necesito que me diga el nombre y las señas de una joven que estuvo a verle esta noche en relación con el asesinato de Leilah Taves.

—De modo que es eso, ¿eh? ¡Maldita imbécil! No sólo me entretiene media hora, sino que hace que vengan a despertarme. ¡Si la cogiese ahora mismo...!

—¡Déjese de maldiciones y dígame cómo se llama y dónde vive!

Adkins le miró desconfiado antes de responder. No simpatizaba con aquellos tipos del

F. B. I.,

amigos de meter las narices en todas partes. Los celos y susceptibilidades de Cuerpo, jamás totalmente borrados de su ánimo, adquirieron de pronto violencia extremada.

—¿Y a usted qué le importa? —contestó, irritado—. El crimen es cosa nuestra. Esa chica me contó una serie de tonterías tratando de embrollar el asunto, pero yo...

—¡Responda a lo que le he preguntado! —exigió, imperativo, Thorne.

—¿Por qué se mezcla en esto? —protestó el inspector, sin dar su brazo a torcer—. El

F. B. I.

no tiene atribuciones para ello. Se trata de un crimen vulgar que yo he conseguido aclarar en menos de doce horas, y...

—¡Es algo mil veces más importante que un crimen! —chilló Thorne, perdida la paciencia—. Es un caso de vital importancia para la seguridad nacional. Y le advierto que le costará caro, Adkins, si su estúpida obstinación sigue haciéndonos perder un tiempo precioso. ¡Hable de una vez, o atégase a las consecuencias!

III

PELIGRO DE MUERTE



L rostro de Adkins reflejó un asombro sin límite. No eran sólo las palabras de Thorne, con ser graves en sí y por la amenaza que encerraban, sino el tono violento, casi descompuesto, con que las pronunció. Desconcertado y un tanto cohibido, pidió una explicación, y su interlocutor se la dio en el menor número posible de frases, con intención de río perder tiempo.

—¡Maldita sea! —Tornó a maldecir el inspector al saber de lo que se trataba—. ¡Tener un éxito así en las manos y dejarlo escapar! ¡Toda la vida será un imbécil que...!

—Demuestre que no lo es —le interrumpió Thorne— diciendo dónde vive esa chica y como se llama.

—¡Pero si ni siquiera lo sé! —exclamó Adkins, avergonzado de su propia torpeza—. Creí que era una visionaria estúpida y la despedí sin preguntarla su nombre. Aunque en realidad...

¿Qué?

—Quizá se engañe usted también, Thorne. Esa chica es una embustera redomada. Dijo que Taves era inocente, y yo tenía su confesión firmada en el bolsillo. Si todo lo que sabe es por el estilo...

—Lo veremos cuando consigamos hablar con ella. Por lo menos recordará su aspecto, ¿no? Y habrá alguien que la conozca; Bernard Taves cuando menos.

—Sí; Taves tiene que conocerla —repuso el inspector, animado ante la posibilidad de enmendar en parte su grave yerro—. Pero —vaciló, cayendo otra vez en su depresión— habrá que darle sus señas, y yo...

—¿Es posible que las haya olvidado? —intervino, indignado, Humphrey Garret, el agente especial que acompañaba a Thorne.

—No por completo —vaciló Adkins—, pero son un poco vagas. Es joven, desde luego; me parece que morena, no mal parecida y...

—¿Qué más?

—¡Ya lo recuerdo! Shaley dijo que se parecía a Claudette Colbert. Sí, una Claudette con veinte años menos.

—¿Como cuando la Colbert impresionó «Cleopatra»?

—Algo por el estilo. Aunque —añadió, queriendo dárselas de gracioso— con bastante más ropa. Yo creo...

A Thorne le tenía totalmente sin cuidado lo que creyese o dejara de creer. Había dicho cuánto sabía y hubiera sido perder el tiempo continuar hablando con él. La información que necesitaba sólo podía dársela Bernard Taves, que se hallaba en un calabozo de la Brigada de Homicidios, y sin molestarse en decir adiós a Adkins fueron allá a toda marcha.

—Lo malo —les dijo el inspector de guardia en la Brigada, una vez enterado del motivo de su visita y de su deseo de hablar con el detenido— es que se trata de un loco. Tuvimos que ponerle un vigilante en el calabozo para que no se diera contra las paredes. Es muy posible que no recuerde nada; que ni siquiera oiga lo que le

preguntan.

—Le veremos de todas formas. Nada perdemos por intentarlo, y no tenemos otra salida.

Hallaron a Bernard Taves en un estado lamentable. Desencajado, con los ojos desorbitados, el pelo revuelto y estremecido por continuos sollozos, tenía todo el aspecto de un desequilibrado mental. Le faltaba muy poco, en realidad, para estarlo. El largo interrogatorio a que le sometió Adkins y las pruebas aducidas le habían llevado al pleno convencimiento de ser el asesino de Liliah. Desesperado, daba vueltas en su cerebro a aquella certidumbre, horrorizado de haber arrancado la vida a la mujer que amaba; doblemente horrorizado porque aquel crimen imperdonable y monstruoso tenía que interpretarlo como una demostración plena de su incurable locura.

Tumbado encima del camastro, con la vista clavada en el techo de la celda, ni levantó la cabeza cuando entró Thorne, ni pareció escuchar sus primeras preguntas. Las palabras de consuelo que llevado de la conmiseración que le inspiraba salieron de labios del agente federal resbalaron sobre los sentidos del teniente sin llegar a su cerebro. Impresionado, Garret llegó a tocarle para convencerse de que no estaba inconsciente. Estremeciéndose ligeramente, Taves murmuró:

—¡Déjenme en paz, por favor! No quiero ver a nadie ni saber nada.

—¿Ni siquiera la posibilidad de que sea inocente del crimen que se le imputa? —Lanzó, rápido e intencionado, Thorne.

Bernard torció la cabeza para mirarle y se sentó en el camastro. Contemplando de hito en hito a sus visitantes, se repetía mentalmente la última y sorprendente pregunta. Un instante cruzó por sus ojos un relámpago de esperanzada alegría; al siguiente, volvió a dominarle la desesperación, mientras de su garganta se escapaba un doloroso gemido.

—Gracias por insinuarlo —se le oyó decir con un hilillo de voz—. Por desgracia, sé que fui yo..., ¡y que estoy loco!

¿Quiénes eran sus visitantes? Desvanecida la ilusión engañosa que llegó a animarle un segundo, no creía posible la menor duda. Cien veces durante los meses interminables pasados en hospitales y manicomios había recibido visitas semejantes. Caballeros que le

hablaban con dulzura, que parecían interesados por su estado, que le prodigaban palabras de estímulo y aliento; pero que iban exclusivamente para estudiar sus reacciones y dar un diagnóstico. Psiquiatras que le sometían con disimulo a «tests» habilidosos mediante los cuales medían y comprobaban todo el alcance de su desequilibrio. Los de ahora serían forenses encargados por el District Attorney de informar acerca de su irresponsabilidad.

La irresponsabilidad, bien lo sabía, significaba la absolución, pero el internamiento, acaso de por vida, en una casa de salud; la consciencia, una sentencia de muerte de rápido cumplimiento. Unas horas antes amaba la vida con todo entusiasmo; ahora, luego de matar a Lilia, se le antojaba una carga demasiado pesada para sus frágiles hombros de enfermo incurable.

—Digan lo que quieran en su informe. Que estoy cuerdo, por ejemplo. No le temo a la muerte. Será un justo castigo por el crimen cometido y una liberación para mí.

Thorne precisó más de media hora para convencer a Taves de que no era un médico encargado de diagnosticar sobre su cordura o desequilibrio. Y no estaba muy seguro de haberlo logrado por entero. Que el detenido simulase creerle, no implicaba que le creyese en realidad. No obstante, planteó abiertamente el problema que le llevaba allí. ¿Sabía Bernard algo de la desaparición de Dashiell Lybeck? ¿Estaba enterado de la personalidad del individuo a quien Lilia sacaba grandes cantidades a cambio de su silencio?

—Ni sé nada de eso ni creo que mi mujer lo supiese —respondió con marcado recelo Taves—. ¿Por qué no me dejan tranquilo de una vez? ¿Qué más quieren de mí, si confesé ya?

—Convencernos de si es o no verdaderamente culpable —respondió con sinceridad Thorne—. La confesión del inculpado yo es nunca una prueba plena y definitiva, y hay por lo menos una persona que está totalmente segura de su absoluta inocencia.

—¿Quién es? —preguntó Bernard, con claro escepticismo.

—Eso es, precisamente, lo que necesito saber. Y espero que usted me lo diga.

Contó en pocas palabras la conversación telefónica sostenida con una muchacha desconocida, así como la torpeza de Adkins negándose a oírla y no enterándose siquiera de su nombre. Señaló la trascendencia que sus declaraciones podían tener, no sólo con

respecto a Taves y a la muerte de Liliah, sino a la desaparición de Lybeck. Se expresaba con tal acento de veracidad que, pese a su terrible confusión mental y a la profunda desconfianza que sentía hacía todo y hacia todos, Bernard le creyó, y nuevamente se encendió en su ánimo una lucecita de esperanza.

—¡Si fuese verdad! —murmuró—. ¡Si esa chica estuviese en lo cierto y la desaparición de Lybeck fuese la causa de todo!...

—Lo sabremos cuando la encontremos —repuso, apremiándole, Thorne—. ¿Quién es, cómo se llama y dónde vive esa muchacha?

Se apagó la mirada de Taves y la lucecita de esperanza desapareció repentinamente entre las nieblas del más negro pesimismo. No sabía quién era aquella muchacha; no tenía la menor idea, e incluso le costaba trabajo creer que existiera realmente. Apenas conocía a nadie en Filadelfia.

—La única persona que podía interesarse por mí —dijo con aire desolado— era la pobre Liliah, y yo mismo la maté. ¡No me atormenten, por Dios! —suplicó—. No me hagan concebir falsas esperanzas que al desvanecerse centuplican mi angustia. Un poco de piedad...

—Se equivoca, teniente —saltó, interrumpiéndole, Garret—. No se trata de deslumbrarle con falsas esperanzas. Esa chica tiene existencia real. Acaso no pueda imaginarse quién es, pero si le damos sus señas...

Repitieron las señas que Adkins les había dado. Bernard les escuchó sin dar el menor signo de reconocerla. Sólo al final, cuando hablaron de su parecido con una famosa estrella del cinema, se animó un poco.

—¿Claudette Colbert con veinte años menos? ¡Déjeme pensar un momento! Me parece recordar a alguien que... Pero no. ¡Cómo no sea Virginia Champman!...

Apremiado por Thorne, dijo lo que sabía de Virginia Champman. Era una muchachita dos años más joven que Liliah, a la que había conocido en la época de su boda. Compartía con su esposa y con otras dos chicas un modesto pisito en Chesnut Hill. Tímida y silenciosa, se ponía colorada en cuanto la decían algo; especialmente al gastarle alguna broma por su parecido con la Colbert.

—Pero no creo que sea. Hace años que no sé una sola palabra de

ella. Además, Virginia no se hubiese atrevido a ir sola a la Policía...

—¡Pues yo estoy seguro de que lo es! —contestó Thorne—. ¿Dónde vive?

Bernard lo ignoraba. Tres años atrás, cuando se casó con Liliah, vivía en Chesnut Hill; pero igual que su mujer había cambiado de domicilio unas cuantas veces desde entonces, habría hecho Virginia. Era posible incluso que se hubiese casado, abandonando Filadelfia.

—Si dejó Filadelfia habrá sido esta misma noche. Iremos a Chesnut Hill. Aunque no viva allí, acaso sepan dónde se ha ido.

Dejaron a Taves un poco menos hundido que a su llegada. En el vestíbulo de la Brigada de Homicidios se tropezaron con Pete Shaley, que entraba precipitadamente.

—Me alegro de verle, Thorne —dijo al darse de cara con los agentes federales. Venía precisamente en su busca. Adkins me telefoneó hablándome de su visita, y aunque estoy bastante cansado no dudé en tirarme de la cama y correr a ponerme a sus órdenes. Creo que puedo serle bastante útil.

—¿Útil en qué? —preguntó, desabrido, Clyde, que conocía a Shaley y no simpatizaba mucho con él, pese a saberle uno de los detectives más listos de la Brigada.

—En dar con el tipo que les interesa —replicó Pete—. Según Adkins, a *mistress* Taves pudieron liquidarla para que no dijese lo que sabía de la desaparición de Lybeck. Parece que la dama utilizaba sus conocimientos como una ganzúa, y que uno de sus amigos era la víctima predilecta de sus artes de chantajista. En ese caso...

—¿Qué?

—Encontré en la casa del crimen diversas cartas de admiradores de la muerta. Adkins no las concedió importancia, seguro de la culpabilidad del marido. Pero uno de los firmantes puede ser...

—¿El que sepa qué ha sido de Lybeck?

—Exactamente. Aquí están las cartas. ¿Qué tal si me dedicase a visitarlos uno por uno, comprobase sus coartadas y les metiese los dedos en la boca para ver lo que vomitaban?

—Espléndido —dijo Thorne—. Pero ahora nos corre prisa ir a Chesnut Hill. Véngase con nosotros en el coche; por el camino podemos acabar de ponernos de acuerdo. Acaso fuera conveniente...

—¿Que hiciera yo el trabajo como si fuera cosa de la Policía local? —completó Shaley, mientras salían a la calle y subían al automóvil—. ¡Ya había pensado en ello! El solo nombre del F. B. I.

pondría sobre aviso a nuestro hombre. De nosotros, en cambio, no sospechará que pueda interesarnos el sabio desaparecido, y la sorpresa puede contribuir al éxito.

Quince minutos después, Thorne, Garret y Shaley aporreaban la puerta del pisito donde un día lejano pasó Bernard Taves parte de su breve luna de miel. A abrirles salió una muchacha joven y no mal parecida, envuelta en un salto de cama, que les permitió pasar luego de mirar sus respectivos carnets de identidad, y que parecía mortalmente asustada.

—Tranquilícese, señorita. No tenemos nada contra usted ni deseamos causarle la menor molestia. Sólo queremos hablar con *miss* Virginia Champman.

—¿Con Virginia? —exclamó la joven, que palideció ligeramente e incluso comenzó a temblar—. Pero ¿qué ha podido hacer esa pobre chica? ¿Por qué la buscan?

—Por nada malo, desde luego —repuso Thorne—. Es sólo hacerle un par de preguntas. Avísela si está acostada y...

—Virginia no ha venido a dormir —le interrumpió la joven—. Es la primera vez que ocurre en cuatro años que vivimos juntas. Me llamó por teléfono hace dos horas diciéndome...

—Que se marchaba de Filadelfia, ¿no? —completó el agente federal, viendo que la muchacha se detenía.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que ha cometido algún delito, y la están persiguiendo?

—No. Tener miedo en sus circunstancias no constituye ningún delito. Sé que se fue porque me lo dijo a mí, también por teléfono. Lo que necesitamos saber es adonde se ha ido.

—¿Podría decirme de una manera concreta para qué la buscan? —preguntó la muchacha, con evidente intención de amparar y proteger a su compañera.

Thorne se lo dijo. La joven. —Patricia O'Grady

de nombre— le creyó. Estaba enterada de que Virginia había visto a Leilah varias veces en los últimos meses. No porque simpatizase con

ella ni con la vida que llevaba, sino por tener alguna noticia del pobre Bernard, al que conocieron en los días de su noviazgo, y cuyo triste estado comentaban con frecuencia.

—Hace dos noches me dijo que había estado merendando con Leilah, y que la encontró bastante rara. Quise saber de qué habían hablado, pero me contestó que era preferible que lo ignorase. Desde luego, advertí ayer que Virginia parecía muy preocupada.

—¿Y hoy?

Aquella mañana, Virginia había salido a las ocho, como de costumbre, para dirigirse a su trabajo. Estaba empleada como taquígrafa en unas oficinas de Market Street. Terminaba su labor a las seis de la tarde y, por regla general, volvía a Chesnut Hill alrededor de las siete.

—Me llamó a las siete. Estaba horrorizada por el asesinato de Lillah, que acababa de leer en los periódicos y por la detención de Bernard. Dijo que vendría un poco más tarde, porque quería ver si podría hacer algo por el pobre muchacho, de cuya inocencia estaba segura.

—¿No ha vuelto a saber nada de ella?

—Sí. A las once menos cuarto volvió a telefonear. Parecía terriblemente asustada. Dijo que se marchaba de viaje, y que estaría fuera una temporada. Aunque traté de disuadirla, no conseguí nada. Ni siquiera que viniese por aquí o me dijese adónde iba.

—¿No sabe, entonces, dónde podríamos dar con ella?

Patricia no parecía tener la menor idea. Sin embargo, cuando Thorne insistió, recordó que un hermano de *miss* Champman vivía en Chicago. Ignoraba en qué calle, pero estaba segura de que era en Chicago. No se llevaba muy bien con Virginia por culpa de su mujer.

—De cualquier forma, es su único pariente, y parece lógico que en estas circunstancias...

Thorne lo creía también. La muchacha le había telefoneado alrededor de las once; un cuarto de hora después partía un expreso nocturno para Chicago. Virginia tuvo tiempo sobrado para ganar la estación de Broad Street y tomar el tren. Ciertamente de la misma estación, y diez minutos más tarde, partía otro con rumbo a Nueva York.

—Vigilaremos la llegada de ese tren, naturalmente. Pero lo más

lógico es que haya ido a refugiarse junto a su hermano. Me parece, Humphrey —añadió, volviéndose hacia el agente especial que le acompañaba—, que tendrás que viajar en avión esta noche.

Volvieron los tres a las oficinas de la División del

F. B. I.

Allí ultimaron el plan de acción. Garret, provisto de diversas copias sacadas apresuradamente de una fotografía de la muchacha recogida en Chesnut Hill, partiría para Chicago por vía aérea. Podría estar allí a las siete de la mañana, mientras el expreso no llegaría hasta las nueve. En aquellas dos horas tendría tiempo de localizar al hermano de Virginia, si lo juzgaba conveniente, y de procurarse la debida ayuda de la Policía local para montar un servicio de vigilancia en la estación que permitiera descubrir a la joven en el momento mismo en que pusiera sus pies en el andén.

—Yo seguiré buscando por todas partes el menor rastro de Hambleton. Y nuestro amigo Shaley empleará la noche en visitar a los admiradores de *mistress* Taves,' por si alguno de ellos...

En aquel momento, Virginia Chapman se hallaba a bordo del tren que la conducía a Chicago. Hundida en su butaca, con el cuello del abrigo subido y el sombrero de fieltro ligeramente echado sobre los ojos, fingía dormir, aunque estaba más alerta y despierta que en cualquier otro momento de su vida.

Se sabía en peligro de muerte, y saberlo le producía un extraño cosquilleo en la nuca, una terrible, sensación de vacío en el estómago y una dolorosa opresión en el lado izquierdo del pecho. No había probado bocado desde su «*lunch*» del mediodía, y acaso el vacío que sentía en el estómago fuera sencillamente hambre. Pero ni se atrevió a entrar en cualquier bar de Filadelfia para comer un bocadillo antes de subir al tren, ni tuvo después el valor necesario para ir al coche-restaurante. No estaba muy segura de poder asimilar nada que injiriese. Y sobre todo, que al ir o venir del restaurante podrían verla muchos viajeros, y entre ellos alguno de los tipos lanzados en su seguimiento.

Tenía miedo; un miedo intenso, que hacía temblar sus piernas cuando se ponía en pie, y apretaba un nudo en su garganta. Estaba segura de que los mismos que mataron a Leilah andaban tras ella para hacerla sufrir la misma suerte por idéntico motivo. A Leilah la

habían matado para sellar definitivamente sus labios; a ella querían asesinarla para que no pudiese revelar lo que suponían que sabía.

Hizo mal, indudablemente, yendo a la Brigada de Homicidios, hablando con veinte personas distintas acerca del motivo de su visita antes de lograr ser recibida por aquel estúpido inspector, que no la hizo ningún caso. Mal, sobre todo, en proclamar a gritos la inocencia de Bernard, alardear de su amistad con la víctima y dar casi a entender que sabía quién era el asesino. Y no —¡claro está!— porque tuviese la menor duda respecto al pobre Taves; aunque le había tratado poco y hacía años, creía conocerle lo suficiente para afirmar de una manera terminante que no podía haber terminado con la vida de su mujer. El mal estaba en que —como ocurrió, en fin de cuentas— la Policía no la creyese, y los criminales, en cambio, la considerasen un grave peligro.

Se dio cuenta del riesgo que corría cuando al salir del City Hall, dolorida y desanimada por la violenta reacción de Adkins, advirtió, al volver la cabeza, que dos individuos, de poco tranquilizadora catadura, parecían marchar sobre sus pasos. La alarma creció viéndoles acercarse, cuchichear algo en voz baja sin dejar de mirarla, y luego hacer señas disimuladas a un coche que marcha despacio por el borde mismo de la calzada.

La acometió un terror pánico; sintió que el corazón aceleraba vertiginosamente sus latidos y que la cabeza le daba vueltas. Estuvo a punto de rodar por el suelo, víctima de un ataque nervioso. Logró dominarse con un esfuerzo sobrehumano. Si se desmayaba, aquellos tipos no tendrían inconveniente alguno para meterla en el coche, y una vez dentro...

Echó a correr enloquecida, aunque le temblaban las piernas y tenía la impresión de ir pisando sobre montones de nieve o algodón. Volvió un segundo la cabeza, y descubrió que los dos individuos corrían también. Estaba a punto de darse por perdida, cuando dobló la esquina inmediata un guardia. Virginia se arrojó sin vacilaciones en sus brazos.

—¡Ayúdeme, por Dios! —suplicó, angustiada—. No deje que esos tipos...

Al guardia no le gustó el aspecto de los dos individuos, que frenaban repentinamente su carrera al descubrirle. Como medida de precaución, puso la mano sobre la culata de la pistola, apartó a un

lado a la joven, y se enfrentó con los desconocidos.

—¡Eh, amiguitos! —advirtió, en tono amenazador—. Si no dejan en paz a la joven, tendrán que vérselas conmigo. ¡Y cuidado! ¡Aparten las manos del cuerpo, o lo sentirán! Yo soy de los que tiran primero y hablan después. ¿Entendido?

Los dos individuos, sorprendidos y desconcertados por la inesperada aparición del guardia y más aún por la actitud amenazadora que adoptó desde el primer instante, vacilaron un segundo sin saber qué hacer. Posiblemente pasó por su cerebro la idea de atacarle, pero desistieron, temerosos de ser repelidos a tiros. Tampoco tenían interés alguno en mostrar con demasiada claridad sus poco agraciados rostros y, menos aún, en verse conducidos a un Precinto policiaco para ser interrogados. En tono apagado murmuraron algo, que debía ser acatamiento de las órdenes de su interlocutor, y dieron media vuelta, aproximándose al coche que les esperaba.

—¡Sigán rápidos sin volver a mirar siquiera a la joven! ¡Así! —añadió, satisfecho, el guardia, viendo que el coche pasaba de largo; luego, volviéndose hacia la muchacha, preguntó—. ¿Necesita que la acompañe, por si pretenden molestarla de nuevo?

Virginia declinó el ofrecimiento. Lo más urgente para ella era alejarse de allí, y procurar pasar inadvertida. Ambas cosas serían más fáciles yendo sola que acompañada. Dio las gracias al guardia, y echó a andar con paso rápido por una calle lateral. Luego dio vueltas y revueltas, a fin de desorientar por completo a sus posibles perseguidores, mientras pensaba lo que debía hacer.

Rechazó de plano la idea de marchar a Chesnut Hill. Aquellos tipos podían estarla esperando en las cercanías de su casa, y no siempre tendría la suerte de tropezar con un guardia dispuesto a defenderla. Pero aunque llegase con vida al pisito y no le ocurriese nada aquella noche, ¿quién le aseguraba que no la matarían al día siguiente? Los que habían asesinado a Lillah no se detendrían ante nada.

«No viviré muchas horas si continúo en Filadelfia —dijo, angustiada—. La única posibilidad de salvación es huir».

Se hallaba cerca de Broad Street Station. Dentro de media hora partía un tren para Chicago. Estaba segura, porque un año atrás, cuando su hermano estuvo en Filadelfia, le acompañó a la estación.

Tomaría aquel tren, y por la mañana estaría a cientos de millas de distancia. Nadie sabría adonde había ido, y en casa de Peter no sería fácil que la localizasen.

Pasaba en aquel instante por delante de un cine; en el vestíbulo había dos cabinas telefónicas. Se acordó de Patricia, y resolvió llamarla. No quería que estuviese inquieta viendo que no iba a dormir; asustada luego del asesinato de Liliah, antigua amiga y conocida de ambas. Charló con ella, pero tuvo buen cuidado de no decirla desde qué sitio llamaba ni adonde pensaba irse.

A punto de abandonar la cabina, pensó en el

F. B. I.

Si la Policía local no le había hecho el menor caso, ¿por qué no probar con la federal? ¿No había dicho Liliah que daría millones por conocer su secreto? Cabía que no quisieran escucharla, pero nada perdía por probar. Sería, en el peor de los casos, un intento más —el último— por ayudar al pobre Bernard, de cuya inocencia se sentía ahora más segura que nunca.

Habló con Thorne, y lo hizo en la forma que creyó más adecuada para interesarle. Advirtió con claridad la enorme impresión que le hizo el nombre de Lybeck —no Lubitch, como ella había dicho—. De pronto recordó algo leído hacía mucho tiempo sobre la desaparición del sabio checo, y comprendió toda la gravedad del asunto y el interés que tenía para el

F. B. I.

Pero también, y como alarmante contrapartida, los riesgos que entrañaba para ella. Asustada, rechazó la invitación de su interlocutor, y no quiso dar su nombre siquiera. Ni protegida por diez agentes federales se consideraba a salvo si continuaba en Filadelfia. Lo mejor era escapar.

—Sobre todo, cuando no podría decirles más de lo que ya les he dicho.

Colgó el auricular, salió de la cabina y marchó con paso rápido hacia la estación. Tanto en el camino como luego en el andén miró muchas veces atemorizada en torno suyo. Sólo empezó a sentirse más tranquila cuando el tren emprendió la marcha. Ahora, cuando habían pasado dos horas largas de absoluta tranquilidad y el tren corría hacia Pittsburg, su corazón recobraba su ritmo normal.

Pero no podía hacerse demasiadas ilusiones. Los que mataron a

Leilah —¿cómo olvidar un solo segundo el horripilante aspecto que ofrecía en las fotografías publicadas por los periódicos?— andarían buscándola por todas partes. Quizá viajasen en el mismo tren, esperando una oportunidad para tirarla por la ventanilla; acaso estuvieran aguardándola al llegar a Chicago. No; no era posible tener un minuto de sosiego. Por eso, aunque fingía dormir, estaba bien despierta, mirando furtivamente a sus compañeros de departamento. Si alguno de ellos se le acercaba empezaría a gritar y pondría en conmoción a todos los viajeros del expreso.

Fueron pasando lentamente las estaciones y la noche. Hubo un instante en que la venció el sueño, pero se despertó a los pocos minutos, empujada en un sudor frío. En una terrible pesadilla había visto cómo los dos individuos que la siguieron al salir del City Hall, se arrojaban sobre ella para asesinarla. Uno de ellos enarbolaba un candelabro de bronce, presto a descargarlo sobre su cabeza, en el instante en que abrió los ojos, y la visión espantable se desvaneció.

Era día claro cuando el tren se detuvo en Plymouth, Indiana, la última parada antes de la terminal de Chicago, distante tan sólo unas setenta millas. Mirando distraída por la ventanilla, Virginia vio que un coche cubierto de polvo se detenía ante la estación, y que dos individuos soltaban del automóvil y, cruzando el andén a la carrera, subían al expreso, cuando ya había reanudado éste la marcha.

Fue solo un instante, y no llegó a verles la cara. Sin embargo, le pareció que su aspecto ofrecía extrañas semejanzas con los dos tipos que le siguieron a la salida del City Hall, y nuevamente se sintió acometida por el pánico. Sin saber qué hacer por ocultarse, cogió un periódico, y simuló abstraerse en su lectura tapándose casi la cara con las hojas, pero dirigiendo de cuando en cuando furtivas miradas hacia el pasillo. En tres ocasiones creyó ver cruzar por delante de su departamento a los desconocidos, que aparentaban buscar algún asiento libre; en una, sus ojos tropezaron con la mirada de uno de ellos, en cuyo rostro podía leerse un gesto de duda y perplejidad.

Virginia se estremeció de pies a cabeza, y tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de terror. Se tapó los ojos un momento con el periódico, y cuando volvió a mirar, los dos individuos habían desaparecido.

Procuró tranquilizarse, pensando que su miedo carecía de toda justificación. Contra lo que suponía, aquellos dos caballeros eran viajeros normales y corrientes; iban de un lado para otro, porque no encontraban dónde sentarse. ¿Que la habían mirado con una expresión extraña? ¿Y no sería su gesto de terror lo que atraería hacia ella las miradas sorprendidas de todos? Logró dominar un poco sus nervios; sin embargo, la última hora de viaje se le antojó interminable.

Lanzó un suspiro de alivio cuando el tren comenzó a cruzar los inmensos y sórdidos arrabales de Chicago. Se miró en el espejo de bolsillo, dándose unos toquecitos al ligero maquillaje, un tanto estropeado por las largas horas de viaje e insomnio. Al amortiguar su marcha el tren, se levantó, salió del departamento y fue hacia la plataforma. Las piernas se le doblaron viendo que, en dirección contraria y a lo largo del pasillo, avanzaban los dos individuos a quienes vio apearse precipitadamente de un coche para tomar el expreso ya en marcha en la estación de Plymouth.

Tuvo intenciones de retroceder, pero comprendió que sería contraproducente. Dando media vuelta o echando a correr, sólo conseguiría llamar más la atención. Esforzándose por dominar su temblor, siguió adelante. Los dos sujetos pasaron rápidamente por su lado, sin concederle ninguna atención. O estaba equivocada con respecto a ellos, o no la habían reconocido. En cualquiera de los casos, podía considerarse a salvo. El tren entraba ya en la estación. Dentro de un minuto saltaría al andén, saldría a la calle, tomaría un taxi, y, mucho antes del mediodía, estaría a cubierto de todo riesgo en el remoto arrabal de Calumet, donde nadie iría a buscarla, y podría contar con la protección y amparo de su hermano Peter.

—Perdón, señorita. ¿Es usted *miss* Virginia Chapman?

Se estremeció al oír la pregunta. Apenas había pisado el andén, cuando surgió a su lado aquel agente uniformado, que, tras mirarla un segundo con molesta insistencia, la interpelaba, llamándola por su nombre. No había en su aspecto nada intranquilizador ni alarmante. No obstante, asaltada por un oscuro temor, la muchacha quiso seguir adelante sin contestar una sola palabra. El guardia la retuvo, cogiéndola de un brazo con suavidad y firmeza.

—Vuelvo a pedirle perdón, señorita. Pero no quisiera que se marchase sin responder a mi pregunta.

Virginia sintió centuplicado el confuso terror que la invadía. El agente la miraba con gesto sereno, en el que difícilmente podría leerse la menor amenaza. Un negro, con la blanca chaquetilla de los empleados de coches-camas, se volvía, curioso, a contemplar la escena. Otras muchas personas pasaban por su lado sin advertir nada anormal.

—Sí; lo soy —dijo la muchacha, con un hilillo de voz, deseando terminar cuanto antes, y mirando con recelo en torno suyo, por si estaban a la vista los individuos que suponía lanzados en su seguimiento—. ¿Por qué que lo pregunta?

—Ese caballero se lo podrá decir —respondió el guardia, haciendo señas para que se acercara un individuo que ya caminaba, hacia ellos.

Virginia temió que se tratase de alguno de sus perseguidores. Pero no era ninguno de los que quisieron abordarla a la salida del City Hall ni de los que tomaron el tren en Plymouth. Se trataba ahora de un hombre de treinta años, aire, moreno, de complexión atlética, pelo revuelto, ojos oscuros y mandíbula que parecía indicar una voluntad de hierro. Mentalmente reconoció la joven que no tenía aspecto de forajido, sino de persona en quién se puede confiar.

—Permítame que me presente, *miss* Champman —dijo el recién llegado, con voz de timbre varonil, que reflejaba absoluta confianza en sí mismo—. Soy Humphrey Garret, agente especial del F. B, y he venido en avión desde Filadelfia para buscarla.

—¿A mí? —inquirió, sobresaltada, la joven—. ¿Acaso suponen que he podido hacer...?

—Nada malo, desde luego —respondió, con una sonrisa tranquilizadora, su interlocutor— no debe abrigar el más ligero temor, señorita. No vengo a detenerla, sino a suplicarle que nos preste su ayuda y concurso.

—¿Y en qué puedo yo...? —empezó a preguntar Virginia, pero se interrumpió antes de terminar la frase. A espaldas del agente especial, alguien había bajado una ventanilla. Por el hueco asomó el rostro de uno de los tipos a quienes Virginia recordaba haber visto corriendo tras ella la noche anterior. Tenía una pistola en la mano, y en sus ojos había un brillo siniestro—. ¡Cuidado, señor! —chilló, aterrada—. ¡Que nos matan...!

Garret no podría, explicarse nunca cómo logró reaccionar en

aquel instante crítico con tanta rapidez y acierto. No perdió tiempo en volverse para mirar hacia donde la joven acababa de descubrir un grave peligro. Sin saber por qué, tuvo la plena seguridad de que el peligro existía, y procedió en consecuencia, tirándose de bruces al suelo y arrastrando consigo a Virginia.

Tropezaban con el duro piso del andén, cuando se escuchó el estruendo inconfundible de varias detonaciones, y tres o cuatro balazos silbaron por encima de sus cabezas. Les tiros provocaron una terrible confusión, una algarabía espantosa. Corrían en todas las direcciones las gentes que llenaban el andén como si les persiguiera una jauría de perros rabiosos. El empleado negro de los coches-camas dio unos cuantos traspiés, y se derrumbó pesadamente, tratando de taponarse con ambas manos una herida en el vientre. Dos o tres mujeres se desmayaron, y otras cincuenta chillaban como si ya se sintieran morir.

—¡Cuide de ella, amigo! —dijo Garret al agente uniformado, señalando a la muchacha, tumbada en el suelo, e incorporándose de un salto—. ¡Voy a dar su merecido a ese canalla!

Pero sólo consiguió verle un momento la cara; al siguiente había abandonado la ventanilla, metiéndose hacia el interior del vagón. Pistola en mano, Humphrey corrió en su seguimiento. Por desgracia, la inesperada agresión había ocasionado un terrible revuelo; el forajido le llevaba unos segundos de ventaja, y se le escabulló, saltando por la entrevía, primero; deslizándose, después, bajo otro tren dispuesto a partir, y yendo a mezclar por último, con el público que salía a toda prisa de la estación.

—Lo siento, *miss* Chapman —dijo, jadeante, cuando regresó al lado de la muchacha siempre custodiada por el agente uniformado, pese a lo cual se veía su cara un gesto de inquietud y terror—. Logró escapar momentáneamente, aunque no tardaremos en atraparle. Pero ¿está segura de que disparó contra usted?

Completamente —contestó Virginia, sin poder dominar un estremecimiento—. Le reconocí sin la menor duda, pese a que estaba terriblemente asustada. Fue uno de los que corrieron tras de mi anoche cuando salía del City Hall, luego de hablar con el inspector Adkins.

—¿Cree, entonces, que la vino siguiendo desde Filadelfia?

—Sí y no —respondió la joven, tras una perceptible vacilación.

—¿Qué quiere decir con sí y no? —Tornó a preguntar Garret, un tanto confuso.

—Que no tomó el tren al mismo tiempo que yo. Subió en Plymouth, hasta dónde llegó en un coche, a las ocho de la mañana. No sé cómo, pero debieren enterarse de que viajaba en el expreso, y se las arreglaron para darme alcance. Curioso, señor. Pues todavía hay algo que resulta cien veces más extraño.

—¿El qué?

—Que anduvieron buscándome por todo el tren, y, aunque me crucé varias veces con ellos, no llegaron a reconocerme. Quizá el miedo me haga delirar, pero tengo la impresión de que sólo se dieron cuenta de quién era al verme hablando con usted.

Garret permaneció un minuto en silencio, examinando aquella posibilidad. Había pocas personas enteradas de su viaje a Chicago, y todas de absoluta confianza. Sin embargo, era evidente que una de ellas le había traicionado, consciente o inconscientemente.

—Muy interesante —murmuró, pensativo—. Tan interesante, que acaso esté ahí la clave que no permita resolver el enigma.

IV

DEMASIADOS SOSPECHOSOS



L. el automóvil del profesor Hambleton —un modesto «Chevrolet», modelo 1948— fue hallado de madrugada, abandonado, cerca de la puerta de entrada de la estación de Camden. Nadie fue capaz de precisar cuánto tiempo llevaba allí, pero cabía suponer que serían varias horas, como mínimo. Al elegir tal lugar para dejar el coche, se pretendía dar a entender que el sabio había huido por propia voluntad, tomando un tren que le llevase a Cape May, Ángeles o Atlantic City, tres puertos oceánicos, donde quizá le esperase algún barco capaz de llevarlo a Europa.

—Es una burda artimaña para hacernos perder un tiempo precioso husmeando por la costa atlántica —dijo, sin vacilaciones, Thorne—. Tengo la impresión de que Hambleton no ha salido de Filadelfia. Y la seguridad de que no iba en su automóvil cuando fue abandonado ante la estación de Camden.

Había un hecho que confirmaba tal presunción. Como se vio en cuanto los expertos examinaron el interior del automóvil: ni en las manivelas de las portezuelas ni en el volante quedaba una sola huella dactilar. Alguien se preocupó de borrarlas todas: alguien que probablemente llevó el coche hasta Camden sin quitarse un solo momento los guantes. Y ese alguien —perfecto conocedor de los procedimientos policíacos de orientación, y sabedor del mejor medio de burlarlos— no era ni podía ser el profesor desaparecido.

—Si llaman, nuestra atención hacia Camden, lo más probable es que lo tengan en el lado opuesto de la ciudad. Habrá que mirar hacia Frazee y Phoenix.

Aunque Municipios independiente situados al este y al norte de la gran metrópoli, Frazer y Phoenix eran, en realidad, dos populosas arrabales de Filadelfia, con cuyos barrios extremos unían sin solución de continuidad. En ellos concentró su interés Clyde Thorne, movilizándolo a las Policías Locales, y buscando afanosamente a cualquier persona hubiese visto la tarde anterior el automóvil de Hambleton. Desgraciadamente, a las doce de la mañana siguiente, cuando Humphrey Garret se presentó ante su jefe de regreso de su rápido viaje a Chicago, acompañado de mis Champman, no había conseguido hallar ni una sola pista.

—Tampoco Shaley ha conseguido que especial, pese a que se ha movido mucho, trabajando con entusiasmo y acierto.

A Garret no le sorprendió oírlo. Aunque personalmente le inspiraba tan poca simpatía como a su jefe, no cabía dudar de que Pete Shaley, detective adscrito a la Brigada de Homicidios de la Policía, local, era hombre de inteligencia clara, magnífico olfato y voluntad de hierro, que le permitía mantenerse en pie y laborar sin descanso durante horarios interminables, siempre que lo requiriera así la gravedad del caso que tenía entre manos. Unía a todo esto un profundo conocimiento de los bajos fondos de la ciudad, y unos métodos nada ortodoxos, pero terriblemente eficaces, para interrogar a toda clase de maleantes —desde el vulgar descuidado

hasta el temible pistolero— que le habían valido, junto a éxitos resonantes, algunos tropiezos y disgustos.

Con menos triunfos en su historia, haría tiempo que otro cualquiera habría dejado de ser simple detective para convertirse en inspector. Pero como contrapartida a sus cualidades, Shaley tenía algunos defectos, que bastaban para neutralizarlas. Era duro, violento, brutal incluso al tratar a muchos detenidos. Seis individuos murieron a sus manos en el espacio de treinta meses, y aunque en cuatro casos pudo alegar la eximente de legítima defensa, y en los otros dos que sus víctimas pretendieron fugarse cuando las conducía detenidas, si no fue procesado lo debió más a la pésima catadura moral de los muertos —todos con un largo rosario de delito en su historial— que al convencimiento pleno de sus jefes de que los hechos habían ocurrido en forma exacta en que Pete los relataba.

Aquella violencia que aureoló su nombre con un trágico prestigio, le valió, aparte de sembrar el terror, entre el hampa filadelfiana, que hubiese en la City Administration, de la que en fin de cuentas dependía la Policía local, e incluso entre los altos jefes de ésta, personas, que le mirasen con recelo y desconfianza. Reconocían que su labor contribuía a imponer la ley y el orden; pero sus procedimientos se parecían demasiado a los utilizados por quienes vivían y medraban al margen de la sociedad, para ser merecedores de plácemes, felicitaciones y ascensos.

—¡Imbéciles! —decía, irritado y desdenoso, Shaley, cuando las críticas llegaban, a sus oídos—. ¡Se figuran que los señores asesinos son seres angelicales, a los que se puede convencer con buenas palabras! ¡Que prueben cuando uno de ellos les ponga la pistola al pecho, y verán lo que es bueno!

Pero acaso le hubiese perjudicado más aún la vanidad sin límites, que le hacía considerares un verdadero genio, y una ambición, que difícilmente lograba disimular. La vanidad le impulsaba a jactarse constantemente de los éxitos alcanzados, y a mirar por encima del hombro a sus jefes y compañeros, cuando no a reírse abiertamente de ellos. Por Adkins, a cuyas órdenes inmediatas actuaba, y al que dominaba sin gran esfuerzo ni dificultad, sentía un absoluto desprecio; creía que estaba ocupando un puesto que le pertenecía por derecho propio, y no perdonaba

medio ni ocasión de ponerle en evidencia, aunque, siempre con la habilidad precisa para que el inspector no llegase a ver con claridad lo turbio de su juego.

Por el

F. B. I.

sentía una abierta y clara antipatía. La justificaba amparándose en las susceptibilidades del Cuerpo y en el disgusto que a los agentes de la Policía local les producía saber a los federales mejor pagados, con menos trabajo, interviniendo en todos los asuntos importantes, jaleados con entusiasmo por toda la Prensa y considerados por el público en general como únicos defensores de la paz y la prosperidad americanas. En el fondo, la hostilidad de Shaley tenía otro origen: no haber sido admitido en la Academia de Quántico al intentarlo a poco de concluida la guerra. El pretexto para rechazarle fue su falta de condiciones atléticas. La realidad fue que su historial bélico durante los años de lucha sé reducía a desempeñar lucrativos puestos en la retaguardia, sin acercarse jamás a los frentes de combate.

—Voy a demostrarle —había dicho la noche anterior, a Clyde Thorne— que cometieron conmigo una terrible injusticia. Y no pretendo que la rectifiquen a estas alturas —se apresuró a añadir, can un gesta de altivez—; me basta y sobra con probarles que la masa gris importa más que la fuerza bruta.

—Es un resentido —comentó Thorne a Garret, cuando Pete se separó de ellos—; pero puede ser útil en este caso concreto. Aunque sólo sea para poder presumir luego, diciendo que vale cien veces más que todos los agentes del

F. B. I.

Los hechos parecieron dar la razón a Clyde, pese a que los trabajos de Shaley m fueron coronados por un éxito rotando. Trabajó duro durante la noche, moviéndose de un lado para otro, buscando, deteniendo e interrogando a los firmantes de las cartas halladas en el apartamento de Leilah Taves, y obligándoles a decir cuánto sabían.

—Los cinco son, en apariencia, personas honorables, y por encima de toda sospecha —decía a la mañana siguiente, exponiendo a Thorne el resultado de su labor—. Pero tengo la impresión de que

tres saben más de lo que pretenden, y que uno o dos están metidos de lleno en el asunto, si no son sus máximos dirigentes.

—¿Cree que está entre ellos el asesino de Leilah?

—Quizá. Le responderé con seguridad cuando haya comprobado la coartada de cada uno. Pero ¿no es muy significativo que Vincent Sturges fuera separarlo del Ejército por su tendencia procomunista, que Lincoln Hasting haya sido condenado por perjurio y, sobre todo, que Hans Mullen trabaje en los mismos laboratorios donde Lybeck y Hambleton desarrollaban su trascendente fea investigaciones?

Thorne inclinó la cabeza en gesto afirmativo. Resultaba sospechoso, cuando menos, que entre los amigos íntimos de Leilah —asesinada probablemente para impedir decir a la Policía cuánto sabía respecto a la desaparición del biólogo checo— hubiese un exmilitar tildado de comunista, un negociante que había comerciado activamente con los países situados detrás del «telón de acero» y

un científico, alemán de origen, a juzgar por su nombre y apellido, que tenía que estar al corriente de los descubrimiento de Hambleton.

—Los tres se encierran en una negativa rotunda —añadió Pete —: pero con un poco de habilidad, si sus coartadas ofrecen un punto débil o encuentro el menor indicio de que apoyarme, les haré confesar antes de que sea demasiado tarde. ¡Ah, y convendría que hablase con Adkins! Está irritado conmigo por ayudarles, y es muy capaz de echarlo todo a rodar.

Thorne habló con el inspector, y le encontró menos indignado de lo que sería lógico y natural en sus circunstancias. Que un subordinado suyo hubiese actuado por cuenta propia, realizando pesquisas de que no le había dado cuenta y efectuando diversas detenciones de persona de cierta significación social, era motivo sobrado para que cualquiera montase en cólera y procediera sin contemplaciones contra el culpable. Por fortuna, Shaley encontró una salida airosa.

—No quise molestarte anoche porque te sabía muerto de sueño. Pero no pretendo ocupar tu puesto ni suplantarte. Eres tú quien lo dirige todo. Si tenemos éxito, y lo tendremos, toda la gloria será para ti.

—Pero ¡si ya hay duda de que el asesino es el marido! — exclamó, contrariado, Adkins—. Si firmó incluso la confesión de culpabilidad...

—Tú y yo sabemos que está loco de remate, y a un loco es fácil hacerle, firmar lo que se quiera, utilizando los procedimientos que tú y yo utilizamos —repuso, Con calma, Pete—. Conviene conservar esa declaración, por si acaso; pero no se la entregues, por el momento, al District Attorney. Lejos de ser un triunfo, significaría un terrible fracaso si luego resultaba que a la chica la liquidó otro.

Con habilidad, señaló también que el inspector había cometido un error imperdonable al negarse a escuchar a Virginia Chapman, cuando la noche anterior pretendió hacerle revelaciones de carácter sensacional. Aquella torpeza, de la que Thorne estaba perfectamente enterado, podía ser un grave tropiezo en su carrera, si los del

F. B. T.

se dedicaban a airearla.

—En cuanto me hablaste, comprendí que había que cerrarles la boca. Y ¿qué mejor procedimiento que ofrecerles nuestra ayuda? Tendríamos que prestársela, si la reclamaban oficialmente. Al anticiparnos, conseguimos dos cosas: su gratitud, y que el éxito sea nuestro y no suyo.

—Pues si tanto nos necesita —insistió, terco, Adkins—, que abandone su aire de superioridad y venga a pedirnos por las buenas que le ayudemos...

Nada más lejos del ánimo de Thorne que provocar una pugna de jurisdicciones en aquellas circunstancias. Por encima de todo, ponía su deseo de aclarar cuánto se relacionaba con las misteriosas desapariciones de Lybeck y Hambleton. Adkins y Shaley podían ser una ayuda valiosa, doblemente valiosa, por cuanto sin el asesinato de Leilah —en cuyas investigaciones no podía intervenir de una manera oficial y directa el

F. B. I.

— no cabría mantener la detención de Sturges, Hastings y Mullen y, mucho menos, someterles a un concienzudo interrogatorio y a una comprobación rigurosa de actividades, movimientos y amistades.

—Sin las cartas halladas en la casa del crimen, no tendríamos derecho a molestarles. Y si lo hiciésemos, les sobraría razón para

mandarnos paseo, negándose a responder a ninguna de nuestras preguntas.

Gilbert Adkins se esponjó de vanidad y satisfacción cuando el famoso Clyde Thorne en persona, jefe de la División de Filadelfia de la Policía federal, uno de los hombres de más sólido prestigio y mayor nombradla dentro del

F. B. I.,

se presentó en su despacho, proponiéndole una estrecha colaboración entre los elementos a sus órdenes para aclarar, no sólo el asesinato de la víspera, sino un problema de importancia vital para la vida nacional. Que no aludiese para nada a su despiste respecto a Virginia Champman y que se refiriese en dos o tres ocasiones distintas a su inteligencia y elogiase con todo calor sus órdenes a Shaley para que comenzase a actuar la noche anterior — aunque al inspector le constaba que Pete empezó a trabajar por cuenta propia, tuvo buen cuidado de dar a entender lo contrario—, fué más que suficiente para que se hinchase como un pavo real, y diera toda clase de facilidades.

Llevó su condescendencia hasta el punto de hacer subir a su despacho, uno tras otro, a los tres detenidas que interesaban a Thorne, interrogándoles en su presencia, aunque fué Clyde quien hizo las preguntas fundamentales, desviando el problema de la muerte de Leilah —único que podía afectarles más o menos directamente— hacia la desaparición de Lybeck y Hambleton. Como cabía esperar, los tres opusieron una rotunda negativa a su presunta complicidad en ambos sucesos. Admitían, sí, su admiración por la belleza de la mujer asesinada, y que, creyéndola soltera y libre, la habían cortejado. Sturges reconocía que, durante varias semanas, fué su compañero inseparable, frecuentando juntos teatros, restaurantes y clubs nocturnos. Hasting declaraba, forzado por las preguntas policíacas, y por el tono vehemente de sus misivas, que estuvo enamorado de la que suponía *miss* Taves, haciéndola algunos valiosos regalos; incluso Mullen, pese a sus cuarenta años cumplidos, a su calvicie, a su miopía y su aire distraído y apacible, confesaba haber sentido una violenta pasión por ella, aunque la joven no le hiciera demasiado caso.

—Pero hace seis meses que dejé de verla —afirmaba. Sturges—, y no se la vida que ha hecho después ni los amigos que pudiera

tener. En cuanto al crimen, ¿no afirman todos los periódicos que la mató el marido, en un ataque de enajenación mental?

Hasting decía algo muy semejante. La única diferencia era que el plazo de seis, meses señalado por Sturges se reducía a tres semanas. Y en cuanto a Mullen, juraba solemnemente que jamás puso los pies en su casa, que la vio en contadas ocasiones y siempre en lugares públicos, y que si le escribió algunas cartas apasionadas, no consiguió como respuesta más que un silencio desdeñoso.

Respecto a la desaparición de los sabios investigadores de la Pennsylvania University, sus manifestaciones coincidían en un punto y diferían en todos los demás. La coincidencia estribaba, naturalmente, en sus juramentos de inocencia. La discrepancia, en que, mientras Sturges sostenía no saber siquiera quiénes eran Lybeck y Hambleton, cosa sorprendente, cuando el último era una de las glorías científicas de Norteamérica, Hasting admitía haber leído con interés en los periódicos todo lo referente al sabio checo, si bien parecía ignorar que el investigador americano hubiese corrido en las últimas horas suerte semejante.

—¿Y no le dijo nunca Leilah algo interesante acerca de la desaparición de Dashiell Lybeck?

—Interesante, no —precisó, con todo cuidado, Hasting—. Supongo que alguna vez comentaríamos el hecho, como lo comentaba todo el mundo. Pero jamás me dio a entender que estuviese más enterada que los demás. De haberlo hecho, lo recordaría.

Mullen no pretendió ignorar la desaparición de Lybeck; ni siquiera la de Hambleton, de la que aún no habían hablado los periódicos. No podía simular desconocerla, por cuanto, como compañero de su marido, fue una de las personas a quienes primero telefoneó angustiada la esposa del profesor. Sabía que la Policía trabajaba con empeño por dar con el paradero de ambos, y hasta tenía una idea clara de los móviles que impulsaron a los autores de los secuestros.

—Porque para mí, como para todos mis colegas, se trata, pura y simplemente, de secuestros. Es difícil admitir que Lybeck, aun siendo checo, regresase voluntariamente a Praga. No creo que le interesase, en modo alguno, volver a su país natal en los momentos actuales, del mismo modo que no me interesa a mí poner los pies en

Bresíáu. Pero aun admitiendo que Lybeck lo hubiese hecho, ¿habrá nadie tan estúpido como para suponer que Hambleton, americano cien por cien, hijo y nieto de americanos, admirador entusiasta de su nación y con una profunda aversión por todas las tiranías, puede poner su talento y sus conocimientos al servicio de los enemigos de su patria?

Sólo cabía una respuesta, y había de ser negativa, forzosamente. Si en el caso del checo, extranjero y de inclinaciones revolucionarias, podían caber algunas dudas desde el punto de vista estadounidense, en el de Hambleton era insostenible ni la más remota sospecha.

—¿No podrían tener uno u otro parientes al otro lado del «telón de acero»? —Se creyó en el caso de preguntar Adkins, repitiendo a continuación la manoseada historia de personas que servían al espionaje soviético en un desesperado intento por salvar las vidas gravemente amenazadas de padres, hijos a hermanos.

Muden rechazó la sugerencia con un gesto desdeñoso, diciendo, algo que Thorne sabía perfectamente, porque hubo un tiempo en que orientó en tal sentido parte de sus pesquisas, Lybeck, viudo desde diez años; antes de salir de Checoslovaquia, no tenía parientes cercanos; la única familia de Hambleton era su mujer y dos hermanos, todos los cuales residían en el mismo Filadelfia, y sobre los que no pesaba amenaza de ninguna clase.

—No lo entiendo, entonces —gruñó, confuso, Adkins.

—La explicación consiste en una palabra —respondió Mullen—: secuestro. Los dos han desaparecido contra su voluntad, sea para llevarlos por la fuerza a cualquier país de Europa oriental o para robarles el fruto de años enteros de pacientes investigaciones.

—¿Qué es, concretamente y a su parecer, lo que tanto les interesa? —inquirió, a su vez, Thorne.

—Todo lo referente a la guerra bacteriológica, y especialmente el descubrimiento de un nuevo virus, cien veces más peligroso que todos los estudiados hasta la fecha.

Sin querer entrar en explicaciones científicas detalladas, señaló que hacía varios años que Hambleton, trabajando en estrecha colaboración con un equipo de sabios de la Universidad de Pensilvania, y con el concurso y ayuda de algunos extranjeros, como él mismo y Dashiell Lybeck, trataba de encontrar los medios

más efectivos de hacer frente a una guerra microbiana. Estudiaron los bacilos de las distintas enfermedades que un enemigo potencial podría sembrar a voleo sobre el país, y la maneta de exterminarlos antes de que hubiesen provocado una espantosa hecatombe.

—Hallamos procedimientos de tan extraordinaria eficacia, que Hambleton pudo asegurar, donde debía hacerlo, que Norteamérica no debía sentir la menor inquietud por Ja amenaza bacteriológica. Cualquiera que fuese la epidemia con que un enemigo carente de escrúpulos quisiera asolar América, estábamos en condiciones de vencerla en un plazo de horas, y sin graves pérdidas humanas.

Pero en el curso de sus investigaciones tropezaron con un virus que resistía incólume todas las fórmulas exterminadoras conocidas. Lejos de acabar con él, determinados ácidos parecían centuplicar su vitalidad, infundiéndole una actividad febril, favoreciendo su vertiginosa multiplicación y revistiéndole de una mortífera peligrosidad. Experimentes realizados con cobayas probaron qué provocaba una parálisis general y, como consecuencia, la muerte, en el espacio de contados segundos. Bastaba, además, un solo animal infectado para que falleciesen con espantosa celeridad todos los encerrados en una misma jaula, e incluso los ocupantes de las próximas.

—La alarma en el laboratorio creció cuando comprobamos que afectaba a los vegetales tanto o más que a los animales. Tras una serie de cálculos y experiencias. Hambleton llegó a la desoladora conclusión de que unos tubos de cultivo del virus lanzado sobre cualquier comarca, no sólo terminarían en pocos días con todos los seres vivos, sino con el menor rastro de vida vegetal.

Lo más cuerdo hubiera sido abandonar las experiencias y sepultar a varios metros de profundidad y bien encerrados en sólidas cajas de acero, todos los ejemplares conocidos del virus. Pero a ello se oponía el temor y una desconfianza: que igual que en los laboratorios de la Pennsylvania University, dicho virus hubiese sido descubierto en otros situados más allá del «telón de acero».

—Había que seguir trabajando sobre: él, sin descorazonarse por los repetidos fracasos, hasta encontrar manera de combatirle con rapidez y eficacia.

—¿Y lo encontraron?

—Sí, aunque nadie, excepto Hambleton mismo, podría decir cuál

es el antídoto. Les parecerá extraño —añadió Mullen, con una sonrisa—, y más sabiendo que todos los grandes avances científicos modernos, desde el descubrimiento de la estreptomycin al de la desintegración nuclear, no son fruto de un esfuerzo individual aislado, sino labor de equipo. Pero lo comprenderán si les digo que cada uno de los técnicos que trabajamos en este asunto concreto tenemos una información fragmentaria y parcial del curso de las investigaciones, y sólo quien nos dirige a todos, aquél en quien convergen los resultados de los últimos experimentos, conoce todo lo que se relaciona con la materia. Hambleton lo sabe, indiscutiblemente; pero yo, y como yo muchos que la gente cree perfectamente enterados, no sé cómo se destruye ese virus ni cuáles son los ácidos a cuyo contacto adquiere su terrible eficacia destructora.

—¿Entonces, Lybeck...?

—Sabía mucho, sin duda; más que yo desde luego. Pero no lo suficiente, y tenemos de ello una prueba concreta y categórica en la desaparición de Hambleton. Si Lybeck hubiese sabido cuanto interesaba, ¿para qué necesitaban realizar en nuevo secuestro, con todos los riesgos que lleva aparejados?

A su parecer, se imponía una conclusión lógica: la de que el sabio americano había sido raptado por los mismos que se llevaron al checo, y con objeto de completar sus informes. Durante meses enteros se habrían estado examinado los datos que proporcionó Lybeck, hasta convencerse de que señalaban un camino, pero no una meta.

—Y es la meta lo que importa. Por eso han echado mano de Hambleton, yendo directamente a la cabeza, sin preocuparse de las repercusiones que pueda tener su audacia.

Thorne asintió en silencio. Prácticamente era lo mismo que había pensado desde que la mujer del profesor le comunicó, angustiada, el alarmante retraso de su espora. Entonces, y ahora lamentó no haber montado una guardia permanente en torno a los hombres que realizaban investigaciones de tan enorme trascendencia. Por desgracia, y pese a haber insistido en ello tras la desaparición de Lybeck, no consiguió la necesaria autorización, acaso porque para las gentes los únicos científicos que tenían verdadera importancia eran los que trabajaban en problemas

relacionados con la energía atómica.

Dos preguntas se planteaba con claridad en su mente: ¿Estaría vivo y trabajando en algún país remoto Dashiell Lybeck? ¿Habría sido sacado ya de los Estados Unidos Raymond Hambleton? No era posible una respuesta definitiva, aunque se inclinaba a contestar negativamente en ambos casos. Llevar a un hombre contra su voluntad a miles de millas de distancia resulta cien veces más difícil y peligroso que transportar unos sencillos cuadernos de notas y apuntes. Sobre todo cuando está movilizadada toda la Policía, y se ejerce una estrecha vigilancia en puertos, fronteras, aeródromos, carreteras y ferrocarriles.

—Lo probable —dijo, al volver a su propio despacho— es que al checo le matasen, luego de exprimirle como un limón, sacándole hasta la última gota de sus conocimientos. Y que Hambleton esté siendo sometido en este momento al mismo tratamiento, esperando que diga cuánto sabe para, borrarle del mundo de los vivos.

Pero aquello no contribuía mucho a resolver el problema. Lo que importaba era saber de una manera exacta dónde tenían al profesor, y liberarle antes de que sus enemigos le hubiesen arrancado toda la información sobre el peligroso virus descubierto en la Pennsylvania University. Y esto seguía siendo un misterio tan grande, luego de interrogar a Sturge, Hasting y Multen, como antes de hablar una sola palabra con ellos.

—Ninguno de los tres —le anunció, con aïre triunfal, Shaley, llamándole por teléfono una hora después— tiene una coartada sólida; ninguno cuenta con testigos que demuestren que estaban en lugar distinto a la hora en que Leilah Taves fue asesinada. Pudo matarla cualquiera de ellos, si no fueron los tres, de perfecto acuerdo.

Pete no decía nada nuevo para Thorne, que personalmente había visto al interrogar a los tres sospechosos que sus explicaciones de lo que hicieron entre, una y dos de la tarde del día anterior no tenían nada de convincentes. Ni Sturges, que afirmaba haber paseado solo por el Fairmount Park; ni Hasting, que aseguraba haberse quedado en casa, aquejado de un fuerte catarro; ni, menos aún, Mullen, que no se movió del laboratorio, pero al que nadie había visto allí desde las doce de la mañana hasta tres horas después, podían ser considerados libres de sospechas. Eran, por el contrario,

extraordinariamente sospechosos. Tan sospechosos como el que pudiera serlo más, sin excluir al pobre Bernard Taves que admitía haber matado a su mujer, y que muy bien pudo hacerlo, en un acceso de celos y en un momento de desequilibrio mental.

—Acaso cuando llegue Garret con la muchacha se aclare el misterio.

Pero cuando *miss* Champman penetró en su despacho acompañada del agente especial que fué a buscarla a Chicago; cuando la hubo interrogado con todo detenimiento, luego que Humphrey tomó la precaución de cerrar todas las puertas y comprobar que nadie ponía oír lo que allí, se dijese, el misterio pareció acentuarse. Virginia contó cuánto sabía; durante las dos horas de vuelo había forzado su memoria, para recortar los más mínimos detalles de su conversación con Leilah, y podía añadir algunos datos interesantes a los facilitados la víspera, en su conversación telefónica con Thorne: pero no los suficientes para dar con el paradero de Hambleton y detener a los culpables.

—Sí —afirmó la muchacha—; ahora estoy plenamente segura de que fué Lybeck y no, Lubíth el nombre que pronunció Leilah; más aún: recuerdo sus palabras exactas. Fueron: «Pronto desaparecerá algún otro como Lybeck. Será mi gran oportunidad; puede significar la riqueza... o la muerte». No la hice mucho caso, porque estaba un poco bebida y hablaba sin saber lo que decía. Pero cuando la mataron antes de pasar cuarenta ocho horas...

—¿Y no dijo quién podría proporcionarle la riqueza? —preguntó Thorne—. ¿A quién había sacado bastante dinero por su silencio, y esperaba sacarle mucho más en un futuro inmediato?

Virginia movió la cabeza en, gesto negativo. No creía que el nombre hubiese aparecido en labios de Leilah. En cualquier caso, ella no lo recordaba, Garret había insistido mucho en la importancia y trascendencia que podía tener aquel olvido: nada menos que la vida de un gran hombre de ciencia y una grave amenaza para la seguridad americana.

—Lo siento —dijo, con angustia, la joven, tras pensar intensamente durante unos minutos—; pero si lo supe alguna vez, se ha borrado por completo de mi memoria.

—¿No sería Sturges, Vincent Sturges, por casualidad? —insistió Thorne—. ¿O, tal vez, Lincoln Hasting? ¿Quizá un alemán: Hans

Mullen?

Tras un nuevo rato de meditación, Virginia tornó a negar. Los nombres de Sturges y Hasting no le parecían totalmente desconocidos. Pero no podía recordar si los había mencionado Leilah en aquella conversación o en cualquier otra de las que sostuvieron anteriormente, y en la que solía hablar de sus múltiples admiradores.

—Es posible incluso que les viera acompañándola. Me ocurrió más de una vez encontrarla casualmente en la calle o en un teatro, y nunca iba sola. Quizá si me enseñara a esos caballeros...

Thorne lo juzgó innecesario. Que los reconociese como amigos de Leilah importaba poco, cuando los propios interesados habían reconocido serlo. Era algo distinto y más trascendente lo que esperaba y necesitaba de Virginia.

—Aunque acaso no lo comprenda, *miss* Chapman, nos ha hecho un gran servicio, permitiéndonos relacionar el asesinato de su amiga con las desapariciones de Lybeck y Hambleton. Merece ya nuestra gratitud; sin embargo, aún esperamos más de usted.

—¿Qué más puedo hacer? —inquirió, desconcertada, la joven.

—Recordar; sencillamente, recordar. ¡Oh, ya sé que lo ha intentado desesperadamente, y no pudo añadir una sola palabra a lo que dijo! Pero yo no pierdo la esperanza, y me aferré a la ilusión de que su amiga debió decirle algo más; mejor aún: tengo la seguridad plena de que se lo dijo.

—¿Cómo puede estar tan seguro, cuando yo misma estoy convencida, de lo contrario? —preguntó, asombrada, Virginia.

—Por una razón definitiva: el interés en terminar con usted. Si los culpables de cuánto sucede no temieran o supieran que podía decirnos más de lo que ha dicho, ¿cree que se hubiesen tomado el trabajo de seguirla precipitadamente hasta Chicago y de jugarse la vida tratando de asesinarla en plena estación, delante de la Policía y en presencia de varios centenares de personas?

El argumento tenía indiscutible fuerza. Sólo la certidumbre de que Virginia conocía, cuando menos de nombre, no ya al asesino de Leilah, sino al autor del secuestro de los dos científicos, podía haber lanzado contra ella a una partida de forajidos dispuestos a cerrar su boca a balazo limpio.

—¿Cree usted, entonces, que no le he dicho cuánto sé? —Y al

formular la pregunta, *miss* Champaran revelaba una profunda angustia—. ¿Que he silenciado lo más importante, por amparar y proteger a quienes mataron a mi amiga y querían hacer lo mismo conmigo?

—No —se apresuró a contestar Tíreme—. Ni un solo segundo se me ha ocurrido pensar que quisiera favorecer a esos miserables. ¿Que calla por miedo? Sería comprensible y humano en se situación, pero tampoco lo creo No obstante...

—¿Qué supone?

—Que se trata de un olvido; quizá ni siquiera de un nombre, sino de alguna palabra suelta que no recuerda, porque ni entonces ni ahora le concede importancia ninguna; pero que, sin embargo, puede ser la clave del misterio, y el asesino lo sabe.

La suposición no tenía nada de inverosímil ni descabellada. Resultaba perfectamente lógico que la muchacha —que al hablar con Leilah no podía sospechar siquiera la importancia que un par de días después había de adquirir cuánto la dijera— no hubiese grabado a fuego en su memoria todas y cada una de las frases de su amiga.

—Convendría que meditase con entera calma, mis; Champman —continuó Thorne—. Tómese el tiempo que sea; procure serenarse, dormir incluso, si cree que el sueño puede influir sobre su memoria; pero piense. Tiene que intentar recordar cuánto *mistress* Taves le haya dicho, y no sólo en su última entrevista, sino en cualquiera de las precedentes. Consigne en unas cuartillas cuánto consiga ir recordando, incluso aquello que la parezca baladí y que puede no serio. ¿Lo hará?

—Desde luego —afirmó la joven; luego, sin ocultar una ligera inquietud; preguntó—: ¿Puedo irme a mi casa?

—Es preferible que se quede aquí.

—¿Cómo detenida? —saltó, asustada, Virginia.

—Como protegida, mejor —rectificó Thorne, con una sonrisa amistosa y tranquilizadora en el rostro—. Espero que comprenda mi intención —añadió—. Si volviese a Chesnut Hill, no podríamos velar por usted con la misma eficacia que si no sale de estas dependencias. Es lógico suponer que quienes fracasaron anoche y esta mañana, querrán volver a probar suerte. Dicen que a la tercera va la vencida, y me dolería que en este caso fuese verdad. Me

dolería por el profesor Hambleton... y por usted.

La muchacha le vio la razón, y acabó quedándose en una habitación cercana. Apenas a solas con su jefe, Garret planteó un problema, al que daba vueltas desde que se produjo la inesperada agresión de Chicago. Era indudable, para él, que los forajidos habían perdido la pista de *miss* Champman cuando un guardia les obligó a desistir de la persecución de la joven en las Cercanías del City Hall.

—¿Quién les dijo después que iba en el expreso de Chicago con tiempo suficiente para salir en coche y alcanzar el tren en Plymouth? ¿Quién les informó de que yo había salido en avión para esperarla en la estación de llegada? ¿Quién les facilitó las señas con tanta exactitud, que me reconocieron en el acto, y por reconocermelos dedujeron que la chica que buscaban era la que hablaba conmigo, aunque minutos antes se hubiesen cruzado con ella sin dirigirla siquiera una segunda mirada?

Forzosamente tenía que haber sido alguien que conociera sus pesquisas de la noche precedente; que estuviera enterado de su charla con el pobre Bernard Taves y de su visita al pisito de Chesnut Hill.

—¿Que casi todos o todos eran policías? ¡Desde luego! Pero que lleven un carnet en el bolsillo no excluye que haya un traidor entre ellos.

Thorne coincidía en buena parte de sus razonamientos. Hubo un instante, incluso, en que creyó que aquello les acercaba a la solución del enigma. Si la confidencia, ligereza, denuncia o traición sólo podía haber partido de tres o cuatro personas, resultaría relativamente fácil descubrir al autor.

Pero aquella esperanza no tardó en desvanecerse, como le había ocurrido son tantas otras en el curso de las últimas horas. Un poco por encima, hicieron revista de los que podían conocer el viaje de Humphrey a Chicago y los motivos que le impulsaban, y el resultado les dejó fríos. No eran tan pocos como habían supuesto por anticipado, sino, muy cerca de un centenar. Aparte de Adkins y Shaley, que fueron los primeros nombres en acudir, a su memoria, estaban el inspector de guardia en la Brigada de Homicidios, y todos los agentes de} servicio nocturno, sus mismos compañeros de la División del

F. B. I.,

los empleados de la compañía de navegación aérea a la que se pidió con urgencia y carácter oficial que reservasen una plaza para Garret en el avión que partía de madrugada, los chóferes de diversos taxis, el personal del aeropuerto e incluso las telefonistas, que podían haber escuchado alguna de las conferencias sostenidas con la Policía de Chicago.

—¡Demasiada gente para poderla interrogar con detenimiento, y comprobar sus actividades y movimientos! —exclamó, descorazonado, Thorne—. Si hubiera un sólo sospechoso, no existiría duda posible; lo malo es que nos sobran sospechosos, y «los árboles no nos dejan ver el bosque».

Humphrey estaba de completo acuerdo con m jefe. Desalentado, se dejó caer en un sillón, y durante varios minutos rumió en silencio sus pensamientos, mientras Clyde paseaba de no lado para otro, con las manos a la espalda, y el ceño fruncido. De pronto, Garret tuvo una idea luminosa.

—¡Eureka! —exclamó, alborozado, poniéndose en pie—. Me parece que ya lo he encontrado.

—¿Encontrado el qué, o a quién? —Gruñó Thorne, mirándole con cara de pocos amigos.

—El medio de descubrir al tipo que disparó costra *miss* Champan en la estación de Chicago. Si le atrapamos y forzamos a confesar, todo lo demás nos será dado por añadidura.

Clyde estaba conforme en considerar fácil la añadidura. Pero seguía sin ver claro el principio, esto es, como descubrir y detener a un individuo o individuos cuyos nombres desconocían, de los que no tenían huellas dactilares y a los que ni él ni la muchacha habían llegado a ver la cara en forma que pudieran recordar sus rasgos fisonómicos.

—Y, sin embargo, no puede ser más sencillo —dijo Garret, en cuyo optimismo no hacía mella alguna el marcado escepticismo de su jefe—. Lo increíble es que no se nos haya ocurrido antes.

Ante la mirada interrogativa de Thorne, explotó su pensamiento. Le parecía indudable que el sujeto que persiguió a Virginia por las calles de Filadelfia, primero; que salió en un coche hasta dar alcance al expreso de Chicago y que disparó en plena estación, desdeñando el evidente peligro que representaba La

presencia de un agente de}

F. B. I.,

y de numerosos policías uniformados y sin uniformar, tenía que ser un delincuente habitual, un pistolero experto, un gángster, que ya debía haberse visto en muchos casos parecidos.

—Sólo así se explicaría su audacia al cometer la agresión en el momento que parecía más oportuno y su serenidad para escabullirse después, metiéndose entre el público que huía del andén, asustado por sus disparos.

El hecho, reiteradamente manifestado por *miss* Champman, de que tanto él como su compañero llevasen muy echadas sobre los ojos las alas de sus respectivos sombreros, indicaba que no querían ser reconocidos, y que temían serlo en cuanto los viese un policía; quizá, verse detenidos como sospechosos antes de que hiciesen nada.

—Tenemos un noventa y nueve por ciento de probabilidades como mínimo de que los dos estén fichados.

Thorne asintió. Indudablemente, lo que aquellos tipos habían hecho no era obra de novatos, de delincuentes ocasionales y principiantes, sino de profesionales del crimen. Era casi seguro que estuviesen fichados. Pero ¿de qué les servirían las fichas de no poderlas cotejar con unas huellas, unos rostros claramente vistos o unos nombres, cuando menos? De nada; absolutamente de nada.

—Nos servirá de mucho —afirmó, convencido, Garret—. Vamos a buscar un tipo determinado de maleantes: atracadores a mano armada y pistoleros. ¿Cuántos habrá en Filadelfia? Treinta, cuarenta, tal vez cincuenta, pero no más.

—¿Y piensas detenerlos a todos?

—No. Bastará con visitarles uno por uno. Si alguno no está en su domicilio, si no pasó allí la noche anterior, tendremos que investigar a fondo. Y si tropezados con dos de ellos que a estas horas no han vuelto de un viaje precipitado a Chicago..., ¡serán el hilo que nos conduzca hasta el ovillo!...

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández - Flórez, Cela, Insua, Lafont y otros, editadas maravillosamente, al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a **EDITORIAL ROLLAN**

¡FUERA CARETAS!

A mujer que abrió la puerta debió ser bella en su lejana juventud; ahora sólo era una ruina. Los ojos ribeteados, la nariz rojiza, las mejillas hundidas y la boca desdentaba le daban un aspecto desagradable. Apestaba a «*whisky*» barato, y para mantenerse en pie tenía que apoyarse contra la pared.

—Agente del
F. B. I.

—dijo Garret, mostrándole un segundo su placa. ¿Dónde está Ramage, Leo Ramage? Necesito verle.

—Lo siento, amigo —replicó la mujer, con una mueca que pretendía ser una sonrisa burlona—. Llega con quince días de retraso.

—¿Se largó hace quince días? —inquirió; desconfiando, el agente.

—Definitivamente. «Palmó» en el hospital. Bebía demasiado, según los médicos. Pero si uno no bebe, ¿para qué quiere vivir? Y no se quede en la puerta, muchacho. Si te apetece un trago...

Bastaba mirar a la mujer para comprender que decía la verdad. Estaba muy bebida para poder mentir. Garret rechazó el ofrecimiento, y bajó la sucia escalera. Al subir al coche que le esperaba a la puerta, su compañero Dave preguntó:

—Nada que hacer, ¿di?

—En absoluto. Borra a Ramage de la lista. Murió hace dos semanas. Cuando tengamos tiempo, habrá que revisar las: fichas y ponerlas al día.

—¿Adónde vamos ahora?

—Tira hacia Frazer. Veremos si hay más suerte con Nate Lewis.

Pero tampoco la hubo. Lewis estaba en la cama durmiendo una descomunal borrachera. Llevaba doce horas roncando a pierna suelta, Antes, al volver a casa, organizó un terrible escándalo, según afirmaban los vecinos. Su mujer mostraba, en el rostro huellas inequívocas de los golpes recibidos.

—¡Lléveselo de una vez, amigo! —pidió al agente—. Mientras está encerrado descasa de las palizas.

—No tengo tiempo ahora de ocuparme de borrachos —dijo Garret—. Ya le visitaré otro día.

—Procure que sea pronto, y cari un mandamiento en regla...

Al entrar en el coche Humphrey, su compañero Dave borró un nombre más en la lista, sin molestarse en preguntarle nada. El gesto de cansancio de Garret resultaba más elocuente que todas las palabras. Llevaban cinco horas yendo de un lado para otro sin tomarse un minuto de descanso. Treinta visitas hechas, y ningún resultado positivo.

Humphrey había puesto demasiadas esperanzas quizá en los resultados de la investigación Seleccionó con cuidado las fichas de

maleantes, y eligió aquéllos cuyas características coincidían con las que se figuraba que había de reunir el tipo que con tanta serenidad manejó la pistola en la estación de Chicago. Entre ellos estaba seguro de encontrar al individuo que le interesaba; de encontrarlo, y de adivinar en el acto que era el que andaba buscando.

—Sólo nos quedan nueve —murmuró con ligero abatimiento—. Si tampoco ha sido ninguno...

Art Masera vivía en un confortable pisito en Wootland Street, en las proximidades de la Grey Ferry Station. A juzgar por sus antecedentes, no estaba en consonancia con lo elegante del barrio a con la decencia de la mayoría de sus habitantes. Según la ficha, había sufrido una condena de tres años por atraco, y otra de seis meses por tenencia ilícita de armas, aparte de varios procesos, en los que logró la absolución gracias a la lenidad de los jurados y al escamoteo de las pruebas de culpabilidad.

Escarmentado por lo ocurrido con los visitados anteriormente, Garret no esperaba gran cosa de Masera. Menos aún, cuando parecía haber cambiado un poco de costumbres, llevaba dos años sin ser detenido y aseguraba ganarse honradamente la vida trabajando por las noches en una estación de aprovisionamiento de automóviles. Se animó un poco, no obstante, al ver donde vivía. Demasiado caro el piso para un tipo que no debía cobrar más de treinta dólares a la semana.

—Art está durmiendo, y no quiere que le molesten.

La mujer que le había abierto —treinta años, rubia platino, con la cara muy pintada, mostrando al desgaire las piernas por la abertura de la bata, y con gestos y actitudes de vampiresa barata— no parecía dispuesta a dejarle pasar. Ni siquiera se inmutó cuando Garret exhibió, su carnet.

—Vuelva dentro de tres o cuatro horas —dijo, despectiva, tratando de darle con la puerta en las narices.

—Lo siento, preciosidad, pero tendré que verle ahora —afirmó Humphrey, poniendo el pie primero para impedirla cerrar, y empujando después hasta abrir de par su par—. Dile que salga, o entraré yo a despertarle.

—Ninguna de las dos cosas —contesto, irritada, la mujer—. Por muy «poli» que sea, no tiene derecho a entrar por la fuerza en una casa. ¿Trae, por lo menos, una orden de registro?

Puesta en jarras en el centro de la habitación, una llamarada de ira en las verdosas pupilas y alzada la cabeza en gesto desafiante, parecía decididamente a no dejar paso al visitante. Entre irritado y burlón, observó Garret.

—Pareces muy enterada de las leyes.

—¡Y lo estoy! Nadie puede allanar el domicilio de una persona decente, y si no se larga inmediatamente...

—¡Se acabó! —La interrumpió el agente, cuya paciencia llegaba al límite—. O te apartas para dejarme pasar, o te aparto yo.

Uniendo la acción a la palabra, dio unos pasos hacia adelante. Cuando la mujer quiso interponerse, la apartó de un ligero empujón. La rubia empezó a chillar como si la estuviesen asesinando.

—Deja de alborotar —la ordenó, seco, Humphrey—. Un chillido más, y tendrás que venirte conmigo.

Un poco asustada, la mujer interrumpió sus gritos. Casi en el mismo instante, en la puerta de la derecha apareció Art Masera. Era un tipo alto, corpulento y malcarado. Venía totalmente vestido, con las manos hundidas en los bolsillos de la americana. Midió de pies a cabeza a Humphrey con una mirada desdeñosa, y le interpeló, violento y agresivamente:

—Voy a darte una buena lección, muchacho. Así aprenderás a tratar a las damas...

—¡Cuidado, Art! —le advirtió Garret, dominando sus deseos de emprendería a golpes con el recién llegado—. Soy agente especial del

F. B. I.,

y vengo en tu busca.

—«Poli», ¿eh? —Escupió, despectivo Masera—. Eso te libra de unos cuantos golpe. Pero por muy «poli» que sea, no tiene derecha a...

—¡Déjate de derechos, y responde! —le atajó, enérgico, Humphrey—. ¿Dónde estuviste anoche?

—Trabajando en la gasolinera —respondió, con aplomo, el interpelado—. Vine un poco tarde, me tumbé a dormir...

—Y seguías durmiendo a las seis de la tarde, ¿no? Durmiendo y totalmente vestido. Un poco raro, ¿no crees?

—Duermo como me da la gana —masculló Art—. Que lo haga

de una manera o de otra, que me levante a las cuatro de la mañana o a las diez de la noche, le tiene sin cuidado a la «bofia».

—Depende de lo que hayas hecho antes de acostarte. ¡Y no me digas que trabajar!

—Vengo de la gasolinera —mintió Garret— y hace días que no te ven el pelo. ¿Dónde estuviste?

Masera insistió, acalorado, en que no había hecho otra cosa que trabajar. Pero al oírle, al advertir cómo rehuía su mirada, Humphrey comprendió que era falso. Imperativo, exigió:

—Di la verdad de una vez, Art. Se trata de un asunto grave, y cualquier mentira puede costarle cara.

—Bueno; la diré —acabó por acceder Masera, con vencido de que el agente estaba perfectamente enterado de su falta de asistencia al trabajo—. Estuve jugando y bebiendo con unos amigos, se me pasó el tiempo, y cuando quise darme cuenta...

—Te encontraste en Chicago, ¿no? ¿Quién os mandó ir, con todos los gastos pagados?

Masera palideció intensamente; Su gesto reveló un profundo asombro, al que se mezclaba un agudo terror. Sin embargo, quiso mantener el tipo.

—¿A Chicago? —preguntó—. ¡Está peor de la cabeza, «poli»! ¿A qué iba yo a ir a Chicago?

—A matar a una muchacha huida de Filadelfia. La chica se llama Virginia Champman. ¿No te dice nada, ese nombre?

—¡Que necesita, una camisa de fuerza! Y no trate de sacar de mentira verdad. ¡Ni conozco a esa muchacha, ni estuve en Chicago! El que se lo haya dicho...

—No tuvo que decírmelo nadie, porque te vi yo —afirmó Garret, más seguro a cada instante de pisar terreno firme—. Como vi a tu digno compinche, cuando tiraba desde la ventanilla. Hace un rato que le atrapamos, pero fue más listo que tú y habló. Ya puedes figurarte lo que dijo.

—¡Mentira! —gritó, en un tono descompuesto, el forajido—. Mike es un hombre, y aunque le hicieran pedazos...

—Sin hacerle pedazos habló como un papagayo. No tardarás en comprobarlo, porque vas a venirte conmigo.

—¿Para qué?

—Para una pequeña charla con tu amigo, y otra más agradable

aún con *miss* Champman. Supongo que cuando la chica te reconozca también...

—¡Quieto! —Chifló, furioso, Art, sacando una pistola con movimiento rápido, y apuntando al agente especial—. Levanta los brazos, o...

Garret obedeció, mientras buscaba un medio habilidoso de zafarse de su comprometida situación. A un gesto de Masera, la mujer se acercó al agente especial.

—¡Quítale la «pipa»! —ordenó Art—. Va a ver este cerdo lo que es bueno cuando...

La rubia platino buscó rápida en los bolsillos de Humphrey, hasta encontrar el arma buscada. Pero en el momento mismo en que asía la pistola, hizo un movimiento imprudente, interponiéndose entre Masera y el agente especial. Garret aprovechó sin vacilaciones la ocasión que se le presentaba.

Con rapidez y energía cogió a la mujer, la levanto en vilo, y la arrojó con toda violencia contra el forajido que le amenazaba. Cogido por sorpresa, temeroso de matar a su amiga si apretaba el gatillo, Art no acertó a saltar a un lado, o disparar sobre su enemigo. Recibió de lleno el golpetazo, y fue dando traspiés, hasta tropezar con la pared del fondo, y rodar por el suelo, perdiendo la pistola que empuñaba.

Se incorporó con rapidez, lanzando un grito de rabia, y tratando de recuperar la pistola; pero Humphrey se le echó encima antes de que lo consiguiera, haciéndole retroceder primero, acorralándole después contra la pared bajo una lluvia de patadas y puñetazos. Masera no era manco, y procuraba devolver los golpes; tenía una fortaleza poco común, y pegaba con demoledora eficacia. Sin embargo, el agente estaba más sereno, conocía mejor el boxeo, sabía golpear en los sitios precisos, y desde el principio la victoria se inclinó de su lado.

Por desgracia, sé olvidó un instante de la mujer, suponiendo que al caer habría quedado fuera de combate. La interesada se preocupó de sacarle de su error de una manera contundente. Acercándose por la espalda, le asestó un violento culatazo en la cabeza con la propia pistola del agente, que no había llegado a perder. El sombrero de Garret amortiguó bastante el golpe. No obstante, quedó medio atontado, y Masera tomó ventaja de la situación, propinándole un

patadón en el vientre, que le arrojó, doblado sobre sí mismo, contra la pared opuesta de la habitación.

—¡Dame ese «cacharro», Helen! Voy a meterle un cargador entre pecho y espalda...

Sin hablar palabra, la mujer, se apresuró a entregarle el arma. Un segundo, Humphrey se creyó perdido, Estaba semiinconsciente, doblado sobre sí mismo por efecto de la patada, y Art, irritado por los puñetazos sufridos, espoleados sus criminales instintos, sentía un ansia loca de matar. Con los ojos inyectados en sangre y el rostro contraído en una mueca siniestra, miró al policía, en tanto levantaba la pistola con lentitud, gozándose en el espanto que suponía dominaba a su adversario.

—¡Ahí va el regalito!...

Disparó a la cabeza, con deseos de terminar cuanto antes. Pero en el preciso momento en que apretaba el gatillo, Garret se arrojó de bruces al suelo, y el balazo no hizo más que atravesarle el sombrero. No parecía, sin embargo, que hubiese conseguido gran cosa. Todo lo más prolongar su vida un par de segundos. Porque tendido en el piso quedó indefenso a merced del forajido. Comprendiéndolo así, Art soltó una carcajada.

—¡A ver si tienes tanta suer...!

El final de la palabra se convirtió en un terrible alarido. Aún logró volver a disparar, con un esfuerzo desesperado; pero ya el arma temblaba entre sus dedos, y el tiro le salió desviado. Quiso repetir el intento, y le fallaron las fuerzas. Cayó de rodillas primero, de costado después, y se llevó ambas manos al pecho, mientras una espuma sanguinolenta aparecía entre sus labios.

—¡Quieta, tú! —tronó, enérgica, la voz de Dave, el agente especial, compañero de Garret, que acababa de aparecer en la puerta pistola en mano—. Un solo movimiento, y haces compañía a tu amigo...

Pálida y temblorosa, con gesto que revelaba un pánico intenso, la rubia platino no se atrevió a moverse. Como saliendo de una terrible pesadilla, se incorporó Humphrey, acercándose al forajido. Una sola mirada le bastó para comprobar que había muerto. Se volvió hacia su compañero con gesto contrariado.

—¡No debiste matarle! —protestó—. Necesitaba que hablase, y ahora...

—Ahora serías tú el muerto si no tiro tan rápido —le interrumpió Dave—. ¡No creo que te importase mucho lo que dijera si no estabas en condiciones de oírle!

Telefonearon pidiendo el envío de varios agentes y un doctor, aunque nada podría hacer ya por Art Masera. Mientras Dave se ocupaba de ello, Humphrey interrogó a la mujer. En un principio, Helen se negó a hablar. Luego, ante la posibilidad de verse acusada de asesinato frustrado contra un miembro del

F. B. I.,

cambió de parecer, y dijo lo que sabía. No era mucho, pero sí interesante.

—Art no durmió en casa anoche; tampoco fue a la gasolinera. En realidad, aquello era un pretexto o una tapadera. Sólo aparecía por allí cuando creía que la Policía podía interesarse por sus andanzas. Vino Mike a buscarle por la mañana, y...

—¿Quién es Mike?

La expresión de Helen indicó que, al igual que Masera, creía lo que Garret había dicho respecto a la detención de aquel forajido y a su confesión. Dio, no obstante, la explicación pedida. Se trataba de Mike Petrolle. Un «gángster» de larga historia delictiva, que figuraba también en la relación que llevaba el agente especial, aunque no le hubiese visitado aún, dejándole para lo último, así como otros cuantos facinerosos que habitaban en Camden, al otro lado del Delaware.

—Mike estuvo un rato hablando con Art, y se fueron juntos. No volvió hasta hace una hora. Quería tumbarse un rato, pero antes dijo, que no dejase pasar a nadie, y que si alguien preguntaba por él afirmase que llevaba durmiendo desde las seis de la mañana.

Insistía, en no saber una sola palabra del viaje a Chicago; tampoco parecía tener idea de los negocios que Masera traía entre manos, y, menos aún, de quién pudiera pagarles a Mike y a él, aunque admitía que Art tenía dinero en abundancia desde hacía unos meses, y que dos días antes la anunció que pronto nadarían en la abundancia.

—Le pregunté, naturalmente, quién soltaría la «pasta»; la respuesta fué un tortazo. Él era así —añadió, con ligera melancolía—; le molestaba la curiosidad, y no me dejaba meter las narices en sus asuntos. Pero se portaba bien conmigo, y en el fondo...

Garret no quiso perder más tiempo escuchándola. Llegaron en aquel instante unos policías, a quienes hizo entrega de la detenida. Luego, sin esperar siquiera a que Dave le acompañase, cogió el automóvil, y salió lanzado para Camden.

Petrolle tenía alquilado un apartamento en la planta quinta del 1472 de Newfield Drive. La portera se en cogió de hombres cuando Garret la preguntó por Mike.

—Hace tres semanas que no le echo la vista encima; pero a lo mejor está en casa. Entra y sale de noche, y pasan meses enteros sin que le vea.

Subió al piso y aporreó inútilmente la puerta. Dos mujeres de aire insignificante, madre e hija al parecer, se asomaron a la inmediata. Creían inútiles las llamadas. Suponían que Mike no estaba dentro.

—En realidad, últimamente casi no viene por aquí. Lo más probable es que se haya ido a vivir con cualquiera de sus amigas. Tiene siempre tres o cuatro, y ninguna me parece...

A Garret le tenía sin cuidado la opinión de la mujer respecto a las amigas de Petrolle. Le interesaba mucho más comprobar si estaba o no en casa, y si registrando el piso hallaba algo de interés. Tras obligar a retirarse a las mujeres, luego de identificarse como agente del

F. B. I.,

porque no quería estorbos ni testigos molestos, forzó la cerradura, y entró en el apartamento.

Tomó la precaución de hacerlo con la pistola en la mano, dispuesto a tirar a la menor señal de peligro. Resultó innecesario. En el apartamento no había nadie. La cama estaba deshecha, pero lo mismo podía llevar así cuatro horas que diez días. Los muebles no tenían nada de lujosos, y revelaba un completo abandono.

Durante media hora, Humphrey husmeó por todas partes, abriendo armarios y registrando cajones. No encontró nada de interés. Cuando se convenció, dejó encajada la puerta, avisó a las mujeres del apartamento inmediato y a la portera de que debían telefonar a la Policía tan pronto como Mike apareciese por allí — aunque no tenía demasiadas esperanzas de que lo hiciese—, y abandonó Camden.

A. las siete de la tarde se encontraba de nuevo en el despacho de

Thorne, discutiendo con su jefe el giro tomado por los acontecimientos. Sobre la mesa de Clyde aparecían ahora diversos retratos de Masera y Petrolle; se había dado una orden general de captura contra Mike, y cientos de policías le buscaban por todas partes, confiándose en que no tardaría en caer.

—Es un tipo sanguinario y bestial —decía Pete Shaley, que se hallaba presente, igual que Gilbert Adkins—; pero le falta inteligencia. Por eso no logrará ir muy lejos. Es posible que se defienda a tiros, y no podamos cogerle más que muerto. De cualquier forma, calculo que le quedan pocas horas de vida.

—Yo preferiría que, por el momento, no perdiese más que la libertad —saltó Garret—. Si consiguiésemos hacerle hablar, podría decirnos incluso dónde tienen al profesor Hambleton y qué hicieron con Dashiell Lybeck.

—Lo dudo —respondió Shaley—. Mike es bueno para manejar una pistola, pero nada más. Probablemente no conocerá ni el nombre verdadero del tipo que le paga, igual que le sucede a la amiguita de Masera.

—Es posible que sepa algo más —intervino Thorne—, y me gustaría cogerle vivo.

—¡Ya mí! —se apresuró a dar su conformidad Pete—. Pero lo considero difícil, conociéndole. Y acaso no merezca la pena sacrificar la vida de algunos agentes en el intento. Porque —añadió, con aire triunfal— con él o sin él, todo quedará aclarado antes de veinticuatro horas.

El inspector Adkins compartía por entero su optimismo. Tanto uno como otro habían trabajado con afán durante las primeras horas de la tarde, y no estaban descontentos de su labor. Sus sospechas se centraban ahora sobre Lincoln Hasting, el negociante amigo de Leilah, condenado por perjurio a dos años de prisión en 1948, luego de demostrarse la falsedad de su negativa de enviar materiales estratégicos al otro lado del telón de acero.

Su posición se hacía más difícil a cada momento. Pete no sólo había comprobado la inconsistencia de su coartada respecto a la hora en que fue asesinada *mistress* Taves, sino un considerable incremento de su cuenta corriente en una época que coincidía con la desaparición de Lybeck; incremento que no acertaba a explicar de una manera satisfactoria.

—Aún insiste en negar, pero le vamos cerrando todas las salidas, y no tardará en «cantar» como un ruiaseñor. Estoy seguro de que es el culpable de todo, y que mañana o pasado, cuando «se derrita» por completo, nos dirá qué ha hecho con Hambleton.

—Preferiría que Mike nos lo dijera esta misma noche —respondió Garret—. Mañana o pasado podría resultar demasiado tarde, aun en el caso de que se confirmen las presunciones de Shaley.

En las palabras del agente especial había un tono de abierta incredulidad, de un escepticismo despectivo, que no le pasó inadvertido a Pete. Sintiendo herido en su vanidad, reaccionó con presteza. ¿Es que no le creía Humphrey? ¿Suponía, acaso, que hablaba por hablar y carecían de fundamento sus sospechas contra uno de los detenidos?

—No me gusta suponer nada —contestó Garret— ni hacerme ilusiones más o menos engañosas. Me atengo a las realidades, y hasta ahora la intervención de Hasting en el asunto no pasa de ser hipotética.

—Y ¿qué otra cosa que suposiciones tiene usted contra Petrolle y Masera? —saltó, rápido e intencionado, Shaley—. Me libraré mucho de decir que sean inocentes; pero si Art no llegó a abrir la boca, a Mike no le ha encontrado aún, y reconoce que no llegó a ver a los que dispararon en Chicago, ¿cómo puede afirmar que sean ellos?

La pregunta era de difícil contestación. En fin de cuentas, Humphrey carecía de pruebas materiales que confirmaran sus afirmaciones. Que Masera no hubiese dormido la noche anterior en su casa y reaccionase con violencia al intentar detenerle, demostraba que su conciencia no estaba muy limpia. Pero igual podía, ser por haber tratado de asesinar a *miss* Champman, que por haber perpetrado cualquier otro delito.

—Creo que hay un medio fácil de salir de dudas —dijo, con calma, Thorne—. Hubo quien vio varias veces a los pistoleros de Chicago. No con mucho detenimiento, pero sí el suficiente para saber si fueron éstos o no.

Salió del despacho, y volvió un momento después acompañado de Virginia. Mostró las fichas policíacas con sus correspondientes retratos a la muchacha, preguntándole si tenían algún parecido con sus perseguidores de la víspera. La joven dudó con respecto a

Masera, pero se mostró terminante con Petrolle.

—Fué quien disparó contra mí en la estación.

—¿Está segura, *miss* Chapman?

—Completamente —respondió, con firmeza; luego, con un ligero estremecimiento, añadió—: Creo que no podré olvidar mientras viva su gesto cuando le vi asomar por la ventanilla empuñando una pistola y...

Se detuvo sin concluir la frase, mientras en su cara se pintaba un gesto de estupor. Se pasó la mano por los ojos, y luego clavó la mirada en el fondo de la habitación, donde se encontraban Adkins y Shaley, en los que evidentemente no había reparado hasta aquel instante.

—¿Le pasa algo, *miss* Chapman? —inquirió, solícito, Garret, acercándose a la joven.

—¡Oh, no es nada! —Trató de sonreír Virginia—. Tengo los nervios destrozados, y me asusto con facilidad. Al ver a aquel señor —añadió, señalando a Pete con un gesto— me pareció reconocerle, tuve la impresión de haberle visto antes...

—¡Y me vio, vaya si me vio! —afirmó, con premura, Shaley—. ¿O no recuerda que acompañaba al inspector anoche, cuando estuvo hablando con él?

—¡Claro que estaba! —ratificó Adkins—. Salíamos juntos, y mientras yo la escuchaba. Pete se quedó a unos pasos de distancia. Tiene que recordarlo, señorita.

—Sí; eso debe ser —concedió sin demasiado calor, la muchacha—. La excitación y la falta de sueño me tienen rota. Ya no sé ni lo que veo ni lo que pienso. ¡Si pudiera irme a casa para, dormir a gusto!...

—Y ¿por qué no? —respondió Thorne, con gran asombro por parte de Garret—. Creo que el peligro mayor ha pasado, y que Petrolle, sabiendo que la Policía anda pisándole los talones, no se atreverá a intentar algo contra usted.

—Pero ¡habrá que vigilar la casa, por lo menos! —saltó Humphrey, sin poderse contener—. Dejarla abandonada sería tanto como condenarla a muerte, y eso...

—No pasará nada —replicó, con energía, Clyde—. Nos ocuparemos de protegerla, naturalmente, y si alguien pretendiera tocarla a un pelo de la ropa, no tendría tiempo de arrepentirse.

—¿Puedo encargarme yo de esa labor? —preguntó, ansioso, Garret.

Clyde movió la cabeza en sentido negativo. Quería descansar unas horas aquella noche, porque estaba materialmente agotado, y necesitaba que allí, en su propio despacho, quedase alguien de absoluta confianza. Esperaba que el paradero de Mike fuera descubierto antes de la madrugada, y deseaba que Humphrey se cuidase de cogerle vivo tan pronto como se supiera dónde se escondía.

—Tendrás que ocupar mi puesto por unas horas, y espero que sabrás desempeñarlo con acierto.

—Pero la protección de *miss* Champman...

—Habrá quien lo haga igual que pudieras hacerlo tú. ¿No opina lo mismo, inspector? ¿Y usted, Shaley?

—Desde luego —afirmó, sonriendo, Pete—. Sobre todo cuando no es de suponer que Petrolle pueda pensar en otra cosa que en prolongar lo más posible su vida.

—¿Por qué no se hace cargo personalmente del asunto, Shaley? —propuso Clyde, con inesperadas muestras de deferencia—. Es usted inteligente, conoce a Mike, está al tanto de sus procedimientos, y sabrá tomar las medidas de vigilancia necesarias. ¿Qué le parece la idea, Adkins?

—Espléndida —repuso el inspector—. Creo que Pete es la persona más indicada, y si no tiene ningún inconveniente...

—¿Por qué había de tenerlo? —le interrumpió Shaley, halagado por la propuesta—. Para mí sería un verdadero placer. Velaría por *miss* Champman con mis cinco sentidos, y tengo la seguridad de que nada podría pasarla.

—Asunto resuelto —decidió Thorne—. ¿Qué tal si viniesen dentro de una hora a recogerla y llevarla a su casa? Y digo una hora, porque supongo, señorita, que tendrá que arreglarse un poco y avisar a su amiga Patricia para que no se asuste al verla; pero si quiere marchar antes y cenar por ahí, no creo que a míster Shaley le disgustase acompañarla a cualquier restaurante.

Pete afirmó, con acento de profunda sinceridad, que cenar con *miss* Champman sería todo menos una molestia. Pero Virginia no sentía el menor apetito, y lo hizo constar con toda, claridad. Quería sólo que la diesen tiempo para peinarse y retocar su maquillaje.

—Con media hora tendré más que suficiente.

—Perfectamente —dijo Shaley— dentro de media hora volveré a recogerla.

Cuando el inspector y Pete se fueron por un lado y la muchacha marchó por otro para meterse en el cuarto de baño, Thorne indicó a Humphrey que debía irse a cenar. Deseaba retirarse a descansar cuanto antes, y no quería que el despacho quedase solo.

—Puedes estar aquí a las ocho, para no moverte de junto al teléfono, y acudir a donde quiera que te señalen la presencia de Petrolle.

Garret se dispuso a cumplir la orden, pero antes quiso hacer constar la sorpresa que le producía que, pese a sus claros temores de unas horas antes, Thorne consintiera que *miss* Champman se fuera a dormir a su casa.

—Es posible que Mike, acosado y huido, haya dejado de ser un peligro —dijo— aunque a mí sigue pareciéndome tan peligroso como antes. Pero incluso descartando a ese pistolero, ¿no puede encontrar quien le paga otros asesinos capaces de terminar con la pobre muchacha?

—Supongo que no —repuso Clyde—. En cualquier caso, Shaley cuidará de que no la suceda nada. Para mayor seguridad, indicaré a Pete que no la lleve a Chesnut Hill, sino a otro sitio donde nadie sospeche que la joven puede pasar la noche. De éste modo, y bajo la vigilancia personal y directa de un hombre de tan probado temple como él, la chica podrá dormir tranquila..., y yo también.

—¿Y no ha encontrado nadie mejor a quien confiar la custodia de *miss* Champman? —inquirió, sin disimular una ligera irritación, Humphrey.

—No; sé perfectamente lo que hago, y nadie puede ser más útil y eficaz en este cometido que Pete Shaley.

—¿A pesar de sus procedimientos expeditivos y su falta de escrúpulos? —Tornó a preguntar Garret—. ¿Olvidando que la muchacha se asustó al verle, porque creía haberle visto con anterioridad en circunstancias menos tranquilizadoras?

Thorne hizo un gesto de impaciencia. Había quedado perfectamente aclarado que Virginia vio a Pete la noche anterior en el vestíbulo de la Brigada de Homicidios, y no en cualquier otro lado. Respecto a Shaley, sabía perfectamente a qué atenerse:

ambicioso sin duda, demasiado duro quizá con los maleantes, pero honrado y fiel cumplidor de su deber.

—¡Y no me vengas tú con recelos ni estupideces —añadió, irritado—, porque voy a creer que sufres un ataque de histeria, y que los dedos se te antojan huéspedes!

Contrariado, pero incapaz de desobedecer una orden de sus jefes, Humphrey marchó a un restaurante cercano, injurió de prisa y corriendo una frugal colación, y estaba de regreso en la División cuando apenas habían transcurrido veinticinco minutos de su partida. Sorprendido, supo entonces que Clyde Thorne se había marchado sin esperarle, aunque dejando algunas instrucciones. En uno de los pasillos se cruzó con Virginia, que salía acompañada de Shaley.

—No tenga temor alguno, *miss* Champman —procuró animarla, al advertir que la joven parecía hondamente preocupada—. Lo peor ha pasado ya, y no la amenaza ningún peligro.

Pero al marchar tras ella hasta la escalera, cambió algunas frases en voz baja con Pete, y no perdió tiempo en rodeos ni medias tintas.

—¡Ándese con pies de plomo, Shaley! No comparto la confianza que Thorne deposita en usted, y no quisiera que los hechos me diesen la razón.

—¿Me cree incapaz de velar adecuadamente por la joven? —inquirió, con aparente despreocupación, el detective.

—Le creo capaz de tantas cosas, que le ofendería oírmelas decir. Procure que no se confirmen esta noche. Procure que nada le suceda a *miss* Champman, como es su obligación. En caso contrario...

—No habrá caso contrario —respondió Shaley, con una sonrisa desdeñosa—. Y usted cumpla con su obligación terminando con Petrolle. Aunque lo más probable es que ese triunfo esté reservado para mí...

Se fue, siguiendo a Virginia, antes de que Garret dijera lo que estaba pensando. Sin embargo, no creía que fuera un secreto para nadie, especialmente para Shaley. Pete no era tonto, y tanto por sus gestos como por sus palabras tenía que haber comprendido que no le inspiraba la menor simpatía. Desconfiaba de él más que de cualquier otra persona. Sin exceptuar siquiera el mismísimo Mike.

«Por lo menos, Petrolle es un forajido que no disfraza sus torvos

instintos con una piel de cordero. Shaley, en cambio...».

Durante varias horas permaneció en el despacho de Thorne sin que nada sensacional ocurriese. Mike estaba siendo buscado afanosamente por varios centenares de agentes, no sólo del

F. B. I.,

sino de la Policía local. Registraron los domicilios de varias amigas suyas, montaron una vigilancia especial en los sitios que tenía por costumbre frecuentar, se efectuaron diferentes redadas y numerosas detenciones de individuos que podían conocer su paradero, sin conseguir nada práctico.

Humphrey permanecía en contacto casi permanente con los grupos lanzados en seguimiento del forajido. De vez en vez le telefonearon pidiendo instrucciones o dándole cuenta del resultado de sus afanosas pesquisas. Así, con una terrible monotonía, sin que ocurriese nada sensacional, transcurrió el tiempo hasta la una de la madrugada. A esa hora tuvo una llamada, tan inesperada como sorprendente.

—Le habla Shaley, Pete Shaley, Garret —dijo, a través del hilo teléfono, la voz inconfundible del detective—. Tengo algo grave que comunicarle y...

—¿Qué le pasa a *miss* Chapman? —le interrumpió Humphrey, asaltado por un presentimiento.

—Absolutamente nada —le tranquilizó Shaley—. Ni la ocurre ni le ocurrirá. No se trata de ella, sino de Mike Petrolle.

—¿Sabe dónde está?

—Sé dónde estará dentro de veinte minutos. Preparé con habilidad una trampa, y ha caído en ella.

—¿Está detenido o muerto? —Tornó a preguntad, nervioso, Garret.

—Ninguna de las dos cosas... todavía. Pero lo estará antes de media hora. Usted mostró algunos recelos respecto a mi habilidad, ¿no? Pues bien: quiero convencerle de que estaba equivocado; demostrar que siempre actúo con rectitud y desinterés. ¿Le gustaría comprobarlo inmediatamente?

—Seguro.

—Entonces, véngase por aquí. Quiero que participe en la captura de Mike. No avise a nadie, que podría estropearlo todo. Vendrá solo, y entre usted y yo nos sobramos para detenerle.

—¿Espera de verdad que vaya? —Y la pregunta de Garret reflejaba con claridad sus dudas.

—Estoy tan convencido de ello como de que usted llegará tarde, si perdemos más tiempo hablando por teléfono. ¡Coja el coche en el acto, y véngase para acá!

—¿Dónde es ahí? —preguntó Humphrey, resuelto—. ¿Chesnut Hill?

—¡Deje de pensar en *miss* Champman! —Gruñó, impaciente y malhumorado, Pete—. No se trata ahora de ella, sino de Mike Petrolle. Le llamo desde mi casa. Es un hotelito en el quinientos veintisiete de Phoenix Road, al norte de Germantown, en el Mount Pleasant ya.

—¿Puedo ir en coche hasta la puerta?

—Desde luego. No tema espantar la caza. Si se da mucha prisa, estaré en la puerta esperándole...

Tres minutos fueron suficientes para que Garret estuviese al volante de su coche, pisando a fondo el acelerador. Barrio nuevo, Mount Pleasant se hallaba a siete millas largas del City Hall. Por fortuna, era más de la una de la madrugada, apenas si había tráfico en las calles, podía desarrollar la velocidad que tuviera por conveniente.

Como una exhalación cruzó la parte norte de la ciudad y el extenso arrabal de Germantown. Pronto llegó a Phoenix Road, y subió por ella. Era una antigua carretera, que poco a poco iba convirtiéndose en arteria ciudadana. A un lado y a otro se alzaban grupos de edificios iguales, construidos en serie. En general, eran casitas modestas de una sola planta, con un pequeño jardín que llegaba hasta el borde de la acera. Pero aún quedaban extensos solares, y entre grupo y grupo de hotelitos había grandes espacios baldíos y deshabitados.

El 527 era un edificio modesto, de una sola planta, que no ofrecía grandes diferencias con decenas de hotelitos de la misma calle. Si acaso, que se hallaba más aislado que la mayoría y que le rodeaba un jardín algo mayor, donde crecían tres o cuatro árboles raquíuticos y varios macizos de flores, aparte de la inevitable praderita artificial.

Frenaba el coche frente a la puerta de entrada al jardín, abierta de par en par, cuando a sus oídos llegó un alarido lastimero,

seguido del ruido de la caída de un cuerpo. Sobresaltado, se apeó rápido del coche, empuñó la pistola, y penetró en el jardín.

—¿Es usted, Garret? —preguntó una voz que salía de detrás de unos macizos inmediatos a la puerta del edificio—. ¡Venga de prisa, y no tema nada!

Reconoció la voz de Shaley; un segundo después, pudo ver al detective, que venía a su encuentro bordeando el macizo. Traía un arma en la mano, y parecía ligeramente alterado.

—¿Qué ha sucedido? —le interrogó Humphrey, llegando a su altura—. Me pareció oír un grito.

—Lo lanzó Petrolle —respondió Pete—. Pero ¡no se alarme, y guárdese la pistola! —añadió—. Es el último que lanza en su vida.

—¿Murió? —inquirió Garret, impresionado, mientras daban vuelta al macizo tras el que debía haberse producido la tragedia.

—Supongo que sí —contestó su acompañante—. Por lo menos, le acerté de lleno, y quedó inmóvil en el suelo. No tuve más remedio; me atacó por sorpresa, y si no tiro más rápido que él...

Humphrey apenas le oía. Acababa de descubrir, a diez pasos de la entrada del edificio, la figura de un hombre tendido boca abajo en el suelo. En la mano derecha tenía una pistola aún, pero su inmovilidad y una mancha negruzca en la parte posterior de la cabeza parecían indicar que estaba muerto.

Deseando comprobarlo. Garret se arrodilló a su lado, guardando el arma que empuñaba para tener las manos libres. Gracias a la luz que salía por una de las ventanas, pudo ver que la sangre salía a borbotones de un agujero que tenía en la nuca. La herida era mortal de necesidad. Convencido de que el individuo estaba muerto, iba a darle la vuelta para mirarle a la cara, cuando Pete indicó:

—No se moleste ni pierda el tiempo. Le aseguro que es Mike. Le conocía bastante bien, y no hay error posible.

Silencioso y pensativo, se incorporó Garret, acariciándose, desconcertado y confuso, la barbilla. Había varias cosas que no comprendía. En torno a la herida de la nuca había algunos pelos chamuscados, lo que indicaba que Petrolle había sido muerto por un disparo a quema ropa. Sin embargo, y aunque oyó el grito de agonía y la caída del cuerpo, no llegó a sus oídos ningún disparo.

—Nos hubiese gustado cogerle vivo —dijo, clavando una mirada recelosa en el rostro de Pete—. Necesitábamos que hablase.

—Y yo necesitaba seguir viviendo —contestó, áspero, Shaley—. Tuve que elegir entre su vida y la mía; no creo que nadie hubiera dudado en mi puesto.

—Quizá no, y quizá sí. De cualquier forma, hay varias cosas que no entiendo. ¿Se ha fijado en esas huellas de pisadas y en esas colillas? Parece como si dos hombres hubiesen estado aquí charlando nerviosamente hasta que uno disparó contra el otro. Su pistola tiene puesto un silenciador y...

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó Pete—. ¡Hable con claridad y sin rodeos!

—Perfectamente. Usted estaba de acuerdo con Mike, y le mató para impedirle hablar. ¡Fuera caretas, Shaley! Enseñe su verdadera cara...

—La enseñaré —replicó, torvo, el detective—. Sí; maté a Mike porque era un cobarde, y habría terminado por venderme. Pero ¡no te muevas, Garret! Un amigo acaba de ponerte una pistola a la nuca. La menor tontería...

—¿Era verdad? —preguntó Humphrey, sin impresionarse demasiado al sentir contra su cuello el frío contacto de un arma de fuego—. Entonces, ¿*miss* Champman...?

—Lo sabe todo ahora, como lo sabes tú. Pero ¡ni tú ni ella podréis contárselo a nadie...!



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

**JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán
P R O E Z A S**

VI

DOBLE JUEGO



RAS despojarle de la pistola, le hicieron penetrar en el edificio. Pudo ver entonces la cara al individuo que le sorprendió por la espalda cuando hablaba con Pete. Era un tipo de nariz aguileña, frente abombada, pómulos salientes y expresión astuta. No, le pareció enteramente desconocido; con un esfuerzo recordó dónde le había visto: en una ficha que pasó días antes por sus manos. Se trataba de Berdiaef, un búlgaro, reclamado por asesinato y espionaje en el Canadá, del que se sospechaba hubiese podido refugiarse en los Estados Unidos.

Pero en la habitación en que le obligaron a entrar —una especie de «*living*», con muebles lujosos, pero de mediado gusto— había un tercer individuo. Bajo, rechoncho, de manos grandes y peludas, rostro bestial de infra hombre y una oreja deforme y medio desprendida, resultaba repelente e inconfundible para quien le hubiese visto una sola vez en su vida, Garret tuvo la plena seguridad de no haberle visto antes; también de que nada bueno podía esperarse de un tipo así.

—Te felicito, Shaley, por tus magníficos auxiliares —dijo, burlonamente—. Sobre todo, por Berdiaef. Es digno de ti.

—Le conoces, ¿eh? —replicó Peté, sin mostrarse ofendido por las palabras del agente especial—. En ese caso, supongo que te lo imaginarás todo.

—Casi —rectificó Humphrey—. ¿Qué ha sido de *miss* Champman?

—Respóndele, Damon —rió Shaley, dirigiéndose al individuo bajo y rechoncho—. Dile cómo está la señorita.

—Un poco nerviosa —contestó Damon, con una musca asqueante, que en él equivalía a una sonrisa—. Quiso empezar a chillar, y tuve que dormirla de un tortazo.

—Bien hecho —aprobó Pete—. Siempre que no se te haya ido la mano, y... ¡Bah! —se interrumpió, encogiéndose de hombros—. De una forma o de otra, es igual.

—¿Piensas matarla..., como a mí? —Tornó a inquirir Garret.

—Sí. Tú eras un peligro, porque empezabas a sospechar de mí; de darte tiempo, hubieras podido llegar a descubrir la verdad. Hoy quisiste advertir a Thorne. Por fortuna, los jefes del F. B. I.

son mucho más tontos de lo que pregonan su fama, y se dejó engañar como un majadero. Incluso favoreció mis planes, entregándome a la muchacha.

—Y tú aprovechas su confianza para liquidarla antes de que repita el nombre que le dio la pobre Lillah, ¿no?

—Pobre Lillah, ¿eh? —rió, burlón, Shaley—. ¡Si la hubieses conocido, no hablarías así! Era peor que una víbora. Sólo por haberla liquidado, ya merecía una estatua en Market Street.

—Luego la mataste tú.

—¡Claro! Y lo digo porque te quedan unos minutos de vida.

Nadie, salvo tú, lo sabrá nunca. Soy más listo que vosotros, y antes de cometer un crimen, busco a quien cargárselo. A Liliah la habrá matado su marido, el sinvergüenza de Hasting o el tonto de Muller... Cualquiera; cualquiera menos yo, naturalmente.

—¿Y a nosotros? ¿A *miss* Chapman y a mí?

Pete tardó unos segundos en contestar. Antes de hacerlo aclaró, sonriente, que adivinaba las intenciones de Humphrey y su propósito de ganar tiempo. No le importaba, porque le sobraban horas hasta el amanecer, y, en cualquier caso, sus prisioneros morirían mucho antes.

—Satisfaré tu curiosidad —dijo, después de aquellas aclaraciones, que demostraban, junto a una perfecta seguridad en sí mismo, una vanidad desorbitada, un ansia enfermiza de ser admirado por todos—. A ti y a la chica os matará Mike Petrolle; a Mike Petrolle le mataré yo, vengando vuestras muertes.

—Hace falta que te crean primero. Si eres tan inteligente como supones, comprenderás que es un poco difícil; imposible, mejor. Cuando Thorne sepa que he muerto aquí, en tu casa, y cuando vea que a Mike le descerrajaron un tiro en la nuca, apoyando el arma contra su cabeza...

—¡Me creerán! —afirmó, convencido, Shaley—. Aunque otra cosa pretenda, Thorne es tan torpe como Adkins; tal vez más. Sólo con que recuerdes cómo jugué con él hace unas horas, se desvanecerán todas tus dudas. Pero me creería también, aun siendo más listo que Merlin.

—¿Por qué?

—Porque lo tengo perfectamente planeado. No voy a contártelo con detalle, porque nos llevaría mucho tiempo. Pero he atado bien todos los cabos; tengo testigos sobrados que confirmen mis palabras, y una serie de hechos que las probarán. Todo parecerá claro, diáfano, indudable. Desde tu venida aquí hasta que yo sorprenda a Mike, después de cometidos sus crímenes y le dé su merecido. No habrá quien abrigue la menor sospecha. Y tu jefe, tenlo por seguro, será el primero en felicitarme...

Hablaba con tanta firmeza, que Garret temió que fuese verdad lo que decía. Su confianza en la inteligencia de Thorne había sufrido, además, un duro quebranto, con lo sucedido aquella tarde. Empezaba a admitir, con una terrible angustia, que Pete pudiera

triunfar con absoluta impunidad; aplaudido y halagado por la Policía, incluso.

—¡Acabemos de una vez, Shaley! —le apremió Berdiaef, saliendo de su mutismo—. Nada ganarnos con hablar de una manera estúpida.

—¡Un momento, Pete! —pidió Humphrey, viendo que su enemigo parecía dispuesto a hacer caso de la indicación de su secuaz, y deseoso de prolongar su vida, aunque sido fuese unos minutos—. Aún no me has dicho por qué quieres matar a *miss* Champman. ¿Temías que su amiga le hubiese dado tu nombre?

—¿Mi nombre? No; creo que, de saberlo, lo habría hecho desde el primer instante. Pero había algo peor.

—¿Qué podía ser peor para ti?

—Haberme visto dos veces en compañía de Leilah. ¿Te parece poco? Hoy logré desorientarla, diciendo que me vio anoche con Adkins. Pero mañana o pasado podría recordar la verdad, y no me gusta correr riesgos. Y ahora —añadió, con una sonrisa siniestra— prepárate para emprender un viaje sin retorno.

—¿Igual que el emprendido por Hambleton? —Tornó a preguntar el agente, buscando a la desesperada un medio de ganar tiempo.

—Distinto —respondió Shaley—. Y para que no mueras con esa curiosidad, te diré que Hambleton vive aún. Igual que Lybeck vivirá hasta que le arranquemos cuánto sabe y nos interesa.

—¿A ti, o a quienes te pagan?

—A todos —reconoció, inmutable, Pete—. Ellos se llevan los informes, y yo me quedo con el dinero. Pero, Hambleton no morirá como tú, en el jardín, sino en medio del río, y su cuerpo no aparecerá jamás.

—¿Y no temes que haya...?

—¡Basta de hablar! —le interrumpió, colérico, Berdiaef, que, irritado, se volvió a Shaley, para exigir—: ¡O terminas de una vez con ellos, o acabo yo aquí, y ahora mismo!

—Pero...

—¡Silencio! Una palabra mas, y aprieto el gatillo.

A tres pasos de distancia no podía fallar la puntería. Bastaba mirarle a la cara, para comprender que cumpliría su amenaza, y Garret se calló. Durante los minutos precedentes había esperado la

menor oportunidad para lanzarse sobre sus enemigos. No se le había presentado; pero acaso cuando le sacasen al jardín...

—¡Trae a la chica, Damon! Si continúa desmayada, no pierdas el tiempo. Te la echas al hombro, y en paz. Acaso sea un bien para ella. Pasará de un salto a la eternidad y...

—¡Manos arriba! ¡De prisa, Shaley, o serás tú quien de ese salto al Más Allá!

Con asombro sin límites, vio Garret aparecer a Thorne en la puerta, que Damon se disponía a transponer para ir en busca de la muchacha. Clyde empuñaba con resolución una pistola, y su gesto decía a las claras que la emplearía sin inútiles vacilaciones.

Pete quedó boquiabierto, inmovilizado por la sorpresa, sin acabar de conceder entero crédito a sus sentidos. En actitud semejante se encontraba Damon, en cuyo rostro bestial podía leerse una absoluta incomprensión de lo que sucedía; pero que, olfateando el peligro, se apresuró a levantar los brazos.

Berdiaef, en cambio, mostró mayor serenidad y entereza que sus dos cómplices. Sin responder una palabra, alzó con rapidez el arma que empuñaba, y apretó el gatillo. Pudo ser aquél el último instante de la vida de Clyde; lo habría sido, porque, centrada su atención en Shaley y Damon, apenas había reparado en el búlgaro, si en el instante mismo de disparar, Humphrey no hubiese intervenido rauda, propinándole un violento empujón, que desvió su puntería.

Con un grito de rabia, se rehízo Berdiaef, y quiso enmendar su yerro. Pero ya entonces, Thorne estaba advertido, y era muy difícil vencerle en igualdad de circunstancias. Disparó, anticipándose una décima de segundo al búlgaro, y el forajido, herido en mitad del pecho, se derrumbó pesadamente, perdiendo en la caída el arma que manejaba.

—¡Quieto, Pete! Entrégate, si no quieres seguir la misma suerte...

Shaley trató de aprovechar el instante de confusión creado por los disparos. De un salto ganó la puerta del jardín, Pero cuando la abrió, se encontró de cara con el inspector Adkins, que le ponía al pecho el cañón de una pistola, conminándole a una inmediata rendición.

Le faltaron ánimos para resistir la amenaza. Se le escapó de entre los dedos el arma, que no había llegado a manejar, mientras

de sus labios brotaba una exclamación de asombrado desconcierto:

—¡Gilbert Adkins, también aquí!

—Sí —comentó, sonriente, Clyde, mientras el inspector conducía a su antiguo subordinado a punta de pistola hasta el centro de la habitación—. ¡Los dos imbéciles a quienes presumías haber engañado son más inteligentes de lo que suponías!

—¡No puede ser! —murmuró Shaley, más confuso a cada instante—. No es posible que...

—Que la trampa que preparaste a *miss* Champman, Garret, e incluso a Mike, se haya vuelto contra ti, ¿verdad? —completó Thorne, viéndole detenerse—. ¡Pues así es, Pete! Creíste que tu doble juego te llevaría a una fácil victoria; pero también nosotros sabernos jugar con dos barajas cuando es preciso, y ganarte con cualquiera de ellas.

—¡Mentira! —chilló, irritado, Shaley, resistiéndose aún a admitir la desoladora realidad—. La chica y Garret no sabían nada, porque de saberlo...

—No hubiese caído en tus marros con tanta facilidad —admitió Humphrey—. Desconfiaba de ti, pero de sospechar siquiera lo que te proponías, habría empezado a tiros mucho antes de que pudieras hacerlo tú.

—Por eso precisamente no se lo dije —continuó Clyde—. Garret es demasiado vehemente, y le cuesta mucho disimular sus sentimientos. Preferí hacerle creer que me dejaba engañar; su extrañeza e indignación, tanto más eficaces cuando eran sinceras, contribuyeron poderosamente a confiarte, Shaley. *Miss* Champman, en cambio...

—¿Conocía la verdad?

—Sí, Necesitaba su concurso para desenmascarar a ese miserable, y cogerle en forma que no pudiese negar sus culpas. Pero no quise utilizarla sin su consentimiento y sin advertirle los peligros a que se exponía. Accedió. Tenía mucho miedo, pero se sobrepuso a su propio terror. Merced a ella, a su heroísmo, hemos triunfado en toda la línea.

—¡Todavía no! —afirmó, rotundo, Shaley, que se había recuperado durante los últimos segundos, y cuyo cerebro trabajaba con vertiginosa rapidez y empezaba a entrever una posibilidad de salvación—. Aún habrá de contar conmigo para lograr el éxito. Y no

lo obtendrá si no llegamos a un acuerdo satisfactorio...

—¿Contigo? —exclamó Clyde, en tono de profundo desprecio—. Yo no pacto con asesinos.

—¡Tendrá que hacerlo, Thorne! —repuso, rápido y nervioso, Pete—. Mi vida carece de importancia para usted, para la Justicia, para América entera. Que muera o viva, que me encierren en presidio o que pueda escapar, les tiene totalmente sin cuidado. Por el contrario, Hambleton...

—¿Dónde está Hambleton? —exigió Clyde.

—Responder a esa pregunta tiene un precio: mi cabeza y mi libertad. Vive aún, y no está lejos. Puedo decirle más: todavía no ha revelado cuánto sabe, aunque no tardará en hacerlo. Pero ¡no se haga ilusiones! Si me ocurre algo, si me matan, si me encierran siquiera, no volverán a saber una sola palabra de él, como no la supieron de Lybeck.

Desde el suelo, donde se revolcaba sobre su propia sangre, Berdiaef le escupió, violento y despreciativo:

—¡Cállate, cobarde! Ese secreto no te pertenece. Cobraste por cerrar la boca y...

Un golpe de, sangre le impidió terminar la frase, mientras se estremecía en violentas convulsiones. Shaley le contempló un instante; luego, convencido de que estaba más muerto que vivo, sonrió, satisfecho, Volviéndose hacia Clyde, continuó:

—¡Ya lo ha oído, Thorne! El secreto no me pertenece, pero estoy en condiciones de revelarlo. Tiene una importancia que usted conoce mejor que nadie. Si los descubrimientos de Hambleton llegan al otro lado del «telón de acero», América no sólo habrá perdido una de sus más formidables armas, sino que la sabrá en manos de su mayor enemigo, que un día cercano puede emplearla para destruir su poderío.

—¡Traidor! —Le insultó Garret, sin poderse contener.

—Quizá —admitió, sin sonrojo, Pete—. Pero el tiempo apremia, y no puedo andarme con rodeos. ¡Decídase pronto, Thorne! ¿Qué es mi vida frente a la de Hambleton? ¿Qué represento y significo comparado con los millones de americanos que morirán indefectiblemente si no me dejan escapar? ¡Nada! El arreglo es beneficioso para todos. Más, mucho más, para ustedes que para mí...

—Es doloroso reconocerlo y pactar con un miserable —dijo Garret, tras un rato de ensimismamiento—, pero acaso tenga razón.

—¡Claro que la tengo! —afirmó jubiloso, Shaley, considerando ganada la partida—. Sí me dan su palabra de honor de que puedo escapar sin el menor entorpecimiento, les digo dónde está el profesor, les llevo allí personalmente y...

El estruendo de un disparo cortó el hilo de sus palabras. En mitad de su frente se abrió un negro agujerito, mientras se tambaleaba, con un gesto de profundo estupor en el semblante, como si fuera totalmente incapaz de comprender lo que le había sucedido. Una décima de segundo después se hundía verticalmente, muerto antes de llegar al suelo.

—¡Maldito búlgaro! —chilló, colérico, Garret, lanzándose sobre Berdiaef.

Era quien había disparado; aunque moribundo, tuvo energías, en un desesperado esfuerzo, para arrastrarse hasta el punto en que había caído su pistola al ser herido, apuntar con cuidado, aprovechando que nadie le miraba, y meter un balazo entre las dos cejas de Shaley. Quiso también tirar contra el agente especial, pero Humphrey le propinó un puntapié que le hizo perder el arma.

—Es... igual —dijo, trabajosamente, mientras pasaba por sus labios la sombra de una sonrisa—. Di su merecido a ese cobarde..., impidiéndole hablar... Y ahora...

—¡Hablarás tú! —gritó, descompuesto, Thorne, inclinándose sobre él—. Nos dirás dónde está Hambleton aunque tengamos que...

—Yo... no hablaría... nunca... —articuló, con dificultad, el búlgaro, entre terribles convulsiones—. Todo es... inútil... porque... ¡me mué...!

Una bocanada de sangre ahogó la última sílaba de la palabra. Cayó hacia adelante, quedando inmóvil luego de un violento estremecimiento.

—¡Muerto! —exclamó, desesperado, Clyde—. Muerto sin revelarnos su secreto; sin que nadie pueda...

—¡Quizá lo sepa ese otro también! —intervino Adkins, esperanzado, señalando al tercer forajido.

—¡No sé nada! —protestó Damon, viendo fijas en él las miradas de todos—. Les oí hablar de un barco; pero nada más. Conmigo no contaban para nada —añadió, en tono de dolorida sinceridad—;

decían que era demasiado bruto...

—¡Un barco! —exclamó Thorne—. Quizá sea en un barco donde tengan al profesor. Pero ¿cómo se llama y por qué aguas navega en estos momentos?

—Me tenían por una bestia —seguía protestando Damon—. Quizá lo fuese. Por eso no me decían las cosas, y no sé cuál puede ser el barco ni lo que haya en él.

—Pero ¡yo sí, míster Thorne! —dijo una voz femenina a espaldas de cuántos rodeaban, inquisitivos, al facineroso—. Yo lo sé, y puedo aclarar el misterio.

Era Virginia Champman, que acababa de entrar en la habitación, procedente del interior del edificio. Venía pálida y desencajada, con una extensa moradura en la mejilla izquierda, que decía bien a las claras toda la brutalidad de Damon. Estaba muy débil, y Dave tenía que ayudarla a caminar. Era indudable que había sufrido mucho en las últimas horas; pero, por encima de los dolores pasados, había, un brillo de triunfo en sus ojos.

—Oí hablar a Shaley y al ruso ése —dijo, señalando al cadáver de Berdiaef—. Cuando me creían desmayada. El barco se llama «Aegeus» y está amarrado al muelle número cinco, de Gloucester. ¡Allí tienen al profesor Hambleton!

Thorne corrió al teléfono, y empezó a dar órdenes rápidas y concretas. Cinco minutos después, varios coches policíacos se detenían ante la puerta del hotelito. Clyde montó en uno de ellos, para salir disparado hacia Gloucester —un arrabal portuario de Filadelfia, cinco millas al sur de la ciudad, cerca ya de la desembocadura del Delaware—, pero antes indicó a Garret:

—Acompaña a *miss* Champman, Humphrey, y procura que no le falte de nada. Y usted, Adkins: ponga en libertad al pobre Taves antes de que se vuelva loco..., si no se ha vuelto ya.

Momentos después, sentado junto a Virginia en el interior del coche que conducía Adkins, Garret advirtió el temblor nervioso que agitaba a la joven. Lo atribuyó, naturalmente, al terrible trance por el que acababa de pasar. Curioso, preguntó:

—¿Por qué lo hizo, *miss* Champman? ¿Por qué aceptó la arriesgada misión que le confió Thorne, pese al miedo que sentía?

—Por Bernard; única y exclusivamente por él. Sabía que era inocente, y no podía dejar que enloqueciese bajo el peso de una

acusación, tan espantosa como injusta. Es bueno, y yo...

—Le quiere, ¿no? —inquirió, suavemente, el agente especial.

—Sí —afirmó Virginia, con un susurro de voz—. Le quise desde, que le conocí; pero Leilah era más guapa que yo, y aunque no lo mereciese...

—Está curado, total y definitivamente curado —afirmó, rotundo, el doctor Lakeham—. Y ahora, sin el menor temor a una posible recaída. Ha pasado por una prueba terrible —añadió—; una prueba que habría bastado para trastornar al hombre más equilibrado. Que Bernard Taves la haya resistido, sin otras consecuencias que una ligera depresión nerviosa, es la mejor confirmación de mis palabras.

Había lágrimas en los ojos de *miss* Champman al escucharle; pero eran lágrimas de alegría y felicidad. Por espacio de un mes había vivido en una dolorosa incertidumbre. Cuando Bernard Taves salió de su calabozo, parecía —lo estaba, en realidad— destrozado y deshecho. Pero se repuso con extraordinaria rapidez.

Hablaron muchos ratos a solas los dos, y la muchacha descubrió, con una íntima y profunda alegría, que Bernard compartía por entero sus sentimientos. La quería también; la había querido incluso en la época, lejana ya, en que conoció a la que fue su mujer, aunque la hermosura de Leilah y su carácter alegre y bullicioso le cegaran hasta el punto de creerse locamente enamorado de ella.

—Fui torpe, muy torpe —se lamentó—. Debí ver que tu belleza, serena y suave, valía tanto como la suya, explosiva e incitante. Y que hay algo que tiene cien veces mayor trascendencia: un corazón amante y leal.

No; no era la gratitud lo que le forzaba a hablar así; tampoco la indignación de saber la turbia conducta de su esposa. Su sentimiento tenía base más sólida: Virginia poseía en grado sumo todas las cualidades que había echado de menos en Leilah, sin ninguno de aquellos terribles defectos que amargaron sus últimos años, que le convirtieron en presa fácil de un «Mig 15», y que le llevaron después al borde de la locura.

Quería rehacer su vida, olvidar un pasado triste y bochornoso. Sabía ya dónde estaba su felicidad, y tenía prisa por aprisionarla entre los brazos. Se casarían pronto, muy pronto; pero antes...

—Tengo que convencerme de que no estoy loco ni corro peligro

de estarlo. De que jamás será posible la terrible pesadilla que estuve a punta de tomar por realidad.

Virginia trató de disuadirle; no lo consiguió. Taves regresó voluntariamente al John Reed Hospital, para ser sometido a toda clase de pruebas y experimentos. Y durante treinta días interminables, *miss* Champman esperó el resultado, con una ciega confianza en el cariño de Bernard, pero con una angustiada zozobra interior.

En aquellos treinta días llovieron sobre ella felicitaciones y premios, Clyde Thorne, a quien correspondía la gloria de haber arrancado de manos de sus secuestradores al profesor Raymond Hambleton —que ya había vuelto a su laboratorio para proseguir sus investigaciones, momentáneamente interrumpidas—, hizo constar en todas partes la intervención decisiva de Virginia Champman. De la noche a la mañana, la joven se vio convertida en una heroína nacional, a quien todos aplaudían, y de cuyo porvenir se preocupaban quienes podían hacerlo más fácil y venturoso.

—Ni usted ni Taves, que en definitiva es un valiente que hizo por su patria los mayores sacrificios, tropezarán con dificultades de ningún género. Bernard será ascendido a capitán, y destinado al Pentágono... si sale de los reconocimientos tan bien como esperamos.

¡Y había salido! A Virginia le parecía un sueño feliz, mientras apretaba el brazo de su novio y oía las palabras del doctor Lakeham.

—Hemos comprobado que la operación que le hicimos fue un rotundo acierto. Me felicito por ello, y les felicito. Pero no quiero entretenerles más. Desearán verse cuanto antes a solas, y yo no soy ahora más que un testigo molesto.

Creyeron que al abandonar el hospital podrían quedarse solos, pero su ilusión tardó unos minutos más en realizarse. A la puerta les aguardaba Clyde Thorne, que estrechó con efusión las manos de ambos.

—No olvide que quiero ser padrino de la boda, Taves. Y procure hacerla tan dichosa como se merece. Vale mucho, créame. No sólo le debe usted no haberse vuelto loco o pudrirse entre los muros de un presidio; millones de americanos le deben la vida también, Y yo... ¡Bueno, que seáis muy felices, muchachos!

FIN

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS de HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

*Publicación semanal.
5 pesetas.*

**AVENTURAS DEL
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas actuaciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas*

**EXTRAORDINARIA
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofrantes hechos ocurridos en el bravo Far-West americano.

*Publicación semanal.
5 pesetas.*

PROEZAS

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras plenas de humanidad.

*Publicación semanal.
5 pesetas.*

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para mayores, impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

*Publicación quincenal.
2 pesetas*

JEQUE BLANCO

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.
1,25 pesetas.*

F. B. I.

¡LA COLECCION SIN RIVAL!

5 PESETAS

